

HISTORI AGEND A

Año 3, núm. 21 (julio-diciembre, 2008)

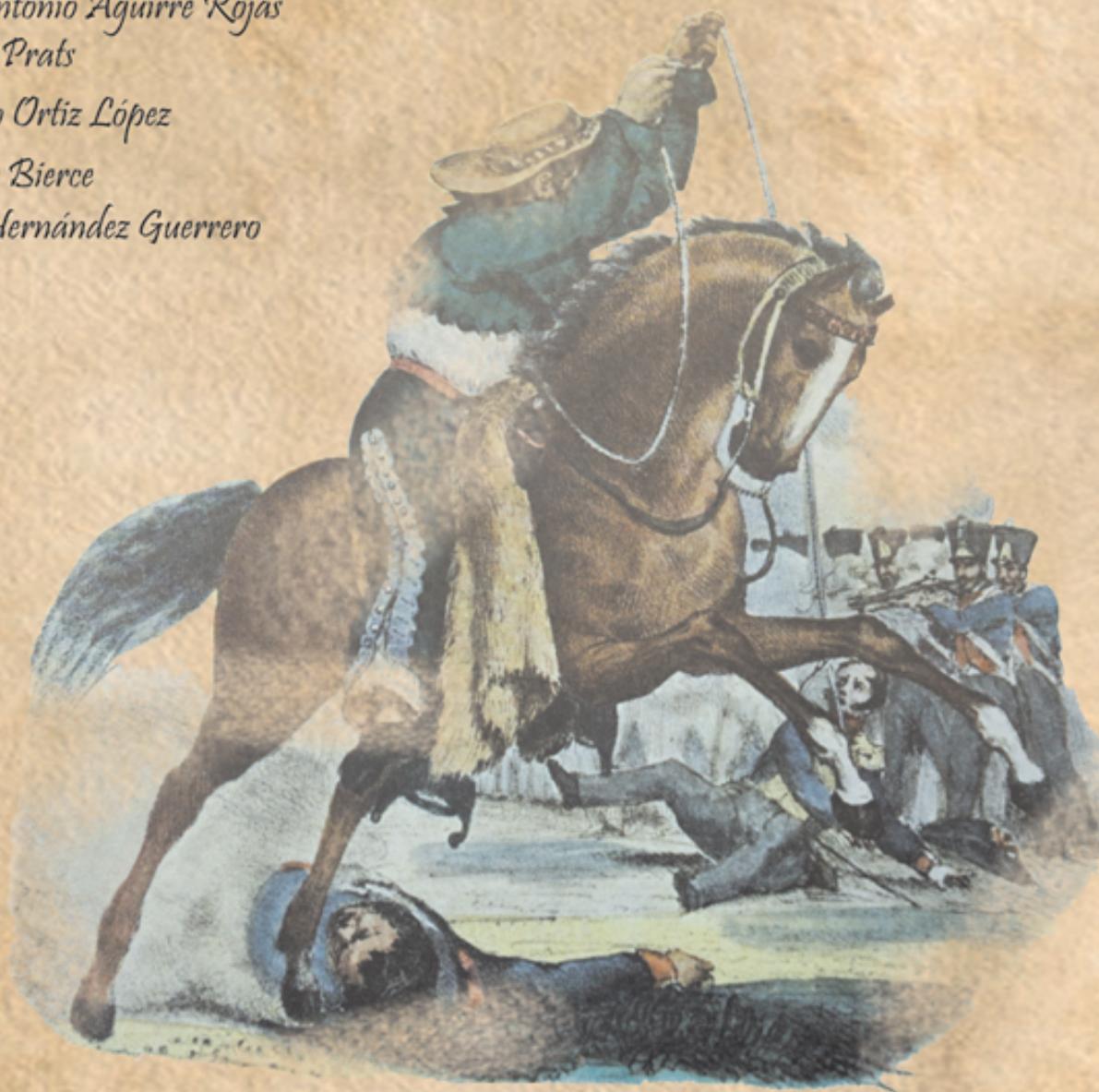
Carlos Antonio Aguirre Rojas

Joaquim Prats

Alejandro Ortiz López

Ambrose Bierce

Dolores Hernández Guerrero



*Soldados polacos en la revolución
haitiana*

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

Rector

Dr. José Narro Robles

Secretario General

Dr. Sergio M. Alcocer Martínez de Castro

Secretario Administrativo

Mtro. Juan José Pérez Castañeda

Secretaria de Desarrollo Institucional

Dra. Rosaura Ruiz Gutiérrez

Secretario de Servicios a la Comunidad

MC. Ramiro Jesús Sandoval

Abogado General

Lic. Luis Raúl González Pérez

Director General de Comunicación Social

Enrique Balp Díaz

COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

Director General

M. en C. Rito Terán Olguín

Secretario General

M. en C. Rafael Familiar González

Secretario Académico

Mtro. José Luis Moreno Rodríguez

Secretario Administrativo

Lic. Rafael Avilés Solís

Secretario de Servicios de Apoyo al Aprendizaje

I.Q. Valentín López Gascón

Secretaria de Planeación

Lic. Rosalía Gámez Díaz

Secretaria Estudiantil

Lic. María de la Luz Reyes Morales

Secretario de Programas Institucionales

Mtro. Trinidad García Camacho

Secretario de Comunicación Institucional

Lic. Alejandro García

Secretario de Informática

Mat. José Chacón Castro

DIRECTORES DE LOS PLANTELES

Azcapotzalco

Mtro. Andrés José Hernández López

Naucalpan

M. en C. Víctor Díaz Garcés

Vallejo

Mtra. Lucía Laura Muñoz Corona

Oriente

Mtro. Arturo Delgado González

Sur

Lic. Jaime Flores Suaste

HISTORIAAGENDA

Año 3, núm.21 (julio-diciembre, 2008)

DIRECTOR

Miguel Ángel Gallo

EDITOR

Alejandro García

RESPONSABLES DE ESTE NÚMERO

Miguel Ángel Gallo

Alejandro García

FOTOGRAFÍA

José de Jesús Ávila Ramírez

Roberto Contreras Ordaz

DISEÑO Y FORMACIÓN

Reymundo Ramírez Martínez

Edición a cargo de la

Secretaría de Comunicación Institucional

La responsabilidad de los textos publicados en *HistoriAgenda* recae exclusivamente en sus autores y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

HistoriAgenda es una publicación semestral del Colegio de Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Impreso en : Imprenta del CCH, Monrovia 1,002. Col. Portales, Delegación Benito Juárez.

El tiraje consta de 1000 ejemplares.

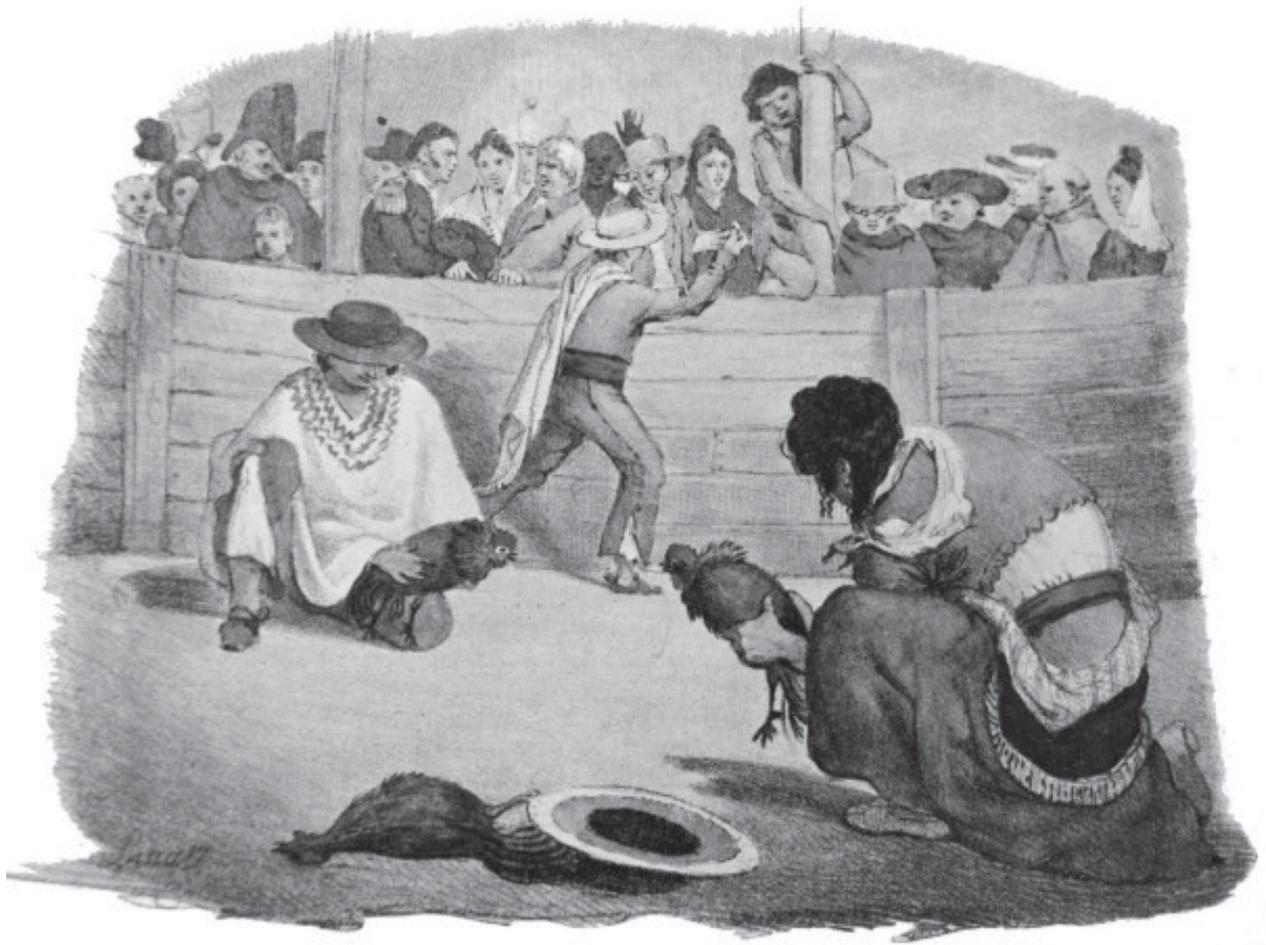
Favor de dirigir correspondencia y colaboraciones a: miangati@hotmail.com y al teléfonos: 56220025.

Portada: *litografía de Claudio Linati*



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
SECCIÓN TEORÍA	
<i>Carlos Antonio Aguirre Rojas:</i> La historiografía occidental en el año 2002. Elementos para un balance global.	7
SECCIÓN ENSEÑANZA-APRENDIZAJE	
<i>Joaquim Prats:</i> El problema del aprendizaje de la causalidad histórica.	29
SECCIÓN HISTORIARTE	
<i>Alejandro Ortiz López:</i> La ciudad de México, urbanismo, arquitectura y religión desde sus orígenes hasta la colonia.	33
SECCIÓN PERLAS HISTÓRICAS	
<i>Ambrose Bierce:</i> Diccionario del diablo. Eclesiastés. Biblia. Todo a su tiempo.	41 48
SECCIÓN NUESTRA HISTORIA	
<i>Dolores Hernández Guerrero:</i> Realidades comunes. Soldados polacos en la revolución haitiana (1802-1804), e irlandeses en la guerra de México con los EUA (1847-1848).	49
NUESTRO ILUSTRADOR	
Linati y la magia de la litografía.	61





PRESENTACIÓN

Nos es muy grato saludarte e invitarte a que revises este número de nuestra revista.

Comenzamos con un interesante artículo del Dr. Carlos A. Aguirre Rojas, viejo conocido de los docentes del CCH, quien nos invita a pasear por un panorama de la historiografía occidental del siglo XX.

La sección Enseñanza-aprendizaje contiene en esta ocasión, del especialista en enseñanza de la historia Joaquim Prats, «El problema del aprendizaje de la causalidad histórica», texto muy recomendable.

Alejandro Ortiz López, en su sección Historiarte nos presenta «La ciudad de México, urbanismo, arquitectura y religión desde sus orígenes hasta la colonia.», con una apretada y grata síntesis que nos da un panorama general de nuestra ciudad-capital.

En la sección Perlas históricas publicamos dos joyas: una primera parte de dos entregas del «Diccionario del diablo», de Ambrose Bierce y una cita bíblica, tomada del Eclesiastés, que tiene mucho que ver con la historia: «todo a su tiempo».

Cerramos con una ponencia de la maestra Dolores Hernández, quien nos hizo el favor de permitirnos la publicación en esta revista, de su trabajo: «Realidades comunes. Soldados polacos en la revolución haitiana (1802-1804), e irlandeses en la guerra de México con los EUA (1847-1848).» La maestra Dolores es una reconocida especialista en la historia del Caribe, por lo que recomendamos este trabajo.

Disfruta, recomienda y utiliza este número de *Historiagenda*, hecho para ti.

Atentamente:
Miguel Ángel Gallo Tirado



BERGER MEXICAIN .



LA HISTORIOGRAFIA OCCIDENTAL EN EL AÑO 2000. ELEMENTOS PARA UN BALANCE GLOBAL.

Carlos Antonio Aguirre Rojas *

Resumen: El presente ensayo trata de reconstruir un mapa general de lo que es hoy, en el año de 2002, la historiografía occidental. Concentrando su interés solo en las corrientes de vanguardia de esta misma historiografía, el texto intenta resumir sus aportes metodológicos principales.

Igualmente, y mirando hacia el futuro, este trabajo analiza, junto a esos 'polos fuertes' de la historiografía occidental actual, también a los posibles 'polos emergentes', y quizá sucesores de esta misma historiografía occidental.

INTRODUCCIÓN

Situados en estas vísperas del advenimiento del tercer milenio cronológico, y dentro del cambiante y conflictivo panorama que presenta la situación global del mundo hoy, puede resultar oportuno preguntarse cuál podría ser la pertinencia y la utilidad general, de realizar este ensayo de balance global de lo que hoy, en el año 2002, son los estudios históricos dentro del vasto espacio del mundo occidental.

Una pregunta compleja que, como toda interrogación complicada, convoca inmediatamente para su solución a un conjunto diverso de posibles y múltiples respuestas. Así, en primer lugar, resulta importante reivindicar de nueva cuenta que la historia *no* es ya, ni será nunca más, la «ciencia que estudia el pasado», alejada y hasta atemorizada preventivamente frente a los hechos y procesos del presente, sino que, por el contrario, esa

ciencia histórica se encuentra siempre totalmente atravesada y subsumida en dicho presente, el que le dicta tanto sus problemas a investigar y los modos y enfoques para hacerlo, como también y de manera esencial, la reclama para que ella lo ayude a autocomprenderse y a autodiagnosticarse con una perspectiva de una mayor y una más rica densidad temporal.

Entonces, si la historia es también una herramienta de diagnóstico y análisis del presente, coherente con su definición de «ciencia de los hombres en el tiempo»¹, es claro que un balance del estado general que guarda esta herramienta, en la situación actual, debería de formar parte de la necesaria y obligada revisión del arsenal cultural con el que cuentan las sociedades actuales para su propia autocomprensión y explicación.

¹ En este punto, resulta obligado recordar las profundas reflexiones de Marc Bloch, no sólo respecto de este objeto de la ciencia histórica, sino también sus agudas críticas a esa imposible distinción entre el presente y el pasado, que intentan cortar brutalmente la conexión esencial entre ambos, a la vez que alejar, falsa y fallidamente, a los historiadores, de esas múltiples conexiones con *su* presente, frente al cual deben definirse, y al que deben investigar y examinar con los mismos ojos con los que estudian al «pasado», reconociendo además la total inmersión y determinación de sus prácticas, por parte de esa misma realidad social que los circunda. Sobre este punto véase Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*. México: FCE, 1996 (se trata de la nueva versión de la *Apologie pour l'histoire*, publicada por Etienne Bloch en 1993 y que es más *explícita* en lo que toca al tratamiento de estos puntos que la antigua versión publicada por Lucien Febvre en 1949); también Massimo Mastrogregori, *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch*. México: FCE, 1998 y también el número 26 de la revista *Argumentos* (1997), dedicado al análisis de diversos aspectos de la obra de Marc Bloch. Véase también el libro de Etienne Bloch, *Marc Bloch 1886-1944. Une biographie impossible*. Limousin: Culture & Patrimoine, 1997.

También, en segundo lugar, es pertinente recordar y retomar sobre nuevas bases, radicalmente diferentes, la vieja sentencia de que la historia es «maestra de la vida» (*historia magistra vitae*), lo que conectado al punto antes señalado, que intenta reconstruir y asumir integralmente la conexión profunda e indisociable entre pasado y presente, nos conduce a considerar el *punto específico* en el que actualmente se encuentra este ejercicio práctico del oficio de historiador, oficio que habiendo mutado completamente en los últimos ciento cincuenta años, ha llegado a constituirse hoy en una actividad que da lugar a los más diversos y encontrados *usos sociales*, cumpliendo por lo tanto las más contradictorias funciones y roles sociales posibles².

Entonces si la historia se ha usado para criticar el poder o para legitimarlo, y si la memoria se ha recuperado lo mismo para fines conservadores, que para fines de afirmar y apoyar la transformación social, también resulta útil tratar de preguntarse sobre las lecciones que esta misma ciencia histórica ha obtenido de estas contradictorias y diferentes experiencias, haciendo entonces el balance de cuáles de ellas son las que realmente corresponden a su naturaleza más esencial como proyecto global realmente *científico*. Y por lo tanto, cuales de esos «usos» y funciones deben de continuar practicándose hoy, y defendiéndose y cultivándose también en el futuro por venir.

En tercer lugar, parece ser claro que tanto la ciencia histórica, como más en general el conjunto de las ciencias sociales actuales, se encuentran en un claro

proceso de redefinición radical. Y ello, *no* en el sentido de la tantas veces convocada, pero nunca bien ilustrada ni fundamentada «crisis de la disciplina histórica», sino más bien en el sentido de la caducidad evidente de todo un *episteme* organizador del completo sistema de los saberes humanos, caducidad que al imponer la tarea de la necesaria reorganización y reestructuración total de un nuevo *episteme* para los modos del conocimiento humano, impacta también de modo central al campo tradicionalmente asociado a nuestra propia disciplina o ciencia de la historia³.

Redefinición global de los saberes, de las ciencias, de las ciencias sociales y de la historia científica que, en consecuencia, nos conduce también a la necesidad de este balance general de la situación actual y de las tendencias evolutivas principales de dicha ciencia histórica, la que de manera obvia se encuentra igualmente determinada por este contexto de la actual renovación en curso.

En cuarto lugar, este balance del estado de los estudios históricos hoy, es pertinente porque, lejos de ceder a las fáciles tentaciones de los balances «finiseculares» y «finimilenarios» hoy tan a la moda, permite más bien reivindicar la necesaria práctica de estos estudios de autoexamen de la historia, como una práctica cotidiana y permanente, práctica que siendo una de las tareas esenciales de la rama denominada «historia de la historiografía» ha sido muy poco cultivada dentro de nuestras historiografías latinoamericanas, desarrollándose de manera solo

² Así, la historia se ha usado en el siglo XX, lo mismo para justificar los nacionalismos más imperialistas, belicosos y reaccionarios, que para criticar y denunciar los horrores del holocausto y de la exterminación de los judíos, y pasando por la legitimación de los poderes dominantes o por la justificación ideológica de tal o cual sector social, pero también sirviendo como arma de creación de la identidad de movimientos obreros, indígenas o populares, o como instrumento intelectual de deslegitimación crítica de la cultura dominante, de las clases explotadoras, o de las distintas elites políticas, militares, intelectuales, etcétera. De la abundante bibliografía sobre este tema, relativo a las funciones y usos diversos de la historia, mencionemos solamente: Reinhart Koselleck, *Futuro pasado*. Barcelona: Paidós, 1993; Pierre Vidal-Naquet, *Los judíos, la memoria y el presente*. Buenos Aires: FCE, 1996; Carlo Ginzburg, «Sólo un testigo» en *Historias*. Núm. 32 (1994); Jean Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?* México: Siglo XXI, 1985; Massimo Mastrogregori, «Storiografía e tradizione storica» en *Passato e presente*. Núm. 32 (1994); y los dos materiales colectivos *Historia ¿para qué?* México: Siglo XXI, 1986, y el núm. 32 de la revista *Ayer*, «Memoria e historia» (1998).

³ Sobre esta caducidad y renovación del sistema de los saberes véase Immanuel Wallerstein, *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI, 1996; *Impensar las ciencias sociales*. México: Siglo XXI, 1998 y *The end of the world as we know it. Social science for the twenty-first century*. Mineapolis: University of Minnesota Press, 1999. También véase el libro de Boaventura de Sousa Santos, *Toward a new common sense*. Nueva York: Routledge, 1995, y Carlos Antonio Aguirre Rojas «La larga duración: *in illo tempore et nunc*», en el libro *Ensayos braudelianos*. Rosario: Manuel Suárez Editor, 2000; el capítulo IV del libro *Fernand Braudel y las ciencias humanas*. Barcelona: Montesinos, 1996 y «Repensando las ciencias sociales actuales: el caso de los discursos históricos en la historia de la modernidad» en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*. La Habana: Ed. Centro Juan Marinello, 2000.



marginal o episódica, y casi siempre solo por algunos notables personajes, que hacen figura de claras excepciones dentro de los diversos paisajes culturales e historiográficos de nuestra América Latina.

Enfatizando entonces la importancia de instaurar, como ejercicio cotidiano y reiterado, este cultivo sistemático de la historia de la evolución y los contextos específicos del propio decurso del pensamiento histórico, este balance intenta también llamar la atención de los historiadores latinoamericanos sobre la necesidad de colmar esta laguna persistente de nuestros estudios históricos, que es el vacío que hemos padecido, de la ausencia de una seria línea de reflexión de historia crítica de la propia historiografía mundial más contemporánea.⁴

Concibiendo entonces a este balance sobre la historiografía actual, como una simultánea reivindicación de la historia como herramienta de análisis del presente, como revisión y toma de partido respecto de los distintos usos y funciones que le han sido asignados a la ciencia histórica, como esfuerzo de ubicación de su posible contribución a la redefinición en curso del entero sistema de saberes, y también como clara reivindicación y ejemplificación de la importancia del campo de la historia de la historiografía, es posible proponer algunas hipótesis sobre la configuración específica actual que presenta ese vasto y complejo universo que son los estudios históricos occidentales, en este año final del segundo milenio cronológico que estamos viviendo hoy.



⁴ Sobre este problema de la historia de la historiografía véase Benedetto Croce, *Teorie et histoire de l'historiographie*. Genova: Ed. Librairie Droz, 1968 y también el libro de Arnaldo Momigliano. *Ensayos de historiografía antigua y moderna*. México: FCE, 1993.

I. EL CONTEXTO DE ORIGEN DE LA SITUACIÓN ACTUAL DE LA HISTORIOGRAFÍA.

Si queremos comprender adecuadamente el contexto general dentro del cual se desarrolla hoy, en el año 2000, esa realidad compleja que es la historiografía occidental, nos tendremos que remitir de inmediato a los impactos profundos que, en todo el espacio de la dimensión cultural, ha provocado la revolución cultural mundial de 1968. Y ello, no sólo porque los principales protagonistas y actores de esta historiografía actual son en su mayoría hijos de la coyuntura intelectual creada justamente por esa revolución de finales de los años sesenta, sino también y sobre todo, porque es en ese *nuevo* espacio cultural e historiográfico desplegado en los últimos treinta años, que se han ido conformando y definiendo las características *necesarias* que hoy presenta esta historiografía en el mundo occidental. Características generales que, expresando en el plano de la historiografía, a esas mutaciones profundas que son el núcleo de la revolución cultural del 68, van a determinar al conjunto de los proyectos y de las corrientes historiográficas que hoy se encuentran a la vanguardia de los estudios históricos más contemporáneos.⁵

Así, resulta claro que *todas* las historiografías de *vanguardia* que hoy existen en el mundo occidental, van a reproducir ciertos trazos comunes, trazos que más allá de sus obligadas especificidades y matizaciones nacionales, regionales o de ciertos espacios civilizatorios, podrán ser claramente detectados en todas las corrientes y autores principales de esta misma historiografía actual.

Trazos compartidos que se conectan con las razones que antes hemos aludido para justificar la necesidad de este balance historiográfico, y que definen ya un primer límite o contorno que singulariza a la historiografía más avanzada en el mundo occidental, frente a los espacios de las meras

⁵ Sobre este punto véase Carlos Antonio Aguirre Rojas «Los efectos de 1968 sobre la historiografía occidental» en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, cit., también en Francois Dosse «Mayo 68: los efectos de la historia sobre la historia» en la revista *Sociológica*. Núm. 38 (1998). Sobre los efectos y la caracterización más general de la revolución de 1968 como *revolución cultural* véase Immanuel Wallerstein, «1968: revolución en el sistema-mundo» en la revista *Estudios sociológicos*. Núm. 20 (1989), y también el texto de Fernand Braudel «Renacimiento, Reforma, 1968: revoluciones culturales de larga duración» en *La Jornada semanal*. Núm. 226 (octubre de 1993).



supervivencias o inercias historiográficas, hoy todavía vivas pero ya vaciadas de todo contenido o posibilidad de innovación historiográfica hacia el futuro.

Pues hoy, en este año 2000, es ya muy claro que la vieja historiografía positivista decimonónica, no es otra cosa que un *cadáver viviente*, que si bien sigue estando presente en muchas universidades y centros de investigación de todo el mundo, lo hace sólo porque sigue siendo alimentado y promovido desde las esferas de los poderes políticos aún dominantes. Pues dado que esta historia positivista puramente erudita y descriptiva, se ha vuelto consciente y perezosamente neutra, acrítica y complaciente con los poderes y las jerarquías dominantes en todo el planeta, proveyendo además a estos últimos de las necesarias versiones legitimadoras de la historia *oficial*, ella sigue siendo promovida y sostenida en todo el mundo, segura de su supervivencia y persistencia, a pesar de su cada vez más escandaloso y evidente anacronismo y vacuidad.

Pero es claro que, si bien aún presente, esta historiografía está muerta desde hace ya muchas décadas, habiendo sido incapaz en *todo* el siglo XX



de aportar ni una sola innovación historiográfica, ningún método o teoría nueva, y ni siquiera aún alguna nueva técnica o procedimiento importante para el análisis historiográfico contemporáneo.

Entonces, es claro que los trazos comunes antes referidos son trazos que solo corresponden a la historiografía realmente *viva*, concretizada en los múltiples proyectos que hoy desarrollan la innovación historiográfica en el mundo occidental, y que son siempre críticos y opuestos a ese «muerto en vida» que es la historiografía positivista.

Un primer trazo común, ya mencionado, es el que se refiere a la incorporación total, por múltiples vías, del presente dentro de la historia. Incorporación que avanza lo mismo en el sentido de establecer la legitimación definitiva del presente como objeto de estudio pleno de la ciencia histórica, que en el sentido de afirmar también a la historia como ciencia de análisis de ese mismo presente. Disolviendo entonces esa ya insostenible división entre el «pasado» y el «presente», y haciendo de este último, objeto de pleno derecho del examen histórico, los historiadores contemporáneos más avanzados eliminan a la vez la artificial barrera epistemológica que el siglo XIX estableció entre la historia y las restantes ciencias sociales. Con ello, y de manera sencilla y directa, abren simplemente la puerta al movimiento libre y al tránsito completamente fluido de toda la corporación gobernada por Clío, dentro y a través de los vastos espacios de *todas* las disciplinas que hoy se ocupan de investigar lo social humano en el tiempo. Por eso, no es una casualidad que *todas* las principales corrientes historiográficas actuales posteriores a 1968, recuperen con toda libertad y reivindiquen con plena legitimidad métodos, conceptos, teorías, técnicas y problemas que antes eran habitualmente asociados sólo a la geografía, a la antropología, a la economía o a la sociología, lo mismo que a otras tantas diferentes «ciencias sociales».

Y así, lo mismo cuando los microhistoriadores italianos recuperan a la escuela de Frankfurt o a la antropología anglosajona, que cuando la cuarta generación de Annales se vuelven hacia la sociología de la acción o hacia la economía de las convenciones, e igualmente cuando la perspectiva del «world-system analysis» se aproxima a la teoría del caos y a los estudios de la complejidad, que cuando la historia socialista británica trata de reelaborar o de proponer los conceptos de «conciencia de clase» o de «economía

moral», en todos estos casos vuelve a hacerse presente esa migración sin trabas a través de las ciencias sociales, a la vez que esa plena conciencia de la ineludible interacción entre la historia y el presente.

Un segundo trazo repetido en las nuevas corrientes y autores de la historiografía de hoy, es el de la asunción radical de las también múltiples implicaciones que conlleva la naturaleza de la historia como ciencia que es susceptible de *efectos sociales* fundamentales. Y ello no sólo en el sentido más obvio de que ha dejado de ser la crónica y el relato de las vidas y peripecias de héroes, reyes, caudillos, Estados, elites y hombres ilustres, para convertirse en el estudio y explicación de los procesos sociales, colectivos, de las masas, de las clases sociales, de la cultura popular y de los grandes grupos sociales, sino también en el sentido de asumir integralmente la *responsabilidad social* de la historia, siempre cargada de profundos significados ideológicos, y siempre sujeta a las exigencias de sus posibles usos sociales y políticos.

Por eso, no es casual que sea una vez más después de 1968, que va a debatirse intensamente sobre las significaciones y los sesgos ideológicos que conlleva necesariamente la práctica del historiador, colocando en el centro de esa discusión el tema de las responsabilidades sociales de la historia, junto a la evidenciación de los distintos usos también sociales que se han hecho siempre de los diferentes discursos históricos.

Lo que, como consecuencia inmediata, ha provocado que nunca más será posible pretender la supuesta «neutralidad» o «imparcialidad» absoluta de los resultados historiográficos, asumiendo por el contrario que todo ejercicio del oficio de historiador es a la vez una necesaria toma de posición ideológica o social, toma de posición que en buena medida determina el margen de los posibles usos y funciones sociales de esos mismos resultados. Y entonces, y congruentes con esta asunción radical, veremos que todas las corrientes historiográficas de vanguardia van a declarar explícitamente y sin problema que intentan hacer, por ejemplo, una historia cultural «desde el punto de vista de las víctimas», o que defienden una historia abiertamente crítica, o que se sitúan en posiciones declaradamente antiposmodernas y racionalistas, o también que construyen discursos históricos que intentan ser discursos para la liberación, lo mismo que reivindicán la concepción de la historia

como contramemoria, como discurso construido a contracorriente o como ejercicio intelectual que marcha a contrapelo de las ideas dominantes y establecidas.⁶

Declaraciones explícitas que atestiguan que no es posible ya construir una historia que se pretenda *inocente o aséptica* respecto de su función social, y que corroboran también el hecho de que, en prácticamente el conjunto total de sus diferentes versiones, esta historiografía occidental contemporánea se halla siempre ubicada en posiciones progresistas y de izquierda, marchando a contracorriente de la historia oficial, tradicional, positivista y legitimadora del poder, a la vez que se distancia tal vez de las fáciles aunque estériles posturas posmodernas e irracionistas que existen en algunos reducidos ámbitos historiográficos del panorama global de la historiografía mundial.

Y si la historia ha sido lo mismo un arma o instrumento de dominación, que de resistencia y rebeldía, y si la memoria se ha utilizado lo mismo para silenciar y ocultar, que para recordar y denunciar, la abrumadora mayoría de los autores importantes y genuinamente innovadores de la historiografía actual en el mundo occidental, se encuentran sin duda del lado de una historia crítica, emancipadora y progresista, y por un uso abierto de la memoria como contramemoria igualmente liberadora y radical.

Algo que, en nuestra opinión, deriva del hecho claro de que estamos viviendo hoy en una evidente situación de transición histórica en escala planetaria, transición determinada por el fin de la era capitalista de la evolución humana y por la hoy urgente y acuciante búsqueda de un nuevo modelo para la reorganización

global de las sociedades de todo el planeta, modelo basado en una sociedad *sin* explotación económica, *sin* dominio y despotismo político y *sin* las múltiples formas de la discriminación social hoy imperantes. Y entonces, y a tono con esta situación de magno tránsito histórico, la inmensa mayoría de los autores y de las corrientes historiográficas principales se ha ubicado hoy en claras posiciones de izquierda, progresistas o dentro del pensamiento crítico contemporáneo.

Un tercer trazo importante, que se encuentra presente en todas las corrientes de la historiografía actual, es el de asumir cada vez con más plena conciencia la evidente crisis y caducidad del episteme parcelado para el conocimiento de lo social, episteme que se constituyó solo en el último tercio del siglo XIX y que habiendo parcelado y autonomizado distintos espacios de lo social-humano en el tiempo, terminó por constituir el espectro de las diferentes ciencias sociales que tuvo su desarrollo y vigencia a lo largo de una buena parte del siglo XX cronológico.

Pero en 1968, y como otro de los tantos efectos de la revolución cultural de estas fechas, comenzó a disolverse rápidamente el fundamento y la legitimidad de este episteme parcelado, a la vez que se iniciaba un claro proceso de reorganización de todo el sistema de las ciencias sociales, e incluso del entero sistema de las diferentes «culturas» y de todo el sistema de los saberes humanos, proceso dentro del cual estamos todavía inmersos⁷.

Y a tono con esta reorganización total del sistema de las «ciencias» y de los saberes humanos, que ha revalorado la importancia y centralidad de la historia al reintroducir las implicaciones esenciales de la variable del *tiempo*, tanto en la física y la termodinámica o en la estética contemporánea, como en la sociología, la economía, la ciencia política o los estudios de la cultura y la literatura más actuales, la historiografía contemporánea ha comenzado a moverse cada vez más en la línea de superar las limitadas visiones de defender o promover las tan mencionadas

⁶ Por ello, no es una casualidad que varias de estas corrientes hayan recuperado y reivindicado a autores como Marc Bloch, Walter Benjamin, Fernand Braudel o Norbert Elías, cuyo potencial crítico y destructor de nuestras nociones habituales de, por ejemplo, la noción de documento y de hecho histórico, de la noción de progreso, de nuestra concepción del tiempo, o del tema de la economía psíquica de los individuos, entre tantos otros aportes contenidos en sus obras, está lejos de haber sido agotado. Nos referimos, obviamente, a los trabajos de Marc Bloch. *Apología para la historia o el oficio de historiador*, citado por Walter Benjamin, «Sobre el concepto de historia» en el libro *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*. Santiago de Chile; Universidad Arcis / LOM Ediciones, 1996; Fernand Braudel «Historia y ciencias sociales. La larga duración» en *Escritos sobre historia*. México: FCE, 1991 y Norbert Elías *El proceso de la civilización*. México: FCE, 1987.

⁷ Además de los textos citados en la nota tres, puede verse también sobre este punto: Wolf Lepenies. *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*. México: FCE, 1994; Isabelle Stengers, *L'invention des sciences modernes*. París: La Découverte, 1993, e Ilya Prigogine e Isabelle Stengers. *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*. Madrid: Alianza Editorial, 1997 e Ilya Prigogine. *El fin de las certidumbres*. Santiago de Chile: Andrés Bello, 1996.

«interdisciplinariedad», «multidisciplinariedad», «transdisciplinariedad» o «pluridisciplinariedad» — todas ellas, simples parches que *no* atacan el fundamento real a superar, al respetar temerosamente la existencia misma de las diferentes «disciplinas» —, para acceder a la reivindicación de la necesidad de una nueva visión, otra vez *unidisciplinaria* de lo social-histórico, visión que se reenlaza directamente con las perspectivas de autores como Fernand Braudel o aún más atrás con el horizonte del propio Marx.⁸

Por último, un cuarto trazo también común a los diversos proyectos historiográficos hoy vivos y actuantes en el panorama global de la historiografía occidental, es el del claro florecimiento y expansión en su seno de la específica rama de la historia de la historiografía. Retomando entonces una tradición que ha tenido, en este siglo, su primer desarrollo fuerte en Italia, aunque también se ha hecho presente en los *Annales* de Marc Bloch, de Lucien Febvre y de Fernand Braudel, todas las corrientes y los espacios de la historiografía actual han comenzado a otorgar, en los últimos cinco o seis lustros, mucha más importancia a este ejercicio de la historia historiográfica, fundando revistas consagradas a este campo, incrementando las secciones a él destinadas, o también organizando coloquios, encuentros y mesas redondas claramente ubicables dentro de esta rama mencionada.

Así, y frente a esta situación de transición histórica, algunos de cuyos rasgos hemos evocado antes, la historia parece verse obligada a mirarse en el espejo, aplicando para su propio autoexamen y estudio, todas las herramientas que ha ido desarrollando y perfeccionando en los últimos ciento treinta años. Y entonces, y abocándose más seriamente en el cultivo de esta historia de la historiografía, es que prosperan revistas que, total o parcialmente acogen los resultados de dicho trabajo historiográfico, como es el caso de las revistas *Espaces Temps* o los *Cahiers Marc Bloch*, en Francia, las revistas italianas *Storia della storiografia* o la *Rivista di storia della storiografia moderna* (hoy rebautizada simplemente con el título de *Storiografia*), la revista

⁸ Sobre este punto, que se encuentra directamente conectado con la perspectiva de la historia global, véanse los trabajos citados en las notas tres y siete. Para el punto más específico de la conexión con el tema de la historia global véase Carlos Antonio Aguirre Rojas. *L'histoire conquérante. Un regard sur l'historiographie française*. París: L'Harmattan, 2000 y también «Making history, knowing history: between Marx and Braudel» in *Review*. Vol. 15, núm. 2 (1992).

Manuscrits de Barcelona o la valenciana *Historia social*. Y es también el caso de las revistas *Entrepasados* y *Prohistoria* de Argentina, *Diálogos* de Brasil, *Nueva síntesis* en el Perú, o *Debates americanos* en Cuba, lo mismo que de las revistas mexicanas *Eslabones* o *Secuencia*, la revista alemana *Comparativ*, la revista portuguesa *Historia das ideias*, la revista norteamericana *Review*, o las revistas inglesas de la *New Left Review* y la *History Workshop*. Proliferación y multiplicación de las presencias de la historia de la historiografía dentro de los estudios históricos contemporáneos que, además de haber permitido ya la elaboración de los primeros mapas generales de lo que ha sido la curva de vida de la historiografía del siglo XX⁹, ha promovido y apoyado también la más clara *autoconciencia* de lo que hoy significa ser historiador y dedicarse a la práctica de la historia, autoconciencia desplegada justamente, entre otras líneas, dentro de las tres vías o los tres rasgos antes resumidos aquí.

Una autoconciencia clara de la propia historia, que no es sólo su pérdida definitiva de la «inocencia», sino y sobre todo la base para que ella pueda ahora proyectarse también con plena conciencia, en los campos antes marginados de la vasta y masiva divulgación histórica, en el terreno de la enseñanza y la pedagogía de la historia, en el trabajo de construcción museográfica y de rescate y conservación de los vestigios del pasado, y en el espacio de la tarea de transmisión y conservación de los recuerdos, de construcción de la memoria histórica y de restitución del nexo vivo entre los múltiples «pasados» con nuestro presente.

Cuatro trazos que, si bien son compartidos por todas las corrientes de la historiografía actual, van a especificarse y a matizarse diferencialmente en cada uno de los muchos espacios del complejo mapa de la historiografía occidental. Mapa cuya configuración general es pertinente abordar ahora con un poco más de detalle.

⁹ No existen demasiados trabajos sobre este mapa *general* de lo que ha sido en su conjunto la historiografía del siglo XX, un tema que ameritaría desarrollos y trabajos mucho más sistemáticos y de mayor envergadura. Sobre este punto véase de Georg G. Iggers. *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*. Barcelona: Idea Books, 1998 y también *New directions in european historiography*. Hannover: Wesleyan University Press, 1984; véase también Francisco Vázquez García. *Estudios de teoría y metodología del saber histórico*. Cádiz: Universidad de Cádiz, 1989 y de Carlos Antonio Aguirre Rojas. *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, antes citado.

II. (RE)CONSTRUYENDO EL MAPA DE LA HISTORIOGRAFÍA OCCIDENTAL HOY.

Al intentar delimitar con más precisión cuál es la configuración específica que hoy presentan los estudios históricos occidentales, debemos nuevamente remitirnos al cambio provocado en este sentido por la gran revolución cultural de 1968. Y ello, porque es cada vez más claro que, después de esta fecha simbólica de finales de los años sesentas, hemos entrado a una *nueva* situación, radicalmente inédita, en lo que respecta al modo de interrelacionarse y de retroalimentarse, del conjunto de las diferentes historiografías nacionales de este mismo occidente, y quizá del planeta en su conjunto.

Porque si entre 1870 y 1968 aproximadamente, la historiografía en el mundo occidental se configuró claramente bajo el modelo de conformar *un* centro hegemónico historiográfico, generalmente coincidente con un espacio nacional o con una zona lingüística homogénea, rodeado de múltiples satélites historiográficos que imitaban, reproducían o copiaban en mayor o menor medida a dicho centro, después de 1968 hemos entrado en cambio, a una nueva situación *multipolar* o *policéntrica* en lo que corresponde a la generación de la innovación historiográfica, situación que configura un nuevo paisaje en la historiografía, en el que ahora *compiten* abiertamente varios polos fuertes, e incluso algunos polos emergentes importantes, en la tarea de escenificar los grandes debates, escribir las obras más importantes, o abrir los nuevos campos problemáticos y las nuevas líneas de investigación de la más actual y vanguardista historiografía.

Con lo cual, ha cambiado también la propia dinámica general de funcionamiento de esta historiografía, e incluso de la cultura occidental misma. Porque hoy es claro que hace tres décadas que ha comenzado a aflojarse y a perder vigencia el fundamento material y social de la existencia de ese modelo de un centro y múltiples satélites, modelo que en los estudios históricos, otorgó al mundo germano parlante la hegemonía historiográfica en el mundo occidental entre 1870 y 1930, para luego crear la sucesiva hegemonía francesa en este mismo campo historiográfico, entre aproximadamente 1930 y 1968. Aflojamiento y pérdida de legitimidad que se explican, en nuestra opinión, por la entrada del capitalismo mundial en una situación de transición histórica que es a la vez el momento final de su larga vida histórica y la etapa de gestación del nuevo sistema histórico que

habrá de sustituirlo.¹⁰ Con lo cual, y sobre la disolución de dicho fundamento, es que se hace cada vez más posible y más real, una situación en donde, eliminando todo colonialismo intelectual y toda actitud de «minoría de edad» respecto de las culturas antes hegemónicas, comienzan a crearse las bases reales de un verdadero intercambio cultural más plural, equitativo y simétrico, en donde no sólo Europa o Estados Unidos crean que pueden aportar elementos o perspectivas culturales interesantes y válidas, sino en donde *todas* las culturas del planeta son interlocutores legítimos e igualmente capaces de contribuir a la construcción de esa nueva cultura universal, más democrática, más rica y plurifacética, más diversa e igualitaria hacia la que apuntan todas las tendencias más profundas de la transformación hoy en curso.

Transformación cultural que es expresión de la transición histórica que vivimos, y que en el plano de la historiografía se ha proyectado como ese nuevo policentrismo o multicentralidad ya referidos. Lo que implica que hoy, en la historiografía mundial, es perfectamente posible que en *cualquier espacio nacional historiográfico*, surjan las nuevas líneas de investigación innovadoras, a la vez que autores de cualquier punto del planeta puedan estar hoy escribiendo lo que en algunos lustros o décadas serán consideradas las obras «clásicas» de la historiografía de este fin de milenio cronológico que ahora vivimos, y de los comienzos del tercer milenio aún por llegar. Una situación que convoca a todos los historiadores del mundo por igual, a participar en esta renovación historiográfica en curso, y que se hace ya evidente si pasamos revista rápidamente a lo que hoy es el paisaje historiográfico actual.

Ya que bajo los saludables efectos de lo que ha sido llamado la defensa de perspectivas y posiciones «multiculturalistas», es cada vez más común ver tanto en coloquios de historia como de cualquier otra ciencia social, colegas latinoamericanos, africanos, chinos, hindúes, etc., que debaten en condiciones de igualdad con sus homólogos europeos, al mismo

¹⁰ Véase Immanuel Wallerstein y Terence K. Hopkins. *The age of transition. Trajectory of the world-system 1945-2025*. Londres: Zed Books, 1996. También de Immanuel Wallerstein, *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*. México: Siglo XXI, 1998 y de Bolívar Echeverría, *Valor de uso y utopía*. México: Siglo XXI, 1998 y *La modernidad de lo barroco*. México: Era, 1998.



tiempo que asistimos a un notable incremento de la cantidad de trabajos que, habiendo sido escritos en Asia, África o América Latina, son traducidos y comentados cada vez más ampliamente dentro de las ciencias sociales y la historiografía en cualquier otra parte del mundo.

Un movimiento fuerte e indetenible, que en nuestra opinión avanza, lenta pero firmemente, hacia esa conformación de un verdadero diálogo multicultural, igualitario, respetuoso y múltiplemente enriquecedor.

Pero, si la situación de la historiografía occidental y muy posiblemente de toda la historiografía mundial, presenta ya esta situación *estructural policéntrica*, y esta posibilidad que abre el espacio potencial para la generación de la innovación historiográfica en cualquier parte del mundo, no deja sin embargo de tener una cierta configuración bien determinada,

constituida tanto por un claro conjunto de «polos fuertes» que hoy se afirman como los protagonistas principales ubicados en la vanguardia de esa historiografía occidental, como por otra serie de polos emergentes, que comenzando a consolidarse como posibles alternativas historiográficas futuras, se hallan todavía sin embargo en una etapa más bien inicial de su desarrollo general.

Una configuración de polos fuertes y polos emergentes de la historiografía occidental, que en el marco ya descrito de la multicentralidad historiográfica actual, y en las cambiantes condiciones de la transición histórica que hoy vivimos, podría modificarse, alterarse, complementarse o enriquecerse de manera sustancial en solo unos pocos lustros. Configuración sujeta pues a posibles mutaciones profundas, a la que no obstante vale la pena tratar de aproximarse con más cuidado ahora.



III. LOS «POLOS FUERTES» DE LA HISTORIOGRAFÍA OCCIDENTAL.

Cuando observamos el conjunto de lo que actualmente constituye el paisaje global de los estudios históricos en el mundo occidental, nos es fácil ubicar casi inmediatamente a aquellas corrientes historiográficas y a aquellos autores a ellas vinculados, que en la actualidad se han convertido en los referentes *ineludibles* más importantes dentro de este mismo campo de la historiografía presente.

Un conjunto de autores y corrientes cuya proyección se ha vuelto cada vez más de escala internacional, y que al ser los constructores de las perspectivas historiográficas más difundidas y más debatidas en toda la geografía del mundo occidental —y muchas veces incluso en la geografía de todo el planeta—, nos ofrecen entonces los diversos modelos, procedimientos, conceptos, paradigmas y prácticas que hoy es *indispensable* conocer y manejar para ser capaces de ejercer el oficio de historiador en sus modalidades más desarrolladas.

Corrientes y autores que, en todos los casos, han vinculado sus proyectos intelectuales e historiográficos a la publicación regular de una revista, la que entonces ha funcionado o aún funciona como claro espacio de concentración y como estructura organizativa visible de esas mismas perspectivas o tendencias historiográficas.

Afirmando entonces, mediante esas revistas de publicación periódica, una visibilidad internacional y una presencia regular dentro del campo, esas corrientes y perspectivas se han constituido en los «polos fuertes» de la historiografía actual, en los protagonistas que es *imposible ignorar* si se desea ser un historiador bien formado y a la altura de las exigencias de la corporación en esta época actual.

Dado que, como sabemos bien, no es posible hacer tabla rasa del pasado, va a resultar claro que todos esos «polos fuertes» de la historiografía más contemporánea se han construido entonces, en directa conexión con diversas tradiciones historiográficas antecedentes, frente a las cuales se han definido de múltiples maneras, sea criticándolas y estableciéndose en situación de abierta ruptura frente a ellas, sea recuperándolas y actualizándolas de modo crítico y creativo, pero también a veces, mezclando perspectivas o elementos antes separados, o inventando y replanteando de otra forma viejos paradigmas o antiguos procedimientos analíticos.

De este modo, un primer «polo fuerte» de la historiografía occidental lo constituye la *cuarta*

generación de la mal llamada «Escuela de los Annales», cuarta generación que habiendo comenzado desde 1985 los esfuerzos de elaboración de un *nuevo proyecto intelectual* annalista, se ha afirmado más explícitamente a partir de 1989, en especial con la publicación del número-manifiesto de noviembre-diciembre de 1989, y luego con todas las modificaciones tanto organizativas e institucionales, como sobre todo intelectuales que se han ido sucediendo en su seno desde esa misma fecha¹¹.

Un primer polo fuerte historiográfico, asociado a la célebre revista que hoy se titula *Annales. Histoire, sciences sociales*, que se ha definido en primer lugar como claro intento de superación y de trascendencia frente a la hoy ya anacrónica historia de las mentalidades, que había sido el tema estructurador del amorfo y ambiguo proyecto de los Annales del periodo de 1969 a 1989. Ambigua historia de las mentalidades, frente a la cual estos cuartos Annales van a oponer y a defender la historia social de las prácticas culturales, en una línea que ha estado siendo desarrollada hasta hoy por autores como Roger Chartier.¹²

¹¹ Lamentablemente, existen muy pocos estudios sistemáticos sobre esta cuarta generación de los Annales. Al respecto puede verse por ejemplo el artículo de Christian Delacroix, «La falaise et le rivage. Histoire du ‘tournant critique’» en la revista *Espaces temps*. Núm. 59-60-61 (1995); también en el libro de Christian Delacroix, François Dosse y Patrick Garcia. *Les courants historiques en France. 19e-20e siècle*. París: Armand Colin, 1999, en especial el capítulo seis; el debate entre Youry Bessmertny, Bernard Lepetit y Jean-Yves Grenier «A propósito delle nuove ‘Annales’» en la *Rivista di storia della storiografia moderna*. Núm. 1-3 (1995); también puede verse nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *La escuela de los Annales. Ayer, hoy, mañana*. Barcelona: Montesinos, 1999, en especial el capítulo siete, en donde desarrollamos mucho más ampliamente la caracterización de estos ‘cuartos Annales’ que aquí solo resumimos muy brevemente. (Existe una versión en francés de este mismo libro, bajo el título *L’histoire conquérante. Un regard sur l’historiographie française*, y que ya hemos citado antes).

¹² Para la crítica de esta historia de las mentalidades véase. G.E.R. Lloyd, *Las mentalidades y su desenmascaramiento*. Madrid: Siglo XXI, 1996, o también el prefacio del libro de Carlo Ginzburg. *El queso y los gusanos*. Barcelona: Muchnik Editores, 1981. Véase también Carlos Antonio Aguirre Rojas, «¿Qué es la historia de las mentalidades?. Auge y declinación de un tema historiográfico» en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, ya citado. Sobre la nueva historia social de las prácticas culturales, *cfr.* de Roger Chartier, *El mundo como representación*, Barcelona: Ed. Gedisa, Barcelona, 1992 y *Au bord de la falaise*, París: Ed. Albin Michel, 1998.

Al mismo tiempo, y también en abierta ruptura con la tercera generación annalista, estos Annales de la última década han intentado renovar profundamente los campos de la historia económica y de la historia social. Recuperando y rediscutiendo entonces los problemas que hoy enfrentan las más nuevas vertientes de la historia económica, de la historia cuantitativa y de la historia serial, o incursionando en una nueva versión de la antropología histórica, estos cuartos Annales actuales van también a abrir el diálogo con la sociología de la acción y con la economía de las convenciones, para incorporar sus aportes a la historia, y para redefinir desde allí nuevas y muy diferentes formas de la historia social. E intentando integrar explícitamente en sus investigaciones y debates cotidianos, también a todos los complejos resultados y lecciones derivadas del procedimiento de «cambio de escala» y de las propuestas específicas de la microhistoria italiana,¹³ estos historiadores de la cuarta generación annalista van a definir otro de los trazos importantes de su proyecto intelectual.

Trabajando entonces en todas estas líneas de renovación de la historia social, antropológica y económica, a la vez que reivindicando esa «asimilación francesa» del aporte italiano de la microhistoria, esos Annales post 89 han relanzado también el debate metodológico fuerte que los terceros Annales habían abandonado, defendiendo lo mismo una interdisciplinaria «dura», que una transferencia regulada de conceptos, modelos y problemas de una disciplina a otra, a la vez que rediscuten la pertinencia actual de la larga duración o de la historia global, en un claro y consciente retorno a los horizontes braudelianos.¹⁴

Asociado entonces a la revista *Annales. Histoire, sciences sociales*, que sigue siendo hoy la revista especializada de historia *más difundida* en todo el mundo occidental —lo que no forzosamente implica que sea ni la más innovadora, ni la más importante—,

¹³ En esta línea, las obras principales a considerar son las de Bernard Lepetit, *Les villes dans la France moderne 1740-1840*, París: Ed. Albin Michel, 1988, *Las ciudades en la Francia moderna*, México: Ed. Instituto Mora, 1996, y el libro por él coordinado y titulado *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*, París: Ed. Albin Michel, 1995; también de Jean-Yves Grenier, *L'économie d'ancien régime*, París: Ed. Albin Michel, 1996, Jocelyne Dakhlia, *Le divan des rois*, París: Ed. Aubier, 1998 y Jacques Revel (coord) *Jeux d'échelles*, París: coedición EHESS Gallimard-Le Seuil, 1996.

este polo francés fuerte de la historiografía occidental se encuentra hoy en una verdadera encrucijada, de cuya salida puede depender, en parte, no sólo el futuro de toda la corriente de los Annales que se inició en 1929, sino también el papel que la historiografía francesa puede jugar en el panorama mundial de los estudios históricos de las próximas décadas por venir.

Un segundo polo fuerte en la historiografía actual lo constituye el conjunto de perspectivas o líneas de investigación que se agrupan genéricamente bajo el nombre de la historiografía socialista británica. Conjunto de perspectivas que, sucediéndose en el tiempo en cuanto al momento de su origen, y coexistiendo después hasta el momento actual, comparten en su conjunto el hecho de defender una historia profundamente social, concentrada en revalorar y restablecer el papel de las clases populares y de los oprimidos dentro de la historia, siempre desde posiciones de izquierda, sea abiertamente deudoras de diferentes versiones e interpretaciones del marxismo, sea declaradamente socialistas o feministas.¹⁵

¹⁴ Sobre este punto *cfr.* Bernard Lepetit «Propuestas para un ejercicio limitado de la interdisciplina» en revista *Iztapalapa*, Núm. 26, (1992); «La larga duración en el presente», en *Segundas Jornadas Braudelianas*, México, Ed: Instituto Mora, 1995 y «Les Annales aujourd'hui», en *Review*, Vol. XVIII, No. 2, 1995. También de Bernard Lepetit y Jean-Yves Grenier el artículo «L'expérience historique à propos de C.E.Labrousse» en *Annales. Economies. Sociétés. Civilisations*. Año 44, Núm. 6, (1989). También de Jean-Yves Grenier el artículo «L'histoire quantitative est-elle encore nécessaire?», en el libro *Passés Recomposés*, París: Ed. Autrement, 1995. Está en curso de edición una compilación de artículos metodológicos de Bernard Lepetit, quien murió de manera absurda y trágica en marzo de 1996. Esta muerte ha sido una pérdida fundamental para este proyecto intelectual de los posibles cuartos Annales, un proyecto que todavía *no* se ha consolidado definitivamente.

¹⁵ Para tener una primera visión *general* de esta historiografía socialista británica, aunque a veces con algunas lagunas que son en ocasiones importantes, véase H.J. Kaye. *Los historiadores marxistas británicos*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 1989, y *The education of desire. Marxist and the writing of history*. Nueva York: Routledge, 1992 (véase nuestro comentario crítico de este segundo libro en la revista *Annales. Histoire, sciences sociales*. Núm. 2 (1998); también pueden ver el núm. 18 (1994) de la revista *Historia social*, consagrado a E.P. Thompson, y el 25 (1996) consagrado a la obra de E. J. Hobsbawm.

Remontando entonces sus orígenes, en alguna de sus vertientes, al periodo posterior al fin de la Segunda Guerra Mundial, este polo británico de la historiografía contemporánea, se ha ido construyendo sucesivamente en torno de la edificación, lanzamiento y luego publicación regular de tres revistas que hoy son importantes en los estudios históricos del mundo occidental, y que son las revistas de *Past and Present*, *New Left Review* y *History Workshop*. Tres revistas británicas que hoy figuran entre las más importantes publicaciones periódicas del gremio de los historiadores, y que en sus especificidades y diferencias definen también a las tres tendencias principales que conforman a este segundo polo fuerte de la innovación historiográfica. Y aunque estas diversas tendencias o ramas de la historia socialista británica se han consolidado y afirmado, en tres momentos sucesivos y diferentes, todas ellas sobreviven hasta hoy, compartiendo los espacios de la historiografía inglesa actual, y aportando todavía cada una su peculiar contribución a la renovación historiográfica en curso.

Así, el grupo de la revista *Past and Present*, revista que ha sido fundada ya en 1952, es el más antiguo de estas tres ramas, nucleando a su alrededor a los que podríamos considerar los marxistas más tradicionales de todo este polo británico. Un marxismo más cortado de acuerdo a los patrones de lo que fueron muchos de los marxismos *anteriores* a la revolución cultural de 1968, que tuvo el inmenso mérito de *abrir*, dentro del ambiente intelectual de la Gran Bretaña de los años cincuenta y sesenta, todo el espacio de una verdadera historia social, atenta al análisis de las clases sociales y de sus luchas, estudiosa de los campesinos y los obreros, preocupada de investigar la historia de los movimientos sociales y también interesada en el examen de los procesos económicos de la Revolución Inglesa, de la Revolución Industrial o de la etapa final del feudalismo. Una historia social marxista, plasmada en los trabajos de autores como Eric Hobsbawm, Christopher Hill, Rodney Hilton, etc., que apoyada en los conceptos más habituales del marxismo, trató de utilizarlos para hacer avanzar en Inglaterra una historia antipositivista, que se concentró sobre todo en los grandes temas de la historia económica y social. Pero que sin embargo, y más allá de esos indudables méritos, *no* problematizó a fondo ni la enorme densidad y complejidad de las categorías marxistas que utilizaba, ni intentó tampoco rescatar conceptos

presentes en la obra de Marx muy poco rescatados por la mayoría de los marxismos de esta época, abordando mas bien escasamente, por ejemplo, ciertos temas de la historia cultural, y desplegando un marxismo que, si frente a la historia positivista era un enorme paso adelante, frente a la renovación cultural provocada por la revolución de 1968, comenzó a resultar un marxismo mucho más problemático y limitado para encarar los desafíos historiográficos post 68.

Sin embargo, y dada esa función *pionera* en Inglaterra, de apertura estricta de la historia social, y gracias al prestigio acumulado por varios de sus representantes más importantes, esta primera rama de la historia socialista británica sigue siendo aún hoy un referente importante de la historiografía occidental actual¹⁶.

Y del mismo modo que esta revolución cultural de 1968, ha provocado la escisión entre las viejas izquierdas más tradicionales y las nuevas izquierdas sesentayocheras, también los importantes y agitados años sesenta en Inglaterra, han creado a una segunda tendencia de este polo británico que ha fundado justamente una revista titulada la revista de la nueva izquierda, la *New Left Review*. Nueva tendencia historiográfica, que agrupando a gentes como Perry Anderson, Robin Blackburn o Benedict Anderson, junto a gentes de avanzada como Edward P. Thompson —que pasan del grupo de *Past and Present* a este nuevo grupo hijo de esa ruptura profunda de finales de los años sesenta—, va a tratar de impulsar una renovada forma de historia, a la vez deudora pero también diferente de la promovida por el primer grupo o línea antes mencionados.

¹⁶ Sobre los orígenes y sobre el papel que en las primeras etapas jugó este primer subgrupo de la historiografía británica y sobre sus vínculos con los Annales dirigidos por Fernand Braudel, cfr. los artículos y la entrevista de Eric Hobsbawm «El grupo de historiadores del partido comunista» y la entrevista «Comprender la totalidad de la evolución histórica. Conversación con Eric Hobsbawm», ambos en la revista *Historia social*, Núm. 25, Valencia, (1996). Del mismo Hobsbawm véase también su artículo «Comments» incluido en *Review*. Vol. I, Núm. 3-4, 1978. Por otro lado, el carácter más tradicional y pre-68 del marxismo de este grupo de la revista *Past and Present* se refleja por ejemplo, indirecta pero claramente,



Una historia que manteniendo el horizonte de ser una historia social, económica y atenta al análisis de clases sociales, va sin embargo a tratar de incursionar en algunos temas *nuevos*, como el de la caracterización de los estados absolutistas, el de las transiciones de la antigüedad al feudalismo, o incluso el de la propia historia del marxismo occidental. Así y en un movimiento de basculamiento curioso pero muy evidente, esta corriente de la nueva izquierda va a defender, sobre nuevas bases y con argumentos más elaborados, viejas tesis defendidas hace mucho tiempo por la historiografía soviética oficial, tesis que habían sido criticadas por los marxistas del grupo de *Past and Present*, y que algunos protagonistas de la *New Left Review* van a rehabilitar de nuevo en los años setentas y ochentas recién vividos.¹⁷

Intentando entonces actualizar sus referentes teóricos, y empatar a la historia socialista británica con el debate europeo, este segundo grupo ha incluso coqueteado, por ejemplo, con las posiciones althusserianas, a las que ha promovido y ha ayudado a difundirse dentro del espacio intelectual de la Gran Bretaña. Lo que, más allá de las implicaciones que tiene respecto de la caracterización de las posturas teóricas de esta segunda rama, ha generado un debate muy interesante que ha mostrado lo que era la riqueza y vitalidad de este polo británico en los años setentas y ochentas de este mismo siglo cronológico.¹⁸

Nacida al calor de las grandes transformaciones de los años sesentas, y afirmándose precisamente a lo largo de toda esta década, esta segunda tendencia de la *New Left Review*, ha repetido en alguna medida la curva vivida por esa propia generación del 68 en el mundo, habiendo tenido un brillo, una fuerza y una presencia muy llamativas en los años setentas y ochentas, y habiendo comenzado a disminuir un poco

¹⁷ Nos referimos, obviamente, a varias de las tesis defendidas por Perry Anderson, tanto en su libro *El estado absolutista*, Madrid: Ed. Siglo XXI, 1979, como en su libro *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, Madrid: Ed. Siglo XXI, 1980.

¹⁸ Al respecto véase el célebre debate entre Perry Anderson y E.P. Thompson que se ha plasmado en los textos de E. P. Thompson, *The poverty of theory*, Londres: Ed. Merlin Press, 1995 (la primera edición es de 1978) y el libro de Perry Anderson, *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*, Madrid: Ed. Siglo XXI, 1985 y «Diario de una relación» en *El cielo por asalto*. Año 3, Núm. 6, 1993-1994.

su visibilidad y su presencia social en la última década de este milenio cronológico aún por concluir. Y así, aunque su papel en la historiografía inglesa y en los estudios históricos del mundo occidental actual no es ya tan fuerte como lo fue hace algunos lustros, eso no impide el hecho de que esta segunda rama o línea del polo británico, se haya mantenido, no obstante, y hasta el día de hoy, como un foro siempre abierto a los más nuevos y diferentes desarrollos historiográficos producidos en la historiografía occidental, manteniéndose entonces también como referente imprescindible de estos mismos estudios históricos más contemporáneos.

El tercer elemento o componente de este polo historiográfico fuerte existente en Gran Bretaña, es el del grupo de la revista *History Workshop*, grupo que habiéndose consolidado después de la revolución de 1968, se ha construido desde la hipótesis radical de que la historia debe ser escrita por sus propios constructores y protagonistas principales, es decir por las propias clases explotadas y oprimidas que día a día reproducen a las sociedades. Ya que si también y dentro de esta reproducción global de lo social, son ellos los que producen la riqueza social, mientras organizan huelgas y movimientos sociales de protesta, los que rehacen y mantienen al mundo cada día, igual que luchan contra el capitalismo y sufren sus embates, siendo además los que edifican ciudades a la vez que tejen conciencias rebeldes y nuevas formas de resistencia social, entonces son *ellos* los que estrictamente *hacen la historia real* a lo largo del tiempo. Y entonces, es lógico pedirles que, si ellos hacen la verdadera historia, sean también ellos los que la reconstruyan intelectualmente, dotándola del apoyo de su experiencia cotidiana y directa, y contándola, explicándola e interpretándola para nosotros desde esa misma conexión que sólo ellos poseen con dicha historia real.

De ahí los célebres «talleres de historia» que dan nombre a la revista, nacidos en parte de las experiencias inglesas de las escuelas de educación para adultos, y en donde los historiadores «de oficio» o académicos o formados en las escuelas de historia, ponen su saber al servicio de los propios oprimidos, aportándoles sus herramientas intelectuales, para darles la voz y el canal de expresión que ellos nunca han tenido. Una experiencia inédita de colaboración

entre historiadores «profesionales» y los propios sujetos sociales e históricos, que no sólo abre el espacio para el desarrollo amplio y masivo de la actual historia oral¹⁹, sino que también crea el perfil específico de esta tercera corriente del polo historiográfico inglés, que será un perfil de una historia muy crítica del academicismo, de vocación muy popular y que desconfía de los marxismos precisamente académicos —lo que la lleva a declararse más «socialista» que propiamente marxista—, a la vez que muy abierta y receptiva a todo posible movimiento social antisistémico, sea este feminista o ecologista, campesino, local o urbano territorial, lo mismo que antinuclear, antirracista o expresión de cualquier oposición a determinada forma de discriminación social²⁰.

Una línea entonces que reivindica sobre todo la construcción de la historia desde abajo hacia arriba (*to bottom up*) como dirán sus defensores, es decir desde las clases populares y los grandes grupos sociales hacia la totalidad de lo social, que será la más sensible de todas, dentro de este polo británico, al sentido *social* y *político* de la propia práctica histórica,

¹⁹ Vale la pena insistir entonces en este origen, político y de naturaleza muy radical, de los métodos y las perspectivas de la historia oral, rescatada en esta, su primera vertiente, como ese ensayo de darle voz a los que nunca la han tenido, y de recuperar para la historia del periodo más contemporáneo a esos testimonios de los propios protagonistas, miembros de las clases oprimidas, que han construido directamente los hechos y los procesos históricos fundamentales. Rasgos que, como es bien sabido, se irán borrando y difuminando conforme esta rama de la historia oral gane difusión y extensión en el seno de la corporación de Clío. Para una primera visión panorámica de las diversas corrientes presentes en esta historia oral, *cfr.* el libro colectivo *La historia oral*, Buenos Aires: Ed. Centro Editor de América Latina, 1991.

²⁰ Hablamos de los trabajos de todo el grupo liderado por Raphael Samuel, que lamentablemente no han sido suficientemente traducidos al español. Al respecto *cfr.* los dos libros coordinados por Raphael Samuel, *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona: Ed. Crítica Grijalbo, 1984, y *Village life and labor*, Londres: Ed. Routledge & Kegan Paul, 1982. También sus artículos, «Veinticinco años de talleres de historia en Gran Bretaña», en *Taller d'història*. Núm. 4, Valencia, (1994), «Desprofesionalizar la historia» (entrevista a R. Samuel) en *Historia oral*, *cit.*, «¿Qué es la historia social?» en *Historia Social*, num. 10, Valencia, 1991 y «La lectura de los signos» en *Historia contemporánea*. Núm. 7, Bilbao, (1992). También el libro del mismo Samuel, *Theatres of Memory*, Nueva York: Ed. Verso, Londres 1996.

funcionando a la vez como espacio de confrontación y de difusión de toda historiografía vinculada a las luchas sociales anticapitalistas desplegadas en cualquier punto del planeta.

Tercera línea o tendencia de esta historiografía británica de izquierda, a la cual también se ha incorporado, en un cierto momento, el historiador E. P. Thompson, quien muy probablemente sea el más brillante historiador inglés de todo el siglo XX. Y ello, no sólo porque en su biografía personal y en su itinerario intelectual, él va a condensar esta sucesiva construcción de las tres líneas de este segundo polo fuerte de la historiografía, sino también y sobre todo por la novedad y profundidad de su contribución historiográfica específica.²¹



²¹ Sería demasiado amplio entrar aquí al examen de esta obra fundamental, por lo cual remitimos mejor al lector a su lectura directa. Además de su obra más difundida y sin duda alguna más importante, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona: Ed. Crítica, 1989 (edición en dos volúmenes) puede verse también una lista de sus principales trabajos en «E.P. Thompson: una selección bibliográfica» incluida en la revista *Historia social*, Núm. 18, Valencia, (1994). Véase también el ensayo de Carlos Illades, «E.P. Thompson 1924 – 1993» en *Estudios sobre el artesanado urbano en el siglo XIX*, México: Ed. El Atajo, 1997.



Un tercer polo fuerte de la historiografía contemporánea es el que conforma la compleja y elaborada perspectiva de la microhistoria italiana. Una perspectiva que, alimentándose de los ricos debates de la naciente historia *social* italiana desarrollada después del fin de la Segunda Guerra Mundial, y generada dentro de los medios de la historiografía marxista y de izquierda de los años sesentas, va a irse consolidando y afirmando en los años setentas, en torno del equipo dirigente y constructor de la hoy célebre revista *Quaderni Storici*.

Perspectiva historiográfica microhistórica, que será entonces siempre agudamente crítica, progresista y atenta al sentido social y político de la propia práctica del historiador, cuyo núcleo u horizonte metodológico fundamental será sin duda el de la promoción y defensa del procedimiento del «cambio de escala» como recurso de la renovación historiográfica, y en consecuencia, la recuperación de la dimensión o «escala» microhistórica como verdadero «lugar de experimentación» del trabajo historiográfico mismo²².

Criticando entonces los límites de los modelos «macrohistóricos», que tanta fuerza tuvieron en los años cincuentas y sesentas, y mostrando como fueron vaciándose de contenido al abandonar su fuente nutricia que era el análisis de lo particular, los microhistoriadores italianos van a defender este cambio de escala y retorno al nivel microhistórico, pero *no* para renunciar al nivel de lo general y la microhistoria,

²² Para comprender todas las complejas implicaciones de este procedimiento microhistórico vale la pena acercarse a los principales textos metodológicos de la corriente. De ellos citemos solamente, Carlo Ginzburg, «Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella» en *Entrepasados*, Núm. 8, Buenos Aires, (1995); Giovanni Levi, «Sobre microhistoria», en el libro *Formas de hacer historia*, Ed. Alianza Editorial, Madrid, 1993; y Eduardo Grendi, «Microanálisis e storia sociale» en *Quaderni Storici*, No. 35, (1977) y «¿Repensar la microhistoria?», en revista *Entrepasados*, Núm. 10, Buenos Aires, 1996. También pueden verse algunas de las diferentes interpretaciones que se han hecho de esta microhistoria en los textos de Analet Pons y Justo Serna «El ojo de la aguja: ¿de qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?», en la revista *Ayer*, No. 12, Madrid, 1993 y también su libro *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Ed. Fronsés, Valencia, 2000; Jacques Revel «Microanálisis y construcción de lo social», en revista *Entrepasados*, Núm. 10, *cit.* y Carlos Antonio Aguirre Rojas, «Invitación a otra microhistoria: la microhistoria italiana» en revista *Prohistoria*. Núm. 3, Rosario, (1999). Vale la pena ver también todo el dossier dedicado justamente al tema de «La microhistoria italiana» en este mismo número 3 de *Prohistoria*.

sino justamente para enriquecerlo y renovarlo, replanteándolo de nuevo desde esa experimentación y pasaje por los universos de la dimensión microhistórica. Con lo cual, no sólo van a renovar radicalmente el modo de abordar a la vieja dialéctica entre lo general (que en un cierto sentido y en este nivel abstracto podríamos equiparar a lo macro) y lo particular (en ese mismo sentido equiparable a lo micro), sino más globalmente todo un conjunto de prácticas y de perspectivas metodológicas del entero oficio del historiador.

Distanciándose entonces de la simple historia local o incluso regional,²³ y recuperando para la historia una enorme y asombrosa variedad de inspiraciones intelectuales, que abarcan entre muchas otras, tanto los aportes de la antropología anglosajona como las lecciones de la Escuela de Frankfurt, lo mismo que las enseñanzas de Marc Bloch o Fernand Braudel, o los planteamientos del Instituto Warburg, esta microhistoria italiana se opondrá radicalmente a todas las variantes del postmodernismo dentro de la historia, criticando lo mismo a Hayden White que a Michel de Certeau, entre otros, y confrontándolos a través de las repetidas y agudas críticas realizadas por Carlo Ginzburg, Giovanni Levi o Eduardo Grendi, entre otros.

Microhistoria italiana o tercer polo fuerte de la historiografía occidental actual, que desde su origen y sobre el horizonte compartido del ya mencionado procedimiento del cambio de escala y del descenso al nivel microhistórico, se ha desdoblado en dos vertientes o ramas diversas, las que a su vez se han concentrado en campos temáticos también diferentes. Así, una primera rama, que incluye los trabajos de Eduardo Grendi, de Giovanni Levi, de Simona Cerruti, o de Mauricio Gribaudi entre otros, se ha desplegado más en los terrenos de la historia económica y social, poniendo énfasis en el análisis exhaustivo e intensivo

²³ Es por eso que constituye un craso error *confundir* a esta compleja postura de la microhistoria italiana, con la microhistoria mexicana de Luis González, o con la *local history* inglesa, o con la historia local española, o etcétera, error sin embargo todavía muy frecuente en ciertos medios historiográficos poco informados de los desarrollos de la historiografía actual.

del universo microhistórico, y recuperando para ello, por ejemplo, tanto la «descripción densa» de Clifford Geertz como el «network analysis» de Frederik Barth.²⁴

Junto a esta primera vertiente microhistórica, existe una segunda, representada sobre todo por los brillantes trabajos de Carlo Ginzburg, y concentrada en el ámbito de la historia cultural. Un nuevo y muy original modelo para la historia cultural, que no sólo reivindica y asume radicalmente su intención de construir dicha historia de lo cultural «desde el punto de vista de las víctimas», es decir desde el punto de vista de las clases populares, oprimidas y casi siempre silenciadas y marginadas, sino que también ha explicitado el importante y hoy célebre «paradigma indiciario» que subyace no sólo al trabajo de los historiadores, sino también a la labor de otras ciencias sociales e incluso de las ciencias médicas, con todas sus complejas y enormes consecuencias epistemológicas.

Y a la vez, y para completar esta peculiar aproximación microhistórica al campo de la historia cultural, la misma ha desarrollado también el método combinado morfológico-histórico, para desembocar, más recientemente, en la indagación más general de los supuestos mismos de toda construcción cultural posible, y en consecuencia, de los límites y las implicaciones de los diálogos e intercambios transculturales y multiculturales.²⁵

Dos ramas o vertientes del trabajo microhistórico italiano, que aunque se han ido separando cada vez

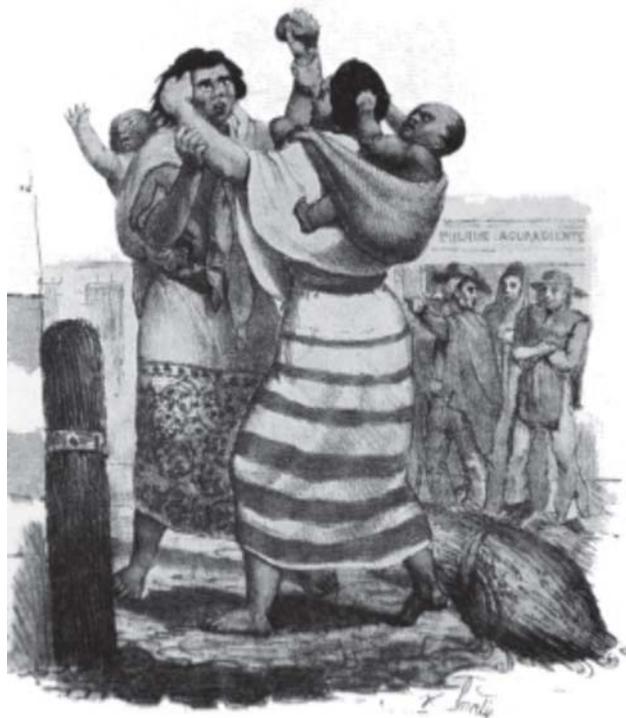
más entre sí e incluso, en el caso de sus representantes principales, alejando un poco de la propia revista mencionada de los *Quaderni Storici*, no dejan sin embargo de ganar cada vez más presencia e influencia en una buena cantidad de espacios de la historiografía del mundo occidental, espacios que todavía hoy multiplican las traducciones de sus principales obras, a la vez que incorporan cada vez más sus diversas lecciones y enseñanzas.

Finalmente, un cuarto polo fuerte de la historiografía occidental actual lo constituye el grupo del *Fernand Braudel Center*, de la *State University of New York at Binghamton*, grupo liderado por Immanuel Wallerstein y que ha desarrollado en los últimos cinco lustros la hoy difundida perspectiva metodológica del «*World-System Analysis*». Un grupo cosmopolita y muy abierto, que ha encontrado su foro de expresión fundamental, a la vez que su mecanismo y lugar o espacio de concentración principal en la hoy importante revista titulada simplemente *Review*, una revista que *no* es sólo una revista de historia sino también muy declarada y conscientemente una revista crítica de ciencias sociales en general.

²⁴ En este sentido, vale la pena consultar los libros de Eduardo Grendi, *Storia di una storia locale. L'esperienza ligure 1792-1992*, Venecia: Ed. Marsilio Editori, 1996 e *I balbi. Una famiglia genovese fra Spagna e Impero*, Turín: Ed. Giulio Einaudi, 1997; Giovanni Levi, *La herencia inmaterial*, Barcelona: Ed. Nerea, 1990; Simona Cerutti, *La ville et les métiers*, París: Ed. EHESS, 1990 y Maurizio Gribaudi, *Itinéraires ouvriers*, París: Ed. EHESS, 1987, aunque la lista podría alargarse fácilmente con los trabajos de Oswaldo Raggio, Franco Ramella, etcétera.

²⁵ Estamos pensando, en este punto, en los agudos libros escritos por Carlo Ginzburg, entre los cuales podemos citar *El queso y los gusanos*, *op. cit.*; *Mitos, emblemas, indicios*, Barcelona: Ed. Gedisa, 1994 (libro en el que se incluye su excepcional ensayo sobre el paradigma indiciario); *Historia nocturna*, Barcelona: Ed. Muchnik, 1991; *Occhiacci di legno*, Milán: Ed. Feltrinelli, 1998 y *History, rhetoric and proof*, Hannover: Ed. Brandeis University Press, 1999.

²⁶ Para una primera aproximación a esta perspectiva del *World-System Analysis*, cfr. el ensayo de Walter L. Goldfrank «Intellectual



Perspectiva rica y polémica, que habiéndose inspirado doblemente en varias de las tradiciones tanto del marxismo original como de ciertos marxismos del siglo XX, y también en las lecciones esenciales del aporte contenido en las obras de Fernand Braudel, ha reivindicado permanentemente la centralidad e imprescindibilidad de construir análisis, desde perspectivas *globalizantes*, con una clara *densidad histórica* y desde la visión de la *larga duración*, y siempre ubicados en el horizonte de una postura radicalmente crítica.²⁶

Así, y desde esta triple exigencia, totalizante, radicalmente histórica y profundamente crítica, común al marxismo y al «braudeliano», la perspectiva del «análisis del sistema-mundo» ha comenzado por criticar frontalmente la implícita «unidad de análisis» abrumadoramente asumida por la inmensa mayoría de los científicos sociales de todo el siglo XX, y que es la unidad de la «sociedad» o el «estado» o «el marco» *nacionales*, postulando que el capitalismo es un sistema histórico de vocación planetaria, y que en consecuencia la única unidad de análisis pertinente es y debe ser la del sistema-mundo capitalista concebido como entidad única y global.²⁷

Criticando entonces ese «encerramiento» de las investigaciones sobre lo social, en los limitados horizontes de las fronteras nacionales, esta perspectiva del análisis del sistema-mundo, va a subrayar el hecho de que existe por encima y por debajo de cualquier dinámica nacional posible, una dinámica *global* y

mucho más *universal* del sistema-mundo en su conjunto, dinámica que si es ignorada, va a falsear y a limitar necesariamente nuestros análisis e interpretaciones.

Con lo cual, Immanuel Wallerstein, Giovanni Arrighi y todo el grupo de los defensores de esta perspectiva, van a exigimos resituar siempre nuestras problemáticas dentro de un horizonte planetario o semiplanetario, interrogándonos acerca de las causas y los elementos que, desde esa dinámica universal y global del sistema-mundo en su totalidad, han influido de manera decisiva para la generación y modalidades de los fenómenos más locales, o regionales, o nacionales que nosotros intentamos explicar.

Así, y entre muchos otros ejemplos que podríamos citar, será posible comprender a los múltiples movimientos de 1968—o más aún, del segundo lustro de los años sesentas—, como otras tantas expresiones de una verdadera y profunda «revolución cultural» dentro del sistema-mundo en su conjunto, revolución que entonces y no casualmente va a *repetir* en prácticamente todo el planeta ciertos rasgos o trazos comunes, más allá de las evidentes diferencias y especificidades de su manifestación en cada lugar.

O también, y gracias a este enfoque planetario y global desde el sistema-mundo como unidad de análisis, será posible entender que los Estados Unidos se encuentran ya en la fase de claro declive de su poder hegemónico planetario, repitiendo desde la crisis de 1972-73 la misma decadencia hegemónica que

²⁶ Para una primera aproximación a esta perspectiva del *World-System Analysis*, cfr: el ensayo de Walter L. Goldfrank «Intellectual background of Immanuel Wallerstein and his world-system», en la revista *Modern Praxis*, Núm. 7, Seul, 1988, texto que sin embargo ha quedado un poco rebasado dada su fecha de elaboración original. Para una síntesis predominantemente *descriptiva* del itinerario intelectual de Immanuel Wallerstein puede verse el libro de Orlando Lentini, *La scienza sociale storica di Immanuel Wallerstein*, Milán: Ed. FrancoAngeli, 1998. También puede verse el comentario a su libro más importante escrito por Harriet Friedmann, titulado «Promethean Sociology» en *Required reading. Sociology's most influential books*, Dan Clawson, editado por: Ed. University of Massachusetts Press, Amherst, 1998 y nuestro artículo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, «Chiapas, América Latina y el sistema-mundo capitalista» en la revista *Chiapas*, Núm. 10, 2000. Igualmente y para una aproximación más directa es recomendable ver los libros del propio Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema-mundial*, tomos I, II, y III, México: Ed. Siglo XXI, 1979, 1984, y 1998; *Después del liberalismo*, Ed. Siglo XXI, México, 1996 y también *Impensar las ciencias sociales*, México: Ed. Siglo XXI, 1998.

²⁷ Sobre este punto, que es quizá la contribución más importante y original de esta perspectiva del análisis del sistema-mundo, Immanuel Wallerstein ha insistido reiteradamente. Véanse, por ejemplo, sus textos «Hold the tiller firm: on method and the unit of analysis» en la revista *Comparative Civilizations Review*, Núm. 30, Spring 1994; «World-System» en el libro *A dictionary of marxist thought*, Oxford: Ed. Blackwell, 1991; «An agenda for world-system analysis», en el libro *Contending Approaches to World-System Analysis*, Beverly Hills: Ed. Sage, 1983; «World-System Analysis», en el libro *Encyclopedia of Political Economy*, Londres: Ed. Routledge, 1999, o los artículos «¿Desarrollo de la sociedad o desarrollo del sistema-mundo?», «Sistemas históricos como sistemas complejos» y «Llamado a un debate sobre el paradigma», estos tres últimos incluidos en el libro *Impensar las ciencias sociales*, antes citado. Las dos obras que mejor ilustran las implicaciones y la novedad derivada de esta tesis central de la perspectiva del «world-system analysis», son la obra de Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema-mundo*, ya mencionado y de Giovanni Arrighi, *El largo siglo XX*, Madrid: Ed. Akal, 1999.

vivió Holanda después de 1689, o Inglaterra después de 1870, y que explica porque cada vez más los norteamericanos se baten en retirada en todo el mundo, mientras Japón y Europa Occidental comienzan ya a disputarse su posible sucesión en ese puesto hegemónico del sistema-mundo actual.

Introduciendo entonces en sus análisis esta dimensión más universal de la dinámica global del sistema-mundo, este cuarto polo fuerte de la historiografía occidental ha sido capaz de proponer, tanto una nueva explicación de la historia entera del capitalismo moderno, como también de los principales fenómenos y procesos históricos del siglo XX, desde el leninismo, la historia de la Unión Soviética y el proyecto del «socialismo en un solo país» hasta el ciclo de la hegemonía estadounidense, la revolución de 1968, el rol de la OPEP, la caída del muro de Berlín o las recientes guerras del Golfo Pérsico y de Kosovo, entre muchos otros temas.²⁸

Además, y llevando hasta el plano epistemológico dicho cuestionamiento ya aludido de las «premisas no explicitadas» de nuestras propias ciencias sociales contemporáneas, esta perspectiva va a desmontar y criticar también los supuestos de la construcción de los actuales sistemas de los saberes, de las «culturas» y de las ciencias sociales, impugnando el modo parcelado, cuadrículado y autonomizado de explicación de lo social, creado y afirmado en los últimos ciento treinta años, y frente al cual, esta perspectiva del world-system analysis va a defender la construcción de una nueva y más compleja *unidisciplinarietà*.²⁹

²⁸ Para la explicación más detallada de todos estos importantes fenómenos, desde esta perspectiva del world-system analysis, el lector puede remitirse a los libros de Immanuel Wallerstein, *The capitalist world-economy*, Cambridge University Press Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge, 1979; *The politics of the world-economy*, Cambridge University Press y Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge: 1984; *Geopolitics and geoculture*, Cambridge University Press Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1991; *Después del liberalismo*, cit.; *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*, México: Ed. Siglo XXI, 1998; *The end of the world as we know it*, antes citado y el libro de Immanuel Wallerstein y Terence K. Hopkins, *The age of transition. Trajectory of the world-system 1945-2025*, también ya mencionado.

²⁹ Sobre este punto véase los libros de Immanuel Wallerstein *Abrir las ciencias sociales e impensar las ciencias sociales*, ambos citados anteriormente. Se abre aquí, una línea de investigación que se encuentra todavía en proceso de desarrollo, por parte de los propios representantes de esta perspectiva del análisis del sistema-mundo.

Cuarto polo fuerte de los estudios históricos del mundo occidental que completa esta primera parte del mapa global de esta misma historiografía actual. Mapa que, sin embargo no puede explicarse cabalmente sin la consideración de su segunda parte, constituida por los tres «polos emergentes» que hoy despuntan también en su interior.



COSTUMES MEXICAINS.
(Lépero) Vagabond.



IV. LOS «POLOS EMERGENTES» DE LA HISTORIOGRAFÍA OCCIDENTAL

Junto a los cuatro polos fuertes que compiten hoy en el seno de la historiografía occidental, también es posible detectar a varios polos «emergentes» que, si bien *no* poseen aún ni la fuerza, la presencia, el impacto y la difusión de dichos polos fuertes, si representan en cambio perspectivas interesantes que, si en los próximos veinte o treinta años, continúan afirmándose y consolidándose en la misma línea que ahora han esbozado, podrían entonces, en el futuro mediato, terminar convirtiéndose quizá, en los nuevos polos fuertes o referentes obligados dentro de los estudios históricos del mundo occidental.

Y ello, no solo porque la vida de todas las corrientes y tendencias historiográficas es necesariamente finita, sino también porque con la nueva situación policéntrica de la historiografía occidental posterior a 1968, se ha intensificado y multiplicado enormemente la pluralidad y la diversidad intrínsecas de nuestro propio oficio de historiador.

Además, y como hemos ya en parte apuntado, cuando nos acercamos con más cuidado al examen de los cuatro polos fuertes que hemos reseñado, resulta claro que prácticamente todos ellos enfrentan, con sus peculiaridades y diferencias específicas, el enorme y urgente problema del relevo generacional. Y allí, y analizando con serenidad las distintas situaciones de esos varios polos fuertes, resulta claro que *no* son evidentes, ni mucho menos, las figuras que habrán de suceder a las personalidades que construyeron y que dieron fuerza y brillo a esos mismos polos historiográficos, que hoy se expresan en las más importantes revistas de historia del mundo occidental. ¿Dónde están, claramente ubicables, los sucesores de Bernard Lepetit, de Eric Hobsbawm, de Perry Anderson o de E. P. Thompson?, ¿y dónde los herederos intelectuales de Eduardo Grendi, de Giovanni Levi, de Carlo Ginzburg, de Immanuel Wallerstein o de Giovanni Arrighi?. Porque si, en algunos casos, pero que son la *minoría*, podría aventurarse una posible respuesta, también es cierto que dichos herederos y sucesores están lejos de haber ganado ya la legitimidad intelectual y la fuerza institucional que les aseguren dicha sucesión.

Y aunque es cierto en general que el problema nunca aparece, más que allí donde están ya dadas las condiciones de su solución, también es verdad que una de las soluciones posibles a estas preguntas sea, simplemente, la de que tal o cual polo fuerte de la

historiografía actual entrará en decadencia y se apagará, luego de la desaparición de alguna o algunas de sus figuras más prominentes.

Por ello, resulta importante también, tratar de ubicar a esos polos «emergentes» de la actual historiografía occidental, que eventualmente podrían tomar el relevo de dichos polos fuertes, en el momento de su declive particular.

Así, un primer polo importante en vías de afirmación lo constituye el polo de la nueva historiografía rusa, que alimentada por las enseñanzas de Marx, pero en ruptura con las simplificaciones y vulgarizaciones del «marxismo soviético» de los manuales, se ha desplegado sobre todo en el campo de la antropología histórica. Una historiografía que desde los años cincuentas, y en posición entonces herética y marginal, se mantuvo siempre atenta a los desarrollos de, por ejemplo, la corriente de los *Annales* —traduciendo al ruso, por ejemplo y ya en 1957, el libro de Marc Bloch de los *Caracteres originales de la historia rural francesa*³⁰— y que recuperando también por ejemplo, las lecciones de los trabajos de Mijail Bajtín, se ha desarrollado con las investigaciones y los trabajos de autores como Yuri Bessmertinij o Aaron Gurevich.

Polo emergente de la historiografía actual, que se ha organizado en torno de la publicación regular del anuario *Odysseus*, desde el cual trata de promover tanto la actualización y renovación de la historiografía rusa contemporánea, como también la consolidación de una perspectiva propia y original dentro de los estudios históricos del mundo occidental³¹.

³⁰ Sobre esta temprana traducción rusa del libro de Marc Bloch, cfr. el artículo de Fernand Braudel «Marc Bloch à l'honneur», en la revista *Annales. ESC*. Año 14, Núm. 1, París, 1959. En este mismo número está reproducida también la versión en francés del prefacio que la profesora D. Lublinskaya hizo para esta edición en ruso del libro de Marc Bloch.

³¹ Lo que explica, por ejemplo, su interesante crítica y debate amistoso con los «cuartos» *Annales* a los que antes hemos aludido. Sobre este punto, cfr. los textos de Youri Bessmertinij «Les Annales vues de Moscou», en *Annales. ESC* Año 47. Núm. 1, París, 1992 y también el debate entre Youri Bessmertinij, Bernard Lepetit, y Jean Yves Grenier, «A proposito delle nuove 'Annales'», ya citado y también el texto de Aaron Gurievich, «Invitation au dialogue. Lettre aux historiens français» en *MSH. Informations*, Núm. 64, París, (1990).

Enfrentando entonces el problema de las dificultades que implica el hecho de que sus principales trabajos y su propia revista más importante, sólo son accesibles en ruso, y aún sin la fuerza y presencia necesarias para forzar o provocar la traducción sistemática a otras lenguas de dichos resultados historiográficos, este polo ruso emergente de los estudios históricos occidentales, se encuentra además sometido a los vaivenes de su propio contexto inmediato, es decir a los cambios todavía hoy imprevisibles del destino inmediato y mediato de la propia Rusia.

Un segundo polo emergente de la historiografía occidental lo constituyen los representantes de la *Neue Sozial Geschichte* alemana. Porque es claro que aun ahora, en el año 2000, la cultura alemana, y con ella su historiografía, *no* ha terminado aún de asimilar y procesar, superándolos completamente, los terribles efectos del nazismo, del holocausto y de la Segunda Guerra Mundial. Y ello, no sólo en el sentido de explicar y de autoexplicarse como un país con la cultura, con el desarrollo y con la fuerza de la Alemania de principios de siglo pudo engendrar tales elementos de barbarie, sino también en el sentido de reconstruir, dentro de la propia Alemania, a esas ricas, profundas y muy elaboradas tradiciones intelectuales que tanto en la historiografía como en las ciencias sociales, tuvieron todavía vida hasta los mismos años treinta de este siglo.

Inmersa entonces, todavía, en ese forcejeo intelectual, y aun con la asignatura pendiente de su superación definitiva, la historiografía alemana reciente ha empezado, no obstante, a producir interesantes trabajos, como por ejemplo los de la denominada «historia conceptual», incursionando también desde sus propias perspectivas en el vasto espacio de la historia social, y concretando obras como las de Reinhart Koselleck o Jurgen Köcka, entre otros.³²

³² Lamentablemente, no han sido traducidos del alemán, a otras lenguas, los trabajos de la llamada «Escuela de Bielefeld» en general, ni los de Jurgen Köcka en particular. Muy pronto saldrá publicado el libro de Jurgen Köcka, *Nueva historia social y conciencia histórica*, Madrid: en la Editorial Marcial Pons, En cambio, de Reinhart Koselleck puede verse *Futuro pasado*, Ed. Paidós, Barcelona, 1993. Sobre esta historiografía alemana reciente véase también el artículo de Walther L. Bernecker, «La historiografía alemana reciente» en *Historia contemporánea*, Núm. 7, (1992).

Una renovada historia germana, que al mismo tiempo que se reenlaza con sus propias perspectivas filosóficas nacionales y con esa rica herencia anterior al nazismo que abarca a la Escuela de Frankfurt, a Georg Simmel, a Max y Alfred Weber o a Norbert Elías, entre muchos otros, se ha abierto también al debate y a la recuperación crítica de los aportes de la corriente de los Annales, de la microhistoria italiana, de la historia de la vida cotidiana o de la historiografía socialista británica, entre otras.³³



³³ Por esta razón, no es para nada una casualidad la creciente traducción al alemán de los diferentes trabajos de todas estas corrientes, desde la corriente francesa de los Annales hasta los trabajos de la historiografía socialista británica, pasando también por los de la microhistoria italiana y la historia radical norteamericana. Y es ello lo que explica, también, la difusión y aclimatación de términos que se han vuelto corrientes en el discurso historiográfico alemán reciente, tales como los de *Mentalität*, *Mikrogeschichte*, *Alltagsgeschichte* o *Geschichteswerkstätten*. Al respecto *cfr.*: el libro de Matthias Middell y Steffen Sammler, *Alles Gewordene hat Geschichte. Die schule der Annales in ihren texten*, antes citado, también el libro de Alf Lütke, *Histoire du quotidien*, París: Ed. Maison des Sciences de l'Homme, 1994 (y en especial, el artículo de Hans Medick «Missionaires en bateau? Les modes de connaissance ethnologiques: un défi à l'histoire sociale») y también el artículo de Michael Wildt «Los talleres de historia en Alemania: un análisis al final de la posguerra alemana» en revista *Taller d'història*, Núm. 4, Valencia, (1994).



Así, si esta historiografía alemana lleva a buen término este *aggiornamento* historiográfico que ahora realiza, y si logra consolidar la propuesta original que parece apuntar en algunos de los trabajos antes mencionados, ella podría ser, en el futuro mediano, uno de los futuros polos fuertes de la historiografía por venir.

Finalmente, un tercer polo emergente de los estudios históricos occidentales más contemporáneos, está conformado por la cada vez más fuerte y difundida historia regional latinoamericana. Una historiografía que, igual que la civilización de América Latina, es todavía joven y pujante, y que reflejando la excepcional relevancia que la dimensión regional tiene en nuestro semicontinente —en donde la formación de naciones es mucho más tardía que en Europa y en donde el peso y las raíces de las identidades regionales se han mantenido por siglos—, ha sido capaz de desarrollar de una manera muy creativa y original, a esta misma rama de la historiografía regional, que se refleja en los trabajos de autores como Antonio García de León, o Manuel Burga, entre muchos otros.³⁴

Multiplicando entonces una abundante producción, de alta calidad, de estudios, monografías y análisis de casos regionales, lo que le ha faltado a esta rica historiografía regional de América Latina ha sido *teorizar y explicitar* más, en términos *epistemológicos*, el conjunto de *lecciones generales* que se derivan de esos múltiples estudios empíricos. Así, y al no haber aún construido los modelos generales que decantaran esas lecciones de orden más global, implícitas en dicha producción monográfica y empírica, la historiografía latinoamericana reciente no ha podido aun franquear ese paso importante que quizá podría convertirla de polo «emergente» en polo fuerte de la historiografía actual, insertándola de lleno, y con su contribución propia y original, en el debate historiográfico mundial hoy en curso de desarrollo.

Haciendo entonces, gala de un cosmopolitismo también excepcional, que la ha mantenido siempre abierta a la recuperación de todos los aportes historiográficos posibles, independientemente de su lugar de origen, del idioma en que se transmitieran, o de la posición o postura historiográfica que representaran, esta historiografía de América Latina

esboza ya en este rasgo suyo de antaño, uno de los trazos que deberán caracterizar a toda la historiografía occidental y mundial del próximo milenio cronológico aún por comenzar.³⁵

* * *

Como lo han recordado repetidamente, tanto Henri Pirenne como Fernand Braudel, la historia más *contemporánea* plantea la enorme dificultad de que, para el historiador del presente, resulta muy complejo evaluar y discriminar cuáles son los hechos, fenómenos y procesos verdaderamente *históricos* —es decir cargados de consecuencias e implicaciones relevantes hacia el futuro—, separándolos de aquellos menos significativos y menos importantes. Pero se trata sólo de una dificultad suplementaria, que se agrega a todas aquellas que enfrenta el historiador en cualquier otra época que estudie, y que por lo tanto *no* disculpa ni justifica la muy difundida evasión de los seguidores de Clío frente a ese presente candente.

Entonces, si bien resulta un poco más difícil diagnosticar y explicar al presente en términos históricos, de lo que resulta la interpretación y examen del pasado, también es cierto que, en compensación, cuando trabajamos sobre el presente trabajamos de manera más viva y directa con las líneas de fuerza de una realidad que se despliega frente a nuestros ojos, y sobre la que podemos incluso intervenir de manera activa y creadora.

Por eso, si con Michelet, «creemos en el futuro porque nosotros mismos participamos en su propia construcción», bien vale la pena arriesgar nuestras herramientas y nuestros esfuerzos de historiador, en esta tarea generadora e inventiva de edificación de «nuestro más actual presente» y de nuestro más anhelado futuro.

Tomado de, corrientes, temas y autores de la historiografía del siglo XX, Mex. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, 2202

³⁵ Para ahondar un poco en los rasgos *generales* de esta historiografía latinoamericana reciente, véase el artículo de Alan Knight «Latinoamérica: un balance historiográfico», en la revista *Historia y grafía*. Núm. 10, (1998). Véanse también los artículos de Carlos Antonio Aguirre Rojas, «La recepción de la historiografía francesa en América Latina. 1870-1968», «La recepción del *Metier d'Historien* de Marc Bloch en América Latina» y «Fernand Braudel y la historia de la civilización latinoamericana», todos incluidos en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, antes citado.

³⁴ Por mencionar, solamente, un ejemplo entre los varios posibles, véase el libro del mismo Antonio García de León, *Resistencia y utopía*, México: Ed. Era, 1985.





EL PROBLEMA DEL APRENDIZAJE DE LA CAUSALIDAD HISTÓRICA

Joaquim Prats

Establecer las causas de los hechos históricos y explicar correctamente un acontecimiento o periodo es el último paso que realiza el historiador para completar una investigación. En el ámbito escolar la explicación histórica, que incluye las causas y las consecuencias, se suele dar cerrada, como si fuera un axioma, y el alumnado difícilmente puede suponer como se ha llegado a ello. Por lo tanto esta parte del proceso de aprendizaje deberá considerarse como final de un proceso formativo en el que se irán haciendo, como más adelante se dirá, sucesivas aproximaciones para poder llegar a elaborar una explicación razonada y basada en evidencias. Hemos incluido en el título del apartado la palabra «problema» porque esta parte de las actividades de aprendizaje resultan complejas dada la tendencia que existe a confundir causa y motivo y, sobre todo, a ver el pasado con criterios morales y no científicos.

1. APRENDER A PREGUNTARSE SOBRE LOS HECHOS DEL PASADO

Dentro de los cometidos del historiador se halla el interrogarse sobre el pasado, es decir, qué tipo de cuestiones podemos pedir al pasado. Es natural que una buena parte de estas preguntas se refieran a la causalidad, es decir, a analizar las causas por las cuales en determinados momentos ocurren los hechos. Enfocar el problema de la causalidad histórica significa establecer la correcta comprensión de las relaciones causa-efecto; naturalmente los hechos históricos poseen más de una causa. Este problema, a menudo limitado a la Historia, es susceptible de aplicación a otros campos tales como la economía, la Antropología, la Geografía y otras disciplinas sociales.

La comprensión de la causalidad en Ciencias Sociales exige unos procesos formales generales e integrar conceptos específicos de disciplinas diversas, de modo que establecer las causas y consecuencias es una tarea compleja. El establecimiento de la causalidad presenta dificultades evidentes para los alumnos de los primeros ciclos. Ténganse en cuenta que el

intervalo entre causa y efecto suele variar; en los procesos históricos puede ser que un hecho tenga consecuencias a corto plazo, a largo plazo, directas e indirectas. Además, hay causas coyunturales y causas estructurales de los hechos.

Por otra parte, hay que prever que los acontecimientos tienen más de una causa y tienen más de una consecuencia. Además, pueden plantearse hechos que son causa y a la vez una consecuencia, en sucesiones temporales ininterrumpidas.

Finalmente, es importante diferenciar los motivos de las causas. Entendemos por motivos las razones que los hombres y mujeres tenemos para hacer o no hacer las cosas; también en este caso no actuamos por un sólo motivo.

Tanto las causas como los motivos son susceptibles de ser clasificados en económicos, sociales, políticos, ideológicos, etcétera.



2. EL APRENDIZAJE DE LA CAUSALIDAD

Con respecto a la adquisición de este concepto en los primeros estadios de la escolarización, hay que tener presente que el pensamiento del niño se ve limitado temporalmente y sólo es capaz de comprender relaciones de causa/ efecto si estas están muy próximas en el tiempo. Entienden relaciones simples de una o dos variables, siempre que sean inmediatas.

En las etapas subsiguientes, correspondientes al final de la educación primaria y el inicio de la secundaria, el alumno puede empezar a diferenciar tipos de causas, aún cuando esta capacidad de distinción no está generalizada; hasta el final de esta etapa le será muy difícil entender que un hecho puede tener más de una causa. Por lo tanto, estos conceptos sólo pueden trabajarse a partir de situaciones cotidianas y reales. Este será el momento en que se puede ampliar a problemas de tipo mecánico, geográfico, antropológico, pero es discutible que se puedan aplicar al tiempo histórico.

Solamente cuando nos hallamos ante el grupo de edad de alumnos de cursos medios o superiores de la educación secundaria puede empezarse a trabajar los temas causales globalmente, es decir, estableciendo una red de relaciones causa-efecto entre diversos hechos y situaciones. Para conseguir este objetivo resulta útil iniciarse en la investigación histórica a partir de juegos de simulación o «trabajos de detective», tal como se plantea en el Proyecto «Taller de Historia» del grupo «Historia 13-16». A partir de edades superiores a los 15 ó 16 años es cuando el alumnado será capaz de atribuir un fenómeno a varias causas que actúan conjuntamente y a tratar cada causa como una variable que, pese a que puede actuar interrelacionadamente con otra variable, debe poder ser analizada independientemente del resto.

En esta etapa ya se pueden diferenciar las explicaciones causales, o sea, las que se refieren a las circunstancias que causaron el acontecimiento de las *explicaciones intencionales* que se refieren a las motivaciones que tuvieron las personas para intervenir en los hechos. Precisamente son las múltiples relaciones que se establecen entre las explicaciones causales e intencionales las que posibilitan la formulación de una teoría que explique el acontecimiento.

Los elementos que han de servir de base para trabajar lo anteriormente expuesto son los siguientes:

La causalidad es una noción temporal y requiere ser abordada en un aprendizaje en espiral, aplicando sus aspectos más simples en los primeros estudios sistematizados de la Historia. Entre los componentes de la causalidad, que influyen en la enseñanza de la

Historia debe tenerse en cuenta los siguientes:

a) *Principio de la Ley General de Causalidad*, es decir, que en condiciones iguales, a toda causa le sucede un mismo efecto. La causa es siempre origen del efecto y le precede en el tiempo.

b) *Reglas de interferencia*: permiten decidir qué causas e intenciones son las más adecuadas para la explicación histórica en un momento determinado. Su comprensión exige un pensamiento formal.

c) *Elaboración de teorías explicativas* que relacionan las diversas causas (económicas, jurídico-políticas, sociales e ideológicas) en una red conceptual jerarquizada y compleja.

3. CÓMO ACERCAR AL ALUMNADO AL CONCEPTO DE CAUSALIDAD

La enseñanza-aprendizaje de la noción de causalidad e intencionalidad se suele plantear en tres niveles de comprensión. El primero es el más sencillo: trata de identificar el «por qué» ocurrieron los hechos. Se trabaja con simples problemas de casualidad lineal, en una mera relación de causa efecto.

El segundo nivel de comprensión introduce la acción intencional y se inicia con la identificación de diferentes tipos de factores causales y acciones intencionales.

El tercer nivel es el más complejo, ya que se articulan la explicación intencional y la causal, como ocurre en la realidad, y se elaboran teorías explicativas más o menos complejas. Se supone que para abordar este aprendizaje el niño debe haberse familiarizado ya con algunos aspectos del trabajo del historiador, tales como el planteamiento de las hipótesis, clasificar y analizar las fuentes, evidenciar las contradicciones de los testimonios, etc.

En un primer nivel de comprensión, el objetivo fundamental consiste en pasar de la noción intuitiva de la causalidad a una noción científica de la misma, mediante la comprensión de la ley general de causalidad. Se explica el concepto de causalidad lineal en su relación de causa-efecto.



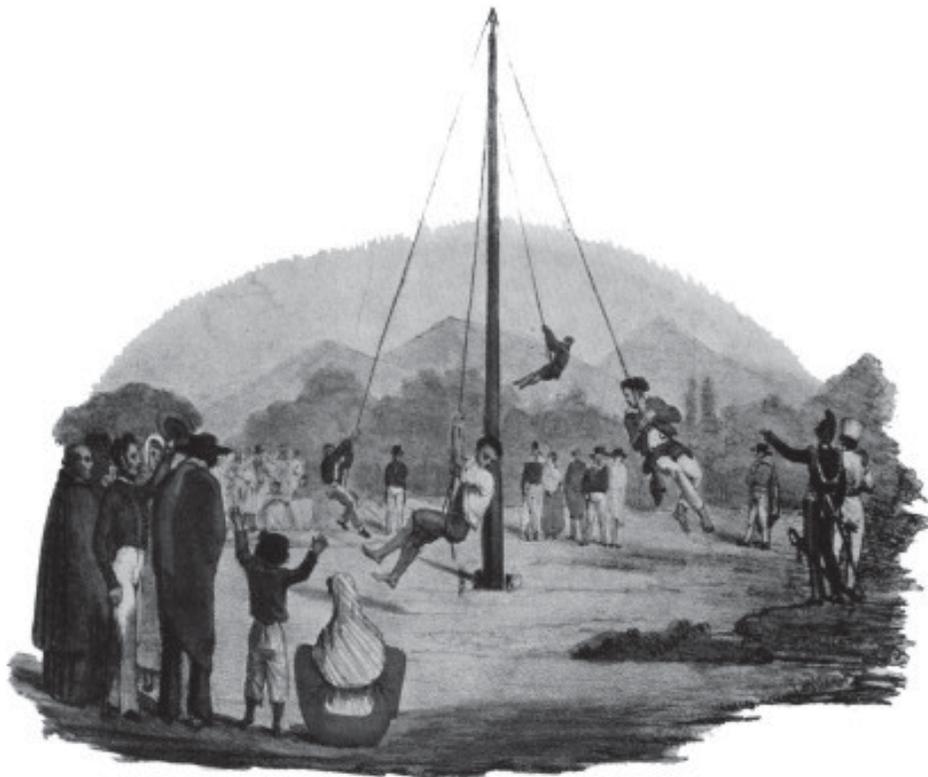
Las estrategias, en este nivel, pueden ser juegos de simulación que permiten determinar los esquemas conceptuales que poseen los niños y presentar los nuevos conocimientos mediante un organizador previo: se trata de problemas simples que se resuelven mediante cuestiones del tipo «¿por qué descarrila el tren?» La respuesta que se pide puede ser, inicialmente sencilla: «la vía estaba rota».

El segundo nivel tiene por objetivo comprender la noción de intencionalidad y su tipificación en económica, social, jurídico-política e ideológica. También puede plantearse a través de juegos de simulación de la vida cotidiana mediante un relato breve. A partir de ellas se pueden determinar los motivos de un joven de 17 años para trabajar en Londres en vez de estudiar medicina, o los de Marta para cursar periodismo en vez de enfermería, etc.. Respecto al problema visto en el nivel anterior se podría complicar la explicación causal con preguntas como: ¿quién es el responsable del mantenimiento de las vías?, ¿qué hicieron los que deben vigilar el tránsito de trenes en la zona?, ¿por qué no se invirtió dinero suficiente para mejorar el trazado o para sustituirlo por uno más seguro?, etc.

Cuando estas preguntas comienzan a responderse de manera racional y, globalmente satisfactoria, deben comenzarse a introducir temas explícitamente históricos: las causas y motivos de un hecho concreto (por ejemplo, los motivos que hacían que los conquistadores españoles se dirigieran a América y las causas del llamado descubrimiento).

Finalmente, en un tercer nivel de comprensión, el objetivo ya puede ser la multicausalidad, utilizando las leyes de la inferencia y elaboración de teorías explicativas. En los trabajos de investigación didáctica más recientes se analizan determinadas experiencias entre adolescentes y adultos referidas a la causalidad histórica, los resultados parece que indicaron que el dominio de la causalidad dista de ser completo en los estudiantes no expertos en Historia. Sin embargo, parece obvio que la causalidad histórica compleja es de difícil adquisición tanto para niños y niñas como para adolescentes e, incluso, para los mismos adultos..

Fuente: Joaquim Prats (2001), *Enseñar historia: notas para una didáctica renovadora*, Mérida: Conserjería de Educación, Ciencia y Tecnología, (libro en línea)







**CIUDAD DE MÉXICO,
URBANISMO, ARQUITECTURA Y RELIGIÓN
DESDE SUS ORÍGENES HASTA LA COLONIA**

Alejandro Ortiz López

*Ahvia! México eutlaneviloc
amapanitlan nauhcampa
ye moquetzquetl
ye quena ichocayan*

*Ahvia! An nehua
niyocoloc an noteuh
eztlamiyahuatl a ilhuizol
nic ya huica teuitvalco...¹*

Tlaloc icuic (Canto a Tlaloc) / anónimo

Desde su más remoto pasado el pueblo de México se ha distinguido siempre por un fuerte sentido religioso y una gran devoción hacia sus símbolos sagrados, sean estos divinidades, vírgenes o santos, que han ido dando forma a sus costumbres y su cultura, convirtiéndose en una condición importante que ha regido siempre el ritmo de la vida y de la muerte. Este rasgo de su cultura se ha reflejado, entre otras cosas, en una de las actividades que más caracterizan a los pueblos, me refiero a la arquitectura así como a la configuración del entorno urbano. La religión por lo tanto, ha participado de manera importante en el desarrollo arquitectónico y urbano de nuestras ciudades. En el caso de la Ciudad de México, esta guarda una relación aún más estrecha con la religión debido a las condiciones particulares de su fundación así como a su situación privilegiada como centro geográfico y político de las distintas culturas que se han desarrollado en ella a lo largo de su historia.

Para entender mejor este vínculo entre religión y ciudad es necesario conocer la historia de sus orígenes así como el entorno geográfico con el que se encontraron sus fundadores, muy diferente, por cierto, al que tenemos ahora.

Nadie sabe con certeza dónde se encontraba el legendario lugar llamado Aztlán que figura entre las crónicas de los aztecas como el sitio de procedencia de sus antepasados. Lo único que podemos afirmar

es que los aztecas eran un grupo nómada que venía del norte y que tras un largo peregrinaje de doscientos años llegó a la cuenca de México para establecerse.

Resulta difícil en la actualidad imaginarnos el aspecto que debió tener lo que ahora llamamos el Valle de México en aquellos tiempos en que arribaron los aztecas. Imaginemos la fertilidad de la tierra con la abundancia de agua de sus lagos y la variedad de vegetación que crecía en sus orillas; el lago principal provisto de agua salada, albergando cientos de especies de peces, batracios, crustáceos, insectos, reptiles, aves acuáticas y demás fauna que se desarrollaba en éste. Además conectado a dos lagunas de agua dulce al norte y otras dos al sur, igualmente vastas en su fertilidad y abundancia. Alrededor de los lagos, grandes extensiones de montañas, algunas con una altura bastante considerable, por las cuales corrían los ríos que abastecían de agua a los lagos, y que se formaban por el deshielo de los volcanes y por las temporadas de lluvia. Al pie de las serranías, enormes árboles creciendo para formar extensos bosques que

¹ México paga su honra al dios
banderas de papel
en las cuatro direcciones
se yerguen

Es tiempo de llorar
Ahuia! Yo creé la espiga de sangre oh dioses
en el lugar de la fiesta,
la traigo al patio sagrado...

albergaban una gran gama de especies, entre mamíferos, reptiles, anfibios, aves e insectos así como una abundante y variada vegetación de todo tipo.

Con todas estas bondades, aquello debió parecerles a los aztecas un verdadero paraíso. Sin embargo, en un principio, les estaba negado el beneficio de tanta abundancia, pues cuando llegaron las tierras estaban ocupadas por grupos humanos que se habían asentado ahí desde hacía muchos años y tuvieron que conformarse con vivir en los islotes situados en medio del lago, soportando además su condición de vasallos de la entonces poderosa Azcapozalco, que les impuso un pesado tributo que hizo más difíciles sus posibilidades de desarrollo. No obstante los aztecas tuvieron la capacidad de adaptarse a todas las condiciones desfavorables que se les presentaron, transformándolas en ventajas para su propio desarrollo y futuro esplendor.

De este modo el pequeño islote, les brinda seguridad al facilitar su defensa y al mismo tiempo los provee de alimento y productos que obtienen del lago, así mismo incluyen en su dieta todo tipo de animales y plantas silvestres que encuentran en éste, no teniendo ningún escrúpulo en consumir víboras, ranas o insectos. Incluso su misma necesidad los obliga a convertirse en exitosos mercenarios desarrollando además su gran capacidad y disciplina para la guerra que tanto marcará su destino en el futuro.

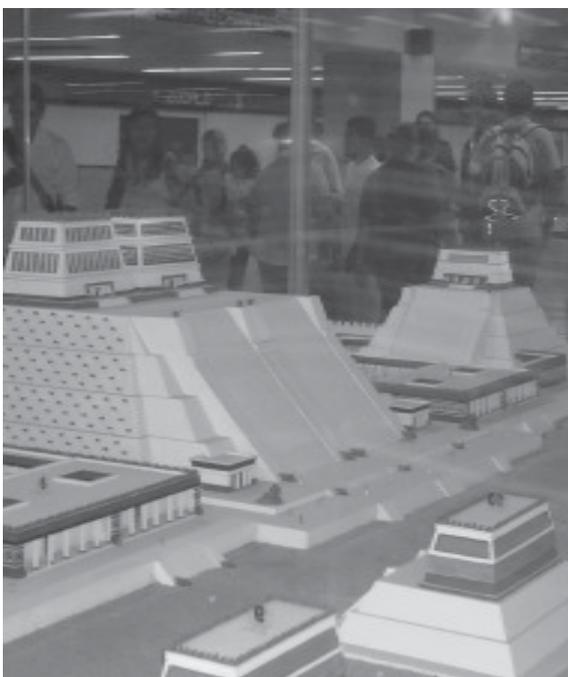
De tal suerte que en algunos años han progresado tanto que se encuentran en condiciones de sacudirse el pesado yugo impuesto por Azcapozalco, derrotándolos y convirtiéndose de vasallos en señores. Una vez que han conquistado su propio territorio había que justificar la fundación de su ciudad, quizá para disimular su origen humilde ahora que ya se perfilaba como una nación poderosa llena de orgullo y de gloria. Y tal vez entonces es cuando la ciudad adquiere su origen divino, pues como narra la leyenda, los aztecas reciben la orden de su dios Huitzilopochtli de que funden una ciudad en donde encuentren una águila devorando una serpiente sobre un nopal en medio de un lago; esta imagen se convertirá en lo sucesivo en el icono inconfundible de la ciudad, y más aun, de toda la nación. De este modo mezclando la realidad con la ficción, la historia con la leyenda y lo terrenal con lo religioso, surge la poderosa México – Tenochtitlan, ciudad sagrada del pueblo azteca que va a ser escenario principal de nuestra historia.



Monumento a la fundación de la Ciudad México

Pero ¿cuál era la visión que los aztecas se hacían del universo, para poder entender mejor el carácter divino que atribuyen a su ciudad? Para los aztecas el universo estaba regido por fuerzas sobrenaturales que asociaban a sus distintas divinidades, generando una eterna lucha entre el bien y el mal, lo que hacía del mundo un lugar inestable e irremediamente a merced de los dioses y con la posibilidad latente de su destrucción. Ellos creían que mundos anteriores habían sido creados y destruidos sucesivamente por estas fuerzas durante distintas épocas, y que ellos vivían en la quinta época o quinto sol. Para mantener el equilibrio del universo los hombres tenían que ofrecer su propia sangre a los dioses, pues según sus creencias, ésta servía como alimento indispensable para que los dioses subsistieran y con ellos el universo. Para este fin todos los pueblos de la antigua Mesoamérica construyeron majestuosos basamentos piramidales en cuya cima se encontraba un santuario desde donde se llevaba a cabo el rito del sacrificio. Recordemos que los aztecas antes de llegar a México pasaron por muchas localidades, entre ellas la legendaria Tula, y otras donde pudieron observar este tipo de construcciones, que posteriormente pusieron en práctica cuando construyeron su propia ciudad.

Según las interpretaciones de los sacerdotes, su dios Huitzilopochtli les indicó la manera de trazar la ciudad conforme al concepto cósmico propio de la cultura azteca: al centro del islote (lugar más privilegiado) ubicaron un pequeño templo para adorar



Maqueta del centro ceremonial México-Tenochtitlan

a este dios, y a partir de este sitio dividieron el espacio en cuatro parcialidades que representaban cuatro cuadrantes del universo, estas parcialidades estaban definidas por dos vías principales que se cruzaban al centro y que corrían de norte a sur y de oriente a poniente respectivamente, es decir, eran un símbolo de los cuatro puntos cardinales. Posteriormente estas vías darán origen a las calzadas de Iztapalapa, Tlacopan y Tepeyac. Cada parcialidad tenía un nombre y estaba dedicada o se identificaba con una deidad: al noroeste Cuepopan, identificado con Quetzalcoatl blanco; al suroeste Moyotlan identificado con Tezcatlipoca azul; al sureste Teopan identificado con Quetzalcoatl rojo y finalmente al noreste Atzacualco identificado con Tezcatlipoca negro, además cada parcialidad contaba con un centro ceremonial que se localizaba al centro de ésta y que servía para organizar y dividir la parcialidad en barrios que a su vez tendrían otros espacios de culto de menores dimensiones e importancia, hasta llegar al altar doméstico.

De este modo la configuración de la ciudad tiene un simbolismo que representa el orden cósmico y la armonía impuesta por los dioses. Cabe destacar la influencia que los sacerdotes tuvieron durante la traza de la ciudad y el carácter, desde un principio religioso,

de ésta. Conforme fueron progresando los aztecas también su ciudad fue creciendo y desarrollándose para convertirse en una ostentosa metrópoli llena de exotismo y colorido. A su vez el templo dedicado a Huitzilopochtli fue cambiando para dar lugar a uno de los principales monumentos de la ciudad, que fue la estructura conocida como el Templo Mayor. Éste se encontraba en un recinto sagrado formado por una gran plaza a la que rodeaba un muro almenado llamado coatepantli, y que albergaba además otros edificios.

El Templo Mayor era una estructura formada por cuatro o cinco cuerpos superpuestos uno sobre otro, cada uno menor al que se encontraba debajo, la base era rectangular y tendría alrededor de cien por ochenta metros, tenía escaleras dobles rodeadas por alfardas en cuyo desplante había esculturas colosales de cabezas de serpientes. Tendrían estas escaleras alrededor de ciento catorce escalones, en total la estructura alcanzaría unos treinta metros de altura.

En la parte superior de la pirámide se encontraban unos santuarios (teocalli) gemelos, uno dedicado a Huitzilopochtli (divinidad relacionada con la guerra) y el otro a Tlaloc (dios de la lluvia, el agua y la vegetación), lo cual nos indica la importancia de sus dos actividades principales, la guerra y la agricultura. La estructura además estaba pintada de blanco con algunos motivos azules y rojos en la parte superior. Este edificio representaba el carácter de su cultura, basada en una religión de guerreros y agricultores. Podemos darnos una idea de cómo fue este edificio si lo comparamos con la pirámide de Tenayuca que todavía se puede contemplar en esta población y que tiene características semejantes.

Otros edificios de menor importancia se encontraban también dentro de este recinto o centro ceremonial, entre ellos un templo que según una reconstrucción del arquitecto y arqueólogo Ignacio Marquina, estaba dedicado a los dioses de los pueblos sometidos, lo cual nos indica la riqueza de divinidades que debieron tener los aztecas, así como una enorme cantidad de ceremonias y ritos que aún hoy perviven en nuestra cultura. De este modo la religión figura como elemento principal que definirá las formas que irá teniendo la ciudad y la arquitectura en México. La ciudad queda así convertida desde entonces y para siempre en el punto estratégico, político, social y religioso de toda la región, el verdadero centro del Anahuac, el ombligo del mundo.

No olvidemos también que otra ciudad gemela (aunque de dimensiones más pequeñas) se había edificado al norte de Tenochtitlán, en el islote de Tlatelolco, que posteriormente se anexó a la primera modificando su estructura primitiva y convirtiéndose en una parcialidad más de México–Tenochtitlán. Tlatelolco a su vez tenía su propio centro ceremonial de características semejantes.

Otro sitio que merece ser mencionado por la importancia que desde entonces ha tenido como lugar sagrado, es el santuario del Tepeyac, ubicado al norte de la ciudad al pie de un cerro y donde los antiguos aztecas veneraban a Tonatzin, «nuestra madre tierra». La importancia de este sitio hizo que los aztecas construyeran una calzada que unía a la ciudad con este santuario, la calzada del Tepeyac. Con el tiempo este lugar se convertirá en uno de los hitos más importantes del catolicismo mexicano.

A pesar de todo este fervor religioso que llevó a los aztecas a construir incontables monumentos y edificios para agradar a los dioses, éstos no pudieron impedir el derrocamiento de su pueblo ni la destrucción de la orgullosa ciudad bajo los cañones de los conquistadores. Tras la llegada de los españoles se vino abajo ese universo indígena lleno de misticismo y magia que rodeaba la cultura y la religión, toda esa riqueza de creencias y de mitos, y esa variedad de dioses, quedaron de lado cuando los conquistadores impusieron una nueva religión, el catolicismo autoritario, pero sin embargo esperanzador. La imagen de Cristo, de la cruz, el simbolismo de la providencia y un ejército de santos, vírgenes y ángeles, sustituyeron a los dioses prehispánicos tomando en muchos casos algunos de sus atributos, para formar una nueva religión, mezcla del cristianismo de occidente y las tradiciones indígenas. La religión católica va a dar cabida a esa enorme necesidad religiosa del pueblo y los nuevos conceptos teológico - filosóficos de ésta, van a transformar el temor y la incertidumbre del futuro de su antigua religión, por la esperanza. El papel de los dioses exigiendo sacrificio por parte de sus devotos, se invierte en la religión católica para presentar un dios que se sacrifica él mismo por los hombres y promete una vida mejor después de la muerte, lo que explica el éxito del cristianismo en el nuevo mundo.

Desde la conquista la Iglesia como institución, va a jugar un papel importante para la edificación de la nueva ciudad y la nueva cultura. Resulta importante

mencionar que en un principio existieron dos repúblicas separadas, una de indígenas y otra de españoles. Del mismo modo que el estado hizo esta distinción, la Iglesia a su vez se vio obligada a tener dos distribuciones parroquiales para cada grupo, esto debido a la falta de religiosos del clero secular, pues como sabemos durante la conquista la mayoría de religiosos que vinieron de España pertenecían a alguna orden del clero regular. Bajo estas condiciones los clérigos seculares dedican su trabajo a los españoles, mientras que los monjes atienden e imparten los sacramentos a los indígenas, esto con una dispensa especial que se les concede para que realicen su trabajo como evangelizadores, creándose los llamados curatos de indios, lo que trae como consecuencia una rivalidad entre las órdenes y el clero.

Una vez que la conquista finalizó, se reconstruyó la ciudad y se realizó una traza en damero, es decir en manzanas rectangulares formadas por calles que corren de norte a sur y de oriente a poniente, tal y como lo proponían los urbanistas del renacimiento en Europa. Esta traza se atribuye a uno de los hombres de Cortés; Alonso García Bravo.

La ciudad, sin embargo, conservó su carácter político y religioso, únicamente sustituyendo los edificios prehispánicos por los de los españoles, y rebautizando las parcialidades o barrios indígenas con nombres católicos; de este modo el centro de la ciudad, que por cierto fue el barrio donde se asentaron los españoles, se convirtió en San Juan Tenochtitlán, y los otros cuatro en Santa María Cuepopan, San Juan Moyotlan, San Pablo Teopan y San Sebastián Atzacualco; al norte quedaba otro barrio formado por lo que había sido la ciudad de Tlatelolco y que fue anexionada por los aztecas años antes, éste fue bautizado por los españoles como Santiago Tlatelolco. Estos cinco últimos barrios albergaron en un principio a la comunidad indígena. Se crearon capillas para sustituir los templos que había en cada parcialidad, posteriormente estas capillas se convirtieron en parroquias. Conforme la ciudad fue creciendo y la población de españoles, criollos y mestizos aumentó, hubo la necesidad de crear nuevas parroquias para satisfacer la demanda de la población creciente, así en 1568 se erigieron dos parroquias más, la de la Santa Veracruz y la de Santa Catarina, ambas para españoles, aunque con el tiempo la división que había existido entre indios y españoles desapareció porque los



españoles comenzaron a expandir su espacio, sobre todo hacia el poniente de la ciudad, y a su vez los indígenas penetraron en el territorio de los españoles debido sobre todo a su condición de servidumbre.

Sin embargo el trabajo de los religiosos no estuvo limitado exclusivamente a la evangelización y la enseñanza de las doctrinas cristianas, también fue determinante para darle forma a la naciente cultura que se estaba gestando en la Nueva España, en la cual intervenían elementos de la cultura occidental para mezclarse con el misticismo de las tradiciones indígenas. Esta amalgama cultural pudo llevarse a cabo gracias a la labor de enseñanza de los religiosos a través de la cual transmitieron a los indios una nueva forma de concebir la vida y el universo, y a su vez ellos mismos asimilaron algo de la ancestral cultura indígena pues no olvidemos que muchos monjes tuvieron que aprender las lenguas nativas para llevar a cabo su labor evangelizadora.

De este modo la religión fue el medio de intercambio cultural entre los dos pueblos. En 1524 Fray Pedro de Gante fundó una escuela para indios en la cual se llevaban a cabo actividades religiosas, así como la educación de tipo occidental propia de los españoles, pero además aprovechando la curiosidad de los indígenas así como su gran disposición para aprender, les enseñó diversos artes y oficios tales como canto, tocar instrumentos musicales, pintar imágenes y tallar retablos, carpintería, cantería, herrería, etc. Gracias a estos conocimientos impartidos por los religiosos, los indígenas pronto pudieron estar listos para trabajar en la construcción de edificios con una tecnología de tradición europea, desconocida hasta entonces por ellos, pero a la que agregarían su propio gusto y sensibilidad, lo que los convertiría en edificios mestizos, al igual que la nueva cultura en proceso de formación.

Los primeros edificios que levantó la Iglesia, fueron en general construcciones bastante sencillas, de apariencia tosca y a los que parecía importarles más al constructor la seguridad que ofrecían, que dotarlos de una apariencia más estética. Tenían más el aspecto de una fortaleza que de un edificio religioso: los muros eran lisos y de gran espesor, en ocasiones tenían enormes contrafuertes, sus cubiertas estaban resueltas por lo general con un sistema de vigas, el interior era bastante pobre, las paredes desnudas y los pisos de materiales humildes como madera o barro, en ocasiones

las bardas de los atrios eran incluso de materiales tan precarios como el adobe. Ejemplo de estas construcciones primitivas son las iglesias de San Antonio Tomatlán, de San Francisco Tepito, San Nicolasito o la Concepción Cuepopan por citar solo algunas.

Estos edificios fueron característicos durante los primeros años de la colonia, no obstante fueron cambiando su aspecto humilde por uno más elaborado y ostentoso que culminará con la arquitectura llamada churrigüesca del siglo XVIII.

También cabe destacar que durante los primeros años, las ordenes monásticas necesitaban edificios para realizar su labor y de este modo se fundaron los primeros conventos donde se dio gran parte de la gestación de la nueva cultura. Cuando se llevó a cabo la secularización algunos de estos edificios pasaron a manos del clero secular. Muchos de ellos sufrieron grandes transformaciones, y por otro lado, se



Iglesia de San Francisco

fundaron nuevos edificios y la ciudad se llenó de conventos e iglesias que fueron dándole un carácter propio íntimamente relacionado con la religión. San Felipe Neri, San Hipólito, la Iglesia de Santa María la Redonda, el Convento de San Agustín, la Iglesia de la Encarnación, la Iglesia de Jesús María, la de San Pablo, o la de la Santísima, son solo algunos de los muchos ejemplos de construcciones religiosas novohispanas característicos de la ciudad.

Conforme las condiciones económicas de la colonia en general y de la Iglesia en particular, fueron mejorando debido a la explotación de minerales como la plata, la construcción de edificios eclesiásticos fue también mejorando. Así durante el siglo XVIII los artistas dieron rienda suelta a su imaginación con la llegada de un nuevo estilo que se había formado en Europa. El barroco marcó profundamente la configuración de la ciudad, una nueva arquitectura suntuosa y que hacía alarde del dominio tecnológico de su tiempo, empezó a llenar los espacios de la ciudad. Nuevos conventos, nuevas iglesias, hospitales y colegios se fueron construyendo con el reciente estilo creando una ciudad barroca con características muy particulares, fruto de la naciente cultura que se había formado en la Nueva España. La llamada Ciudad de los Palacios también estaba llena de edificios eclesiásticos, muchos de los cuales aún en la actualidad son muestra de las pasadas glorias del periodo colonial y de la enorme riqueza de aquel tiempo que permitió la construcción de estas obras, pero también nos muestra la importancia de la iglesia para el desarrollo del arte y la arquitectura. La iglesia al monopolizar la cultura también tuvo bajo su tutela las grandes obras artísticas que le dan a nuestra cultura su carácter particular. Gracias a los trabajos que hizo la Iglesia tenemos grandes obras que nos identifican hasta la fecha en todo el mundo.

Podemos citar algunos edificios como: la Iglesia y el Convento de la Enseñanza, la Iglesia de Santo Domingo, la Iglesia y el Convento de San Fernando, el Convento de la Merced, la Iglesia de Loreto, la Iglesia de San Juan de Dios, la iglesia de la Profesa, y una infinidad de edificios religiosos que contribuyeron de manera determinante para la configuración de la ciudad.

Finalmente, con la llegada del siglo XIX, dos acontecimientos van a marcar el final del gran auge de la Iglesia en estas tierras: por un lado la culminación

de la Catedral de la Ciudad de México, el símbolo religioso más importante de nuestro país, y por otro lado, la independencia de México que llevó a nuestra nación por otros caminos distintos, donde la educación laica y la disminución del poder del clero, dieron a la ciudad un carácter diferente, pero que sin embargo todavía podemos observar en ella la enorme influencia religiosa que le dio forma. Hoy en día cuando paseamos por las calles del centro histórico de México, todavía se puede sentir a través de sus edificios la enorme importancia que tuvo la Iglesia y por consiguiente la religión en la formación de nuestro arte, nuestra arquitectura y nuestra cultura.

Profesor, invita a tus alumnos a conocer la ciudad y descubrir en ella los fragmentos de historia plasmados en sus calles y edificios, esas antiguas construcciones que se encuentran anónimas en el enjambre de concreto y acero de la ciudad, esperando a que los curiosos las descubran para contarnos, a través de sus muros y ornamentos, nuestro propio pasado.



Sagrario catedral metropolitana



BIBLIOGRAFÍA

- ARANCÓN, Ricardo y Juan Benito Artigas. *La arquitectura de México. Época virreinal*. México: UNAM, 1993. Cuadernos de Arquitectura Virreinal, Núm. 13.
- BARROS, Cristina. *El Centro Histórico, ayer, hoy y mañana*. México: INAH / DDF, 1997.
- MORENO DE LOS ARCOS, Roberto. *Los territorios parroquiales de la ciudad arzobispal*. México: UNAM, 1992. Cuadernos de Arquitectura Virreinal, núm. 12.
- SOUSTELLE, Jacques. *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*. México: FCE, 1982.
- TOVAR DE ARECHEDERRA, Isabel. *La muy noble y leal Ciudad de México*. México: DDF / CONACULTA / Universidad Iberoamericana, 1994.
- VALERO DE GARCÍA LASCURAIN, Ana Rita. *La ciudad de México Tenochtitlan, su primera traza 1524-1534*. México: Jus, 1999.
- VARIOS AUTORES, *Iglesias y conventos de la Ciudad de México*. México:



Palacio de minería



COSTUMES MEXICAINS .

Tortilleras .

*Femmes qui pétrissent leurs petits gâteaux de Maïs, qu'on rousit à la poêle et qui fournissent
le pain pour le peuple.*



DICCIONARIO DEL DIABLO ¹

Ambrose Bierce

- aborígenes** s. Individuos de poco mérito, entorpecedores de la tierra de un país acabado de descubrir. Rápidamente dejan de entorpecer y entonces, fertilizan.
- alianza** s. Se llama así, en política internacional, la reunión de dos ladrones, cada uno de los cuales ha metido la mano en el bolsillo del otro que no pueden separarse para robar a un tercero.
- ambición** s. Se dice del deseo obsesivo de ser calumniado por los enemigos en vida, y ridiculizado por los amigos después de la muerte.
- amnistía** s. La magnanimidad del Estado para con aquellos delincuentes a los que costaría demasiado castigar.
- antiamericano** adj. Perverso, intolerable, pagano.
- arzobispo** s. Dignatario eclesiástico, un grado más santo que un obispo.
- batalla** s. El método por el cual se desata con los dientes un nudo político que no pudo desatarse con la lengua.
- canibal** s. Gastrónomo de la vieja escuela que mantiene los gustos elementales y la dieta natural de la época preporcina.
- cañón** s. Instrumento que se emplea en la delimitación de las fronteras.
- centauro** Integrante de una raza de personas que vivió antes de que la división del trabajo llegara a su grado actual de diferenciación, que respondían a la primitiva máxima económica: «A cada hombre su propio caballo». El mejor de todos fue Quirón, que unía la sabiduría y las virtudes del caballo a la rapidez del hombre.
- cínico**: Miserable cuya defectuosa vista hace que vea las cosas como son y no como debieran ser. Los escitas le arrancan los ojos a los cínicos para mejorarles la visión.
- circo**: Lugar donde caballos ponis y elefantes pueden contemplar a los hombres, mujeres y niños en el plan de tontos.
- cita**: Repetición errónea de palabras ajenas.
- clérigo**: Hombre que al encargarse de administrar nuestros negocios espirituales favorece sus negocios temporales.
- comercio**: Especie de intercambio en que A roba a B los bienes de C, y en compensación B sustrae del bolsillo de D dinero perteneciente a E.
- comestible**: Aquello que es bueno para comer y fácil de digerir, por ejemplo, un gusano para un sapo; un sapo para una víbora; una víbora para un cerdo; un cerdo para un hombre, y un hombre para un gusano.
- compulsión**: La elocuencia del poder.
- conocedor**: Aquel especialista conocedor de todo acerca de algo, y de nada acerca de lo demás.
- conocido** s: Aquel a quien conocemos lo suficiente como para pedirle dinero prestado, pero no para prestarle. Grado de amistad que llamamos superficial cuando su objeto es pobre y oscuro, e íntimo cuando es rico y famoso.
- conservador** adj. El estadista enamorado de los males presentes, por oposición al liberal, que quiere sustituirlos por otros.
- consultar** v.t. Requerir la aprobación de otro para decidir algo ya decidido.
- hábitos sacerdotales**, s. p. l. Traje abigarrado que usan los payasos de la Corte Celestial.
- hablar**, v. i. Ser indiscreto sin ser tentado, a partir de un impulso sin propósito.
- hiena**, s. Bestia reverenciada por algunos pueblos orientales, gracias a su costumbre de saquear los cementerios. Lo mismo hacen los estudiantes de medicina.
- hipócrita**, s. El que profesando virtudes que no respeta se asegura la ventaja de parecer lo que desprecia.

-
- historia:** Relato casi siempre falso de hechos casi siempre nimios provocados por gobernantes casi siempre pillos o por militares casi siempre necios.
- historiador:** El chismoso de trocha ancha.
- hombre,** s. Animal tan sumergido en la extática contemplación de lo que cree ser, que olvida lo que indudablemente debería ser. Su principal ocupación es el exterminio de otros animales y de su propia especie que, a pesar de eso, se multiplica con tanta rapidez que ha infestado todo el mundo habitable, además del Canadá.
- homeópata,** s. Humorista de la medicina.
- homeopatía,** s. Escuela de medicina que está a mitad de camino entre la alopatía y la Ciencia Cristiana. Esta última es muy superior a todas las otras, pues puede curar enfermedades imaginarias, cosa que resulta imposible a las demás.
- homicidio,** s. Muerte de un ser humano por otro ser humano. Hay cuatro clases de homicidio: felón, excusable, justificable y encomiable, aunque al muerto no le importa mucho si lo han incluido en una o en otra; la distinción es para uso de abogados.
- honorable,** adj. Dícese de lo que está afligido por un impedimento en su capacidad general. En las cámaras legislativas se acostumbra dar el título de «honorable» a todos los miembros. V.g.: «El honorable diputado es un perro sarnoso».
- hospitalidad,** s. Virtud que nos induce a alojar y alimentar a personas que no necesitan alojamiento ni alimento.
- hostilidad,** s. Sentimiento exacerbado de la superpoblación terrestre. Puede ser activa o pasiva. Es activa, por ejemplo, la hostilidad de una mujer hacia sus amigas; y pasiva, la que alberga hacia todas las demás mujeres.
- huérfano,** s. Persona a quien la muerte ha privado de la posibilidad de ingratitud filial, privación que toca con singular elocuencia todas las cuerdas de la simpatía humana. Cuando es joven, el huérfano es enviado a un asilo, donde cultivando cuidadosamente su rudimentario sentido de la ubicación, se le enseña a conservar su lugar. Luego se lo instruye en las artes de la dependencia y el servilismo y finalmente se lo suelta para que vaya a vengarse del mundo convertido en lustrabotas o en sirvienta.
- humanidad,** s. La raza humana, colectivamente, con exclusión de los poetas antropoides.
- humildad,** s. Paciencia inusitada para planear una venganza que valga la pena.
- humillación,** s. Actitud mental decente y habitual en presencia del dinero o el poder. Peculiarmente apropiada en un empleado cuando se dirige a su patrón.
- humorista,** s. Plaga que habría ablandado la gélida rudeza de corazón del Faraón, incitándolo a liberar a los hijos de Israel y a mandarlos rápidamente a su país, con sus mejores deseos.
- huracán,** s. Manifestación atmosférica antes muy común, pero que hoy es reemplazada generalmente por el tornado y el ciclón. El huracán goza todavía de preferencia popular en las Indias Occidentales, y algunos marinos anticuados lo prefieren. Se usa también para construir la cubierta superior de los vapores, pero en términos generales puede decirse que la utilidad del huracán ha sobrevivido al huracán mismo.
- idiota,** s. Miembro de una vasta y poderosa tribu cuya influencia en los asuntos humanos ha sido siempre dominante. La actividad del Idiota no se limita a ningún campo especial de pensamiento o acción, sino que «satura y regula el todo». Siempre tiene la última palabra; su decisión es inapelable. Establece las modas de la opinión y el gusto, dicta las limitaciones del lenguaje, fija las normas de la conducta.
- ignorante,** s. Persona desprovista de ciertos conocimientos que usted posee, y sabedora de otras cosas que usted ignora.
- ilusión,** s. Madre de una respetabilísima familia, que incluye al Entusiasmo, el Afecto, la Abnegación, la Fe, la Esperanza, la Caridad y muchos otros vástagos igualmente virtuosos.
- ilustre,** adj. Favorablemente situado para recibir las flechas de la malicia, la envidia y la calumnia.



- imaginación**, s. Depósito de mercaderías que poseen en común los poetas y los mentirosos.
- imbecilidad**, s. Especie de inspiración divina o fuego sagrado que anima a los detractores de este diccionario.
- imparcial**, adj. Incapaz de percibir promesa de ventaja personal en la adhesión a uno de los bandos de una controversia, o en la adopción de una entre dos ideas en conflicto.
- impiedad**, s. Irreverencia del prójimo hacia mis dioses.
- imprevisión**, s. Satisfacción de las necesidades de hoy con las rentas de mañana.
- impunidad**, s. Riqueza.
- índice**, s. Dedo que se usa generalmente para señalar a los malechores.
- indecisión**, s. Factor principal del éxito, porque como dice Sir Thomas Brewbold, «sólo hay una manera de no hacer nada, y muchas maneras de hacer algo, y entre estas una sola es la correcta; de ahí que el indeciso que se queda quieto tiene menos probabilidades de equivocarse que quien se lanza a la acción». —Su rápida decisión de atacar —le dijo cierta vez el general Grant al general Gordon Granger— fue admirable. Sólo tuvo usted cinco minutos para decidirse. — Si, señor —respondió el victorioso subordinado—, es importante saber lo que debe hacerse en una emergencia. Cuando no sé si atacar o retirarme, jamás vacilo: tiro al aire una moneda. —¿Quiere decir que eso es lo que acaba de hacer?— Si, mi general, pero le ruego no reprenderme. Desobedecí a la moneda.
- indefenso**, adj. Incapaz de atacar.
- independiente**, adj. En política, enfermo de autorrespeto. Es término despectivo.
- indigestión**, s. Enfermedad que el paciente y sus amigos suelen tomar por profunda convicción religiosa e interés en la salvación de la humanidad. Como dijo el sencillo Piel Roja del desierto: «Yo bien no reza; gran dolor barriga, mucho Dios».
- indiscreción**, s. Culpa de las mujeres.
- indultar**, v. t. Remitir una pena y devolver al acusado a una vida criminal. Agregar a la fascinación del crimen la tentación de la ingratitud.
- ineficaz**, adj. Dícese de lo que no está calculado para favorecer nuestros intereses.
- infiel**, adj. y s. Dícese, en New York, del que no cree en la religión cristiana; en Constantinopla, del que cree. Especie de pillo que no reverencia adecuadamente ni mantiene a teólogos, eclesiásticos, papas, pastores, canónigos, monjes, mollahs, vudús, hierofantes, preladados, obies, abates, monjas, misioneros, exhortadores, diáconos, frailes, hadjis, altos sacerdotes, muecines, brahmanes, hechiceros, confesores, eminencias, presbíteros, primados, prebendarios, peregrinos, profetas, imanes, beneficiarios, clérigos, vicarios, arzobispos, obispos, priores, predicadores, padres, abadesas, calógeros, monjes mendicantes, curas, patriarcas, bonzos, santones, canonesas, residenciarios, diocesanos, diáconos, subdiáconos, diáconos rurales, abdalas, vendedores de hechizos, archidiáconos, jerarcas, beneficiarios, capitularios, sheiks, talapoins, postulantes, escribas, gurús, chantres, bedeles, fakires, sacristanes, reverendos, revivalistas, cenobitas, capellanes, mudjoes, lectores, novicios, vicarios, pastores, rabís, ulemas, lamas, derviches, rectores, cardenales, prioras, sufragantes, acólitos, párrocos, sulies, muftis y pumpums.
- injusticia**, s. De todas las cargas que soportamos o imponemos a los demás, la injusticia es la que pesa menos en las manos y más en la espalda.
- infortunio**, s. Especie de fortuna que siempre llega.
- ingenio**, s. Sal con que el humorista americano arruina su cocina intelectual, al omitirla.
- ingenuidad**, s. Seductora cualidad que alcanzan las mujeres mediante largo estudio e intensa práctica con sus admiradores varones, que de buena gana la confunden con el sencillo candor de sus hijos.
- ingrato**, s. El que recibe un beneficio de otro, o es objeto de una caridad cualquiera.
- Inmigrante**, s. Persona inculta que piensa que un país es mejor que otro.

- Inmoral**, adj. Impráctico. Todo lo que resulta poco práctico para los hombres, llega a ser considerado perverso e inmoral. Si las nociones humanas del bien y del mal tuvieran otra base que la utilidad; si se originaran, o pudieran originarse, de otro modo; si las acciones tuvieran en sí mismas un carácter moral independiente de sus consecuencias; entonces toda la filosofía sería una mentira, y la razón una enfermedad de la mente.
- Inscripción**, s. Una cosa escrita sobre otra cosa. Hay muchas clases de inscripciones, pero en general están destinadas a conmemorar la fama de alguna persona ilustre y transmitir a épocas distantes el recuerdo de sus servicios y virtudes. A esta clase de inscripciones, pertenece el nombre de John Smith, escrito a lápiz sobre el monumento a Washington. He aquí algunos ejemplos de inscripciones recordatorias en lápidas (ver Epitafio). Mi cuerpo yace en el suelo Mas el alma subió al cielo; Pero el Día llegará Y mi cuerpo se alzaré Para que del cielo goce. 1812. Ella sufrió sin queja su dolencia Fue inútil el auxilio de la ciencia; La muerte de pesares la libró; Con su esposo en el Cielo se reunió. «Aquí yace Jeremías Árbol. Fue abatido el 9 de mayo de 1862 a los 27 años, 4 meses y 12 días. Indígena.»
- Insensible**, adj. Dotado de gran fortaleza para soportar los males que aquejan a los demás. Cuando le dijeron a Zenón que uno de sus enemigos había muerto, se lo vio profundamente conmovido. —¡Qué! —exclamó uno de sus discípulos— ¿Lloras la muerte de un enemigo?—Ah, es cierto —repuso el gran estoico— Pero deberías verme sonreír ante la muerte de un amigo.
- Insignias**, s. Distintivos, joyas y trajes de órdenes antiguas y venerables como: los Caballeros de Adán; los Visionarios del Divino Blablá; la Antigua Orden de los Modernos Trogloditas; la Liga de la Santa Farsa; la Dorada Falange de los Falangistas Marsupiales; la Gentil Sociedad de Vagabundos Expurgados; la Mística Alianza de Exquisitos Regalianos; las Damas y Caballeros del Perro Amarillo; la Oriental Orden de los Hijos de Occidente; La Orfandad de los Insufribles; los Guerreros de Arco Largo; los Guardianes de la Gran Cuchara de Cuerno; la Banda de Bestias; la Impenitente Orden de Azotadores de Esposas; la Sublime Legión de Conspicuos Rimbombantes; los Adoradores del Santuario Galvanoplástico; los Inaccesibles Resplandecientes; los Jenízaros del Pavorreal; la Gran Cábala de Sedentarios; la Fraternidad de los Verrugosos; la Cooperativa del Candelero; los Discípulos Militantes de la Fe Oculta; los Caballeros Defensores del Perro Doméstico; los Guardianes de la Letrina Mística; la Misteriosa Orden del Manuscrito Indescifrable; Los Monarcas del Mérito y el Hambre; los Prelados de la Bañera y la Espada.
- Insurrección**, s. Revolución fallida. Fracaso de opositores que pretenden reemplazar un gobierno malo por otro desastroso.
- Intemperie**, s. Lugar donde ningún gobierno ha podido cobrar impuestos. Su función principal es inspirar a los poetas.
- Intérprete**, s. El que permite a dos personas de distinto idioma comprenderse, repitiendo a cada una lo que convendría al intérprete que dijera la otra.
- Interregno**, s. Período durante el cual una monarquía es gobernada por un lugar aún tibio en el almohadón de un trono. La experiencia de permitir que ese lugar se enfríe ha dado generalmente malos resultados, en virtud del entusiasmo que despliegan, para volver a calentarlo, numerosas personas dignas.
- Intimidad**, s. Relación a que son providencialmente arrastrados los necios a fin de destruirse.
- Inventor**, s. Persona que construye un ingenioso ordenamiento de ruedas, palancas, y resortes, y cree que eso es civilización.
- Irreligión**, s. La más importante entre las grandes creencias de este mundo.
- Juramento**, s. En derecho, solemne promesa ante Dios, que la conciencia debe cumplir so pena de perjurio.
- Justicia**, s. Artículo más o menos adulterado que el Estado vende al ciudadano a cambio de su lealtad, sus impuestos y sus servicios personales.



- Ladrón**, s. Comerciante candoroso. Se cuenta de Voltaire que una noche se alojó, con algunos compañeros de viaje, en una posada del camino. Después de cenar, empezaron a contar historias de ladrones. Cuando le llegó el turno a Voltaire dijo:—Hubo una vez un Recaudador General de Impuestos —y se calló. Como los demás lo alentaron a proseguir, añadió:—Ese es el cuento.
- Ladrón de cadáveres**, s. El que despoja de gusanos los sepulcros. El que provee a los médicos jóvenes lo que los médicos viejos han provisto al enterrador. La hiena.
- Lamentable**, adj. Estado de un enemigo o adversario después de un encuentro imaginario con uno mismo.
- Legal**, adj. Compatible con la voluntad del juez competente.
- Lenguaje**, s. Música con que encantamos las serpientes que custodian el tesoro ajeno.
- Libertad**, s. Uno de los bienes más preciosos de la Imaginación, que permite eludir cinco o seis entre los infinitos métodos de coerción con que se ejerce la autoridad. Condición política de la que cada nación cree tener un virtual monopolio. Independencia. La distinción entre libertad e independencia es más bien vaga, los naturalistas no han encontrado especímenes vivos de ninguna de las dos.
- Libertino**, s. El que ha corrido tras el placer con tanto ardor, que tuvo la desgracia de pasarlo de largo.
- Libro de recortes**, s. Libro editado por un tonto con las tonterías que se dicen sobre él.
- Loco**, adj. Dícese de quien está afectado de un alto nivel de independencia intelectual; del que no se conforma a las normas de pensamiento, lenguaje y acción que los conformantes han establecido observándose a sí mismos; del que no está de acuerdo con la mayoría; en suma, de todo lo que es inusitado. Vale la pena señalar que una persona es declarada loca por funcionarios carentes de pruebas de su propia cordura. Por ejemplo, el ilustre autor de este Diccionario no se siente más convencido de su salud mental que cualquier internado en un manicomio, y —salvo demostración en contrario— es posible que en vez de la sublime ocupación a que cree dedicar sus facultades, esté golpeando los puños contra los barrotes de un asilo y afirmando ser Noé Webster, (autor del diccionario Webster) ante la inocente delectación de muchos espectadores desprevenidos.
- Locuacidad**, s. Dolencia que vuelve al paciente incapaz de contener la lengua cuando uno quiere hablar.
- Locura**, s. Ese «don y divina facultad» cuya energía creadora y ordenadora inspira el espíritu del hombre, guía sus actos y adorna su vida.
- Longevidad**, s. Prolongación poco común del temor a la muerte.
- Lunes**, s. En los países cristianos, el día que sigue al partido de béisbol.
- Lógica**, s. Arte de pensar y razonar en estricta concordancia con los límites e incapacidades de la incomprensión humana. La base lógica es el silogismo, que consiste en una premisa mayor, una menor y una conclusión, por ejemplo: «Mayor»: Sesenta hombres pueden realizar un trabajo sesenta veces más rápido que un solo hombre. »Menor»: Un hombre puede cavar un pozo para un poste en sesenta segundos. «Conclusión»: Sesenta hombres pueden cavar un pozo para un poste en un segundo. Esto es lo que puede llamarse el silogismo matemático, con el cual, combinando lógica y matemática, obtenemos una doble certeza y somos dos veces benditos.
- Macho**, s. Miembro del sexo insignificante. El macho de la especie humana es generalmente conocido (por la mujer) como Simple Hombre. El género tiene dos variedades: buenos proveedores y malos proveedores.
- Magia**, s. Arte de convertir la superstición en moneda contante y sonante. Hay otras artes que sirven al mismo fin, pero el discreto lexicógrafo no las nombra.

- Magnífico**, adj. Dotado de esplendor o grandeza superiores a los que el espectador está habituado; por ejemplo, las orejas de un asno para un conejo, o la gloria de una luciérnaga para un simple gusano.
- Majestad**, s. Condición y título de rey, considerados con justo desprecio por los Muy Eminentes Grandes Maestros, Grandes Cancilleres, e Imperiales Potentados de las antiguas y honorables órdenes de la América republicana.
- Malechor**, s. El principal factor en el progreso de la raza humana.
- Malthusiano**, adj. Relativo a Malthus y sus doctrinas. Malthus creía en la necesidad de limitar artificialmente la población, pero descubrió que eso no podía hacerse hablando. Uno de los exponentes más prácticos del malthusianismo fue Herodes de Judea, aunque todos los militares famosos han participado de esas ideas.
- Mamíferos**, s. Familia de vertebrados cuyas hembras, en estado natural, amamantan a su cría, pero cuando se vuelven civilizadas e inteligentes la dan a la nodriza o usan el biberón.
- Mamón**, s. Dios de la religión que predomina en el mundo. Su templo principal se halla en la santa ciudad de Nueva York.
- Maná**, s. Alimento dado milagrosamente a los israelitas en el desierto. Cuando no lo recibieron más, se afincaron y labraron la tierra, fertilizándola, por regla general, con los cadáveres de sus primitivos ocupantes.
- Maniqueísmo**, s. Antigua doctrina persa según la cual hay guerra incesante entre el Bien y el Mal. Cuando el Bien abandonó la lucha, los persas se pasaron a la oposición victoriosa.
- Mano**, s. Instrumento singular que se usa al extremo de un brazo humano, y que por lo general se encuentra metida en un bolsillo ajeno.
- Maquinación**, s. Método empleado por nuestros enemigos para anular nuestro declarado y honroso esfuerzo por hacer lo justo.
- Marido**, s. El que después de cenar debe encargarse de lavar el plato.
- Mártir**, s. Alguien que avanza hacia una muerte deseada siguiendo el camino de la menor repugnancia.
- Masonería**, s. Orden de ritual secreto, grotescas ceremonias y extravagantes ropas, a la que, tras su fundación por los artesanos de Londres bajo el reinado de Carlos II, han adherido los muertos de los pasados siglos, en incesante retroceso. Actualmente abarca todas las generaciones del hombre, de Adán acá, y está reclutando distinguidos adeptos entre los habitantes precreacionales del Caos y del Vacío. Informe. La orden fue creada en diferentes épocas por Carlomagno, Julio César, Ciro, Salomón, Zoroastro, Confucio, Thotmés y Buda. Sus emblemas y símbolos se han encontrado en las catacumbas de París y Roma, en las piedras del Partenón y la Gran Muralla China, entre los templos de Karnak y Palmira, y en las pirámides egipcias. El descubridor fue siempre un masón.
- Matar**, v. t. Crear una vacante sin designar un sucesor.
- Matrimonio**, s. Condición o estado de una comunidad formada por un amo, un ama y dos esclavos, todos los cuales suman dos.
- Mausoleo**, s. La última y más divertida locura de los ricos.
- Mayonesa**, s. Uno de los aderezos que usan los franceses en lugar de la religión del estado.
- Maza**, s. Bastón que en la función pública denota autoridad. Su forma, que es la de un pesado garrote, indica su propósito primitivo, que era calmar a los disidentes.
- Meandro**, s. Curva sinuosa. Toma su nombre de un río situado unas ciento cincuenta millas al sur de Troya, que cambia de curso para no oír a griegos y troyanos jactarse de sus hazañas.
- Medalla**, s. Pequeño disco de metal que se da en premio de virtudes, hazañas o servicios más o menos auténticos. A Bismarck le dieron una medalla por rescatar valerosamente a una persona que se ahogaba. Cuando le preguntaron el significado de la medalla, respondió: «A veces salvo vidas». Otras veces hacía lo contrario.



- Médico**, s. Alguien a quien lanzamos nuestras súplicas cuando estamos enfermos, y nuestros perros cuando nos hemos curado.
- Mendigar**, v. t. Pedir algo con intensidad proporcional a la creencia de que no será otorgado.
- Mendigo**, s. El que ha confiado en la ayuda de los amigos.
- Menor**, adj. Menos objetable.
- Mente**, s. Misteriosa forma de la materia segregada por el cerebro. Su principal actividad parece consistir en el esfuerzo por determinar su propia naturaleza, tentativa que parece fútil, puesto que la mente, para conocerse, no dispone de otra cosa que sí misma.
- Metrala**, s. Argumento que el futuro prepara en respuesta a las demandas del socialismo americano.
- Metrópoli**, s. Baluarte del provincialismo.
- Milagro**, s. Acontecimiento inexplicable y extraño al orden natural, como ganar con un póker de ases y un rey contra un póker de reyes y un as.
- Milenio**, s. Feriado de mil años a cuyo término se clavará la tapa, con todos los reformistas adentro.
- Ministro**, s. Agente de un poder superior con una responsabilidad inferior. En diplomacia, funcionario enviado a un país extranjero como encarnación visible de la hostilidad de su soberano por ese país. El principal requisito para ser ministro es un grado de plausibilidad en la mentira apenas inferior al de un embajador.
- Mío**, adj. Lo que me pertenece, siempre que pueda apropiármelo.
- Misericordia**, s. Daga que en la guerra medieval usaba el infante para recordar a un caballero desmontado por su cabalgadura que él también era mortal.
- Misericordia**, s. Virtud que aman los delincuentes sorprendidos.
- Miss**, s. Título con que marcamos a las mujeres solteras para indicar que están disponibles en el mercado. Miss, Misses (Mrs.), y Mister (Mr.) me parecen las tres palabras más desagradables de la lengua inglesa, tanto por su sonido como por su sentido. Las dos primeras son una corrupción de «Mistress» y la tercera de «Master». Mientras los demás títulos han sido abolidos en nuestro país, estos sobreviven para complicarnos la vida. Si fuera indispensable conservarlos, deberíamos ser coherentes y encontrar uno que designe al hombre soltero. Me atrevo a sugerir la palabra Mush (abreviada Mh., (Mush significa harina de maíz).
- Mitología**, s. Conjunto de creencias de un pueblo primitivo relativas a su origen, héroes y dioses, por oposición a la historia verdadera, que inventa más tarde.
- Moda**, s. Déspota a quien los sabios ridiculizan y obedecen.
- Mojigata**, s. Celestina que se oculta a espaldas de su conducta.
- Momia**, s. Egipcio antiguo, usado antaño como remedio en todas las naciones civilizadas y que ahora provee al arte de un excelente pigmento. También resulta cómoda en los museos para satisfacer la vulgar curiosidad que distingue al hombre de los animales inferiores.
- Monarca**, s. Persona que se ocupa de reinar. Antiguamente el monarca era el único amo, como lo indica la etimología de la palabra y como aprendieron, a costa de sí mismos, muchos súbditos. En Rusia y Oriente el Monarca retiene todavía una considerable influencia en los asuntos públicos y en el destino final de las cabezas humanas, pero en Europa Occidental la administración pública corre por cuenta de los ministros, mientras el monarca reflexiona sobre el destino de su propia cabeza.
- Monumento**, s. Estructura destinada a conmemorar algo que no necesita conmemoración o no puede ser conmemorado. Como dijo el poeta. «Los huesos de Agamenón son ofrecidos en espectáculo, mientras su regio monumento yace en ruinas». Pero la fama de Agamenón no es afectada por eso. La costumbre monumentaria alcanza sus «reducciones ad absurdum» en los monumentos «a los muertos desconocidos», que perpetúan la memoria de aquellos que no han dejado memoria.

.....

Muerto, adj. Dícese de lo que ha concluido el trabajo de respirar; de lo que ha acabado para todo el mundo; de lo que ha llevado hasta el fin una enloquecida carrera; y de lo que al alcanzar la meta de oro, ha descubierto que era un simple agujero.

Mulato, s. Hijo de dos razas, que se avergüenza de ambas.

Multitud, s. Muchedumbre. Fuente de sabiduría y virtud políticas. En una república, objeto de adoración del estadista. «En una multitud de consejeros está la sabiduría», dice el proverbio. Si muchos hombres de igual sabiduría individual resultan más sabios que cualquiera de ellos, debe ser que adquieren ese exceso de sabiduría por el simple hecho de reunirse. ¿De dónde viene? Evidentemente, de ninguna parte. Lo mismo valdría decir que una cadena de montañas es más alta que las montañas individuales que la componen. Una multitud es tan sabia como el más sabio de sus miembros, siempre que éste sea obedecido; de lo contrario es tan necia como el más necio entre ellos.

Murmurar, v. t. Decir cómo encuentra uno a otro cuando el otro no puede encontrarlo a uno.

Mustang, s. Caballo indócil de las planicies occidentales. En la sociedad británica, esposa norteamericana de un noble inglés.

TODO A SU TIEMPO

Todo tiene su momento, y todo cuanto se hace debajo del sol tiene su tiempo. Hay tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado; tiempo de matar y tiempo de curar; tiempo de destruir y tiempo de edificar; tiempo de llorar y tiempo de reír; tiempo de lamentarse y tiempo de danzar; tiempo de esparcir las piedras y tiempo de amontonarlas; tiempo de abrazarse y tiempo de separarse; tiempo de buscar y tiempo de perder; tiempo de guardar y tiempo de tirar; tiempo de rasgar y tiempo de coser; tiempo de callar y tiempo de hablar; tiempo de amar y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra y tiempo de paz.

Eclesiastés 2-3.



**REALIDADES COMUNES.
SOLDADOS POLACOS EN LA REVOLUCIÓN HAITIANA (1802-1804), E IRLANDESES EN
LA GUERRA DE MÉXICO CON LOS EUA (1847-1848)**

Mtra. Dolores Hernández Guerrero
Colegio de Ciencias y Humanidades, Vallejo*

Dos testimonios despiertan la curiosidad de quien revisa la historia de los conflictos bélicos que Haití y México han enfrentado con el exterior:

Uno, la primera Constitución de Haití independiente (1805) que decreta en sus primeros artículos la libertad, soberanía e independencia del pueblo haitiano y la abolición de la esclavitud; y en artículos subsecuentes establece que ningún blanco, de cualquier nación que sea, pisará su territorio en calidad de amo y propietario ni podrá adquirir en el futuro ninguna propiedad. Deja tal disposición sin efecto para las mujeres blancas que han sido naturalizadas haitianas y para los **alemanes y polacos** también naturalizados por el mismo gobierno.

¿Qué significado histórico puede darse al hecho de que estos extranjeros, involucrados en la guerra que Francia declaró a su ex colonia, sean considerados ciudadanos haitianos?

Dos, una placa en la plaza de San Jacinto, en San Ángel, D.F., adornada con una cruz céltica y una águila mexicana que dice «En memoria de los soldados irlandeses del heroico batallón de San Patricio que dieron su vida por la causa de México durante la injusta invasión norteamericana de 1847.» En esa misma plaza, cada 12 de septiembre, cientos de personas, entre ellas los alumnos de la escuela pública denominada Batallón de San Patricio, se reúnen para rendir homenaje a los soldados de esta agrupación. De igual manera, una ceremonia similar se lleva a cabo anualmente en Galway, Irlanda, tierra natal del fundador del batallón, John Riley.

¿Qué condiciones históricas mediaron para que estos soldados irlandeses estuvieran presentes en el conflicto de México con los Estados Unidos?

En ambos casos, surge el interés por analizar el contexto histórico que rodeó la actuación de estos europeos.

Una mirada desde la perspectiva de historia global que busca lograr una visión de conjunto de los acontecimientos históricos y contextualizarlos en el panorama interno y externo de la época, relacionando

otros campos de la investigación histórica – como historia de las ideas y de los comportamientos – y resaltando similitudes y diferencias, podrían llevarnos a una mejor comprensión del asunto.

SOLDADOS POLACOS EN LA REVOLUCIÓN HAITIANA

Polonia, durante varios siglos se había erigido como nación independiente y había desempeñado a lo largo del siglo XVIII un papel de nación que participaba en el equilibrio geopolítico de Europa oriental. Sin embargo, a finales de este siglo las consecuencias de una política interna le hicieron perder estabilidad y favorecer los embates expansionistas de sus poderosos vecinos: Austria, Prusia y Rusia. Desde 1795, fue invadida y dividida entre estas tres potencias, que al imponer modelos de desarrollo económico y político distintos, religiones diferentes (católica, protestante y ortodoxa) acentuaron las diferencias regionales y propiciaron el desequilibrio social favoreciendo la emigración de numerosos polacos. Paralelamente, el estallido de la Revolución francesa convulsionaba a la Europa del siglo XVIII. Francia abría excitantes expectativas para los liberales interesados en subvertir el sistema absolutista.

Ante esta situación de sujeción y división, se levantó un movimiento patriótico en defensa de la soberanía, organizado por grupos de jóvenes que coincidían con las ideas del liberalismo. Su lucha provocó la reacción tanto de las fuerzas conservadoras internas como de los gobiernos impuestos por los invasores. En ese marco, el movimiento patriótico polaco que románticamente albergaba la idea de impulsar un levantamiento campesino, veía la posibilidad de enfrentar a los ejércitos invasores.

* Este texto se presentó, en una primera versión, en la XV Conferencia Anual de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe (AMEC). Veracruz, Ver., abril 2008. Se publica con la debida autorización.



Tadeusz Kosciuszko, general de brigada con sólida formación obtenida en París y participante en la guerra de independencia de los Estados Unidos, se puso, en 1794, al frente de la rebelión de los patriotas polacos. Se enfrentó al ejército zarista, el cual, en poco tiempo, derrotó al movimiento y tomó como prisionero a su principal líder. Éste fue liberado en 1798 y regresó a París, donde fue reconocido por la Convención jacobina como ciudadano de honor.

Durante el Consulado y el Imperio, el país galo se convirtió, para los liberales polacos y en el imaginario popular, en el ejemplo a seguir, y en la nación capaz de apoyar la liberación de Polonia. De ahí que numerosos polacos de diferentes grupos sociales emigraran a Francia o a Italia, por entonces, campo de batalla entre el ejército napoleónico y las tropas del decadente imperio austriaco. Fue en esa época cuando se organizaron las Legiones Polacas: la de Italia y la del Danubio, agrupamientos que aglutinaban a cerca de 6 000 hombres. Estos destacamentos militares estaban integrados por un amplio grupo de generales y oficiales,

muchos de ellos patriotas que profesaban ideas liberales y ex combatientes del movimiento que encabezaba Kosciuszko, quien fue nombrado general en jefe de las Legiones. En su nuevo papel de legionarios, dichos polacos veían la oportunidad de alcanzar varios objetivos: integrar un ejército en el exilio que podría ser enviado a Polonia para lograr su liberación, lo que constituiría un argumento de peso en las negociaciones que llevaría a cabo Bonaparte con las potencias invasoras de Polonia, y por otro lado, la oportunidad de recibir reconocimientos honoríficos y aumentar la fortuna personal de generales y oficiales al recibir pagos cuantiosos por dirigir a este ejército. El mando militar se encargó de convencer a numerosos polacos emigrados por distintas razones, entre ellas las de tipo económico y político, para enrolarse en la Legión en calidad de voluntarios. A su vez, numerosos soldados polacos enregimentados por los ejércitos de Austria y Prusia desertaron y engrosaron las Legiones.



Voluntarios y ex soldados vislumbraban en su papel de legionarios la forma de obtener una paga segura, de verse beneficiados con los botines y la gloria que proporcionaba luchar con el ejército napoleónico y participar en acciones encaminadas a conseguir la liberación de su país.¹

Política de Bonaparte hacia los polacos.

Por su parte, Bonaparte consideraba que estas fuerzas, que se ponían a su servicio, representaban un soporte militar importante en la consolidación de la expansión continental francesa en Europa y más tarde en la conformación de un imperio colonial en América.

Desde la perspectiva del Primer Cónsul, para lograr la expansión de Francia en el Nuevo Mundo era necesario ejercer el control de su colonia más floreciente, Haití, imponer de nuevo la autoridad metropolitana; restablecer la esclavitud, que había sido abolida por la lucha de los propios esclavos y ratificada por la Convención jacobina y suprimir el poder autonómico alcanzado por Toussaint Louverture. En el caso de Polonia, aplicaba astutamente un doble juego, por un lado, garantizaba el sostenimiento y avituallamiento de las Legiones, de las que recibía un decidido apoyo militar en Italia y por otro, retrasaba la formalización de un compromiso para apoyar mediante la presión diplomática la liberación de Polonia. En la paz de Luneville (1801) llevada a cabo con Austria, Bonaparte evadió tratar el asunto al dejarlo fuera de la mesa de negociaciones a fin de no retrasar así el cese de hostilidades con esta nación.

La política ambigua de Bonaparte desilusionó a los altos mandos de las Legiones que comprendieron que eran utilizados en los planes de dominio del gobierno francés. Surgió entonces una división entre ellos: unos

que proponían la disolución de las Legiones, entre ellos Kociuszco,² y aquellos que consideraban que la alianza con Francia era de suma importancia porque era la potencia con el peso político suficiente para presionar a las potencias invasoras de Polonia. Esta posición, fue defendida por el general Jan Henryk Dabrowski, combatiente del movimiento insurreccional en Polonia y participante en las campañas napoleónicas en Italia (1791-1801). Dabrowski asumió el mando de las Legiones polacas, transformadas por Bonaparte en semibrigadas del ejército francés, y que a pesar de conservar a polacos en los altos mandos estaban subordinadas a generales franceses.

Historiadores contemporáneos estudiosos de la expedición enviada por Bonaparte a Saint Domingue consideran que el Primer cónsul, se sirvió de la guerra en contra de su colonia para deshacerse de aquellos militares que podían cuestionar su política, cada vez más autoritaria. En ese sentido, las legiones polacas entraban en esta acepción al estar formadas por combatientes liberales con ideales republicanos, algunos de ellos habían sido miembros de logias masónicas y manifestaban sentimientos antibonapartistas. Entre los altos jefes se conocieron con anticipación los propósitos de la expedición y aceptaron sin objeciones participar en tal empresa. No así las tropas que, siguiendo las órdenes de Bonaparte, nunca fueron informadas del destino y fines de la misma.

Los polacos en Saint Domingue, desánimo y frustración.

Las cartas enviadas por los soldados polacos a sus familiares y que se conservan en el archivo del general Dabrowski, manifiestan el desconocimiento del destino de la expedición y el hecho de no ser bien tratados

¹ Se dice que en un manifiesto redactado por el Gral. Dabrowski, comandante de las legiones polacas, exaltaba los fines de tales agrupaciones: «Servimos la causa común de las naciones, luchamos por la libertad bajo órdenes del valiente Bonaparte, vencedor en Italia. Los triunfos de la República francesa son nuestra única esperanza. Por medio de su ayuda y la de sus aliados podremos volver a nuestra patria y ver restituidos nuestros derechos.» Citado por Edgard Krakowski, *Historie de la Pologne; la nation polonaise devant l'Europe*, pp. 322, 323.

² En 1800, Kociuszco advertía, en un folleto titulado *¿Pueden los polacos conquistar la libertad?*, «[...]que en vez de dejarse vislumbrar por promesas de socorro de parte de las potencias occidentales, la nación polaca haría mejor en contar con sus propias fuerzas, sobre todo con las del pueblo.» Citado en Marian Zychowski Arnold Stanislaw, *Esbozo de historia de Polonia, desde los orígenes hasta nuestros días*, p. 81.

por los altos mandos franceses, quienes no los proveían de armamento en buenas condiciones, ni de vestimenta adecuada y les proporcionaban tardíamente su paga.³ Este rico material deja ver la frustración de las tropas polacas al estar involucrados en una lucha tan ajena a sus aspiraciones republicanas y en la que además, se sentían discriminados y utilizados como instrumento en la defensa de los intereses coloniales de Francia.⁴ En la medida que la lucha fue recrudeciéndose, aumentaron sus desdichas, sufrimientos e infortunios.

Desde su llegada a la colonia, los miembros de esta expedición, -20 000 en el primer desembarco y meses más tarde auxiliados por cerca de 23 000 refuerzos-, se enfrentaron a situaciones totalmente inesperadas. Los habitantes de la colonia conocieron a través de la inteligencia inglesa, los propósitos de dominio, sujeción y restablecimiento de la esclavitud que encerraba la expedición, razón que dio pie a organizar una dura resistencia que se tradujo en incendios de ciudades, devastación de campos y una forma de guerrear no habitual para los ejércitos europeos: la guerra de guerrillas.

Lammonier de la Fosse, miembro de la expedición, comenta en sus memorias:

Esta guerra nueva para nosotros, en la que el enemigo no estaba visible nunca, derrotó a oficiales y soldados, era una nueva escuela que hacer, pues ya no se entendía nada, y en cuanto más se adelantaba, más se agravaban los peligros. Perdimos desde el comienzo a mucha gente. El ejército de ellos, invisible que no se podía encontrar, inalcanzable, se ocultaba en los montes o entre los matorrales y disparaba a tiro seguro contra nuestras masas compactas, fue necesario, pues, limitarse a ocupar las ciudades, después de haber expulsado al enemigo.⁵

No obstante, lo sorpresivo de estos ataques, que costó la vida y la prisión a numerosos expedicionarios, una de las grandes adversidades a la que se enfrentaron fue la epidemia de fiebre amarilla, que ocasionó miles de muertos. El general Pamphile de Lacroix, alto mando del ejército francés en esta guerra, escribió en sus memorias los estragos de esta epidemia.

Para 1803, "habían llegado en forma sucesiva 34 000 hombres de fusil, de los cuales, meses más tarde, habían muerto 24 000, mientras 7 000 heridos estaban en los hospitales o soportaban, después de ser dados de alta, una vida azarosa. En todo Saint Domingue no quedaban más que dos mil y unas centenas de hombres de las tropas europeas, mientras las enfermedades continuaban su desastrosa actividad."⁶

Los efectos de este caos se dejaron ver rápidamente entre las tropas polacas; se dice que de los 5 280 legionarios que arribaron a la isla de Saint Domingue, 4 000 murieron, en su mayoría, de la epidemia, otros en acción y en las prisiones inglesas, a donde fueron conducidos al finalizar la guerra.

El desánimo y frustración crecieron entre todos los expedicionarios en la medida que vivían la guerra sin cuartel, dada por los insurgentes, quienes, una vez más, demostraron su capacidad para repeler al enemigo, tal como lo habían hecho anteriormente frente a ingleses y españoles. En el caso de los polacos, cada día que pasaba, se convencían de que estaban luchando en una guerra que no era justa. Sus apreciaciones sobre este conflicto se conocen a través de la correspondencia en donde ponen de manifiesto: su sorpresa por la valentía con que combatían los haitianos; la crueldad y métodos utilizados por los contrincantes (especialmente la represión ejercida por el general Rochambeau: ahogamientos de familias enteras, la utilización de perros de caza para perseguir a los rebeldes, la venta como esclavos de algunos prisioneros, etcétera). En una carta el subteniente polaco Neygel relató lo siguiente:

³ J. Pachonski y Wilson Revel K. *Poland's Caribbean Tragedy. Haitian war of independence 1802 – 1803*, pp. 76, 137.

⁴ Claude B. Auguste y Marcel B. Auguste, *L'expédition Leclerc*, pp. 28, 29.

⁵ J.P. Lammonier de la Fosse, *Segunda Campaña de Santo Domingo (Guerra dominico-francesa de 1808)*, p.52.

⁶ Pamphile de Lacroix, *La Révolution de Haïti*, p.372. En esta guerra colonial se dio una catástrofe epidemiológica, argumento que ha sido utilizado, por algunos historiadores franceses del siglo



Aquí la guerra no es como en Europa, hace tres días trajeron 200 perros de las colonias españolas [...], mañana llegarán otros 400. El costo mensual de la alimentación de cada perro es de 6 escudos franceses, sus cuidadores son españoles y cada uno cuida de dos perros, los lleva al ataque por delante de la infantería y su salario es de 20 escudos por mes. El entrenamiento cotidiano se hace con negros vivos que son desgarrados y devorados despiadadamente.⁷

Asimismo, expresan su desamparo ante el flagelo que representaba la epidemia.

Probablemente esta es mi última carta antes de mi muerte, porque de la tercera semi-brigada sólo quedamos 300 hombres y pocos oficiales, [...] y algunos más que no conozco, todos los demás han fallecido, entre los cuales tu hermano alcanzado por la muerte pocos meses después de su llegada; te escribo sumido en la desesperanza, reprochándome mi deseo absurdo de ir a América, y no le deseo mi suerte ni a mi peor enemigo, porque vale más mendigar el pan en Europa que buscar fortuna en América donde mil enfermedades le acechan a uno. Uno se alegra de no padecer alguna, ya que aquí no hay descanso, sólo hay que servir y combatir; cuando los negros lo atrapan a uno, ellos aplican las mayores crueldades [...] ⁸

Mientras tanto, los generales y oficiales franceses reportan el desánimo y falta de coraje de los polacos en los enfrentamientos, en esta guerra.

En septiembre de 1802, el general Victor Manuel Leclerc, Comandante en Jefe de la expedición y cuñado de Bonaparte escribía que «los polacos aunque son bravos, son demasiado lentos y se dejan matar por los negros». De igual manera, otros oficiales franceses reportaban que los polacos no estaban adaptados a pelear contra un ejército primitivo, se les criticaba que no sabían combatir en terreno montañoso, aún cuando la mayoría de los soldados de los distintos batallones, era originaria de la parte montañoso de Polonia. El mismo general Rochambeau, quien a la muerte de Leclerc, de fiebre amarilla, lo sustituyó en el mando de la expedición, en noviembre de 1802, argumentaba que los polacos estaban mal preparados para la guerra colonial, les faltaba coraje e iniciativa personal.⁹ Un alto mando francés informaba al ministro de guerra: «Esta gente apática y lenta, ignorantes de nuestras costumbres e idioma, alejados de su país pierden toda su energía, son incapaces de soportar los rigores de la marcha y están aterrados por el estilo desconocido e inusual de guerrear».¹⁰

Deserciones de polacos y reconocimientos de los insurgentes.

En la primavera de 1803, empezaron a darse numerosas deserciones de parte de soldados polacos, y de algunos alemanes y suizos que se unieron a los insurgentes haitianos. Los generales rebeldes apreciaban en gran medida estas defecciones; uno de ellos, fue el general Boisrond Tonnerre quien conocía bien las razones de los polacos para tomar esta determinación. Se sabía que provenían de un país invadido, así como de las inquietudes libertarias que impulsaban a muchos soldados polacos a participar en las filas del ejército francés, del trato que recibían de parte de los altos jefes, así como de los resentimientos que crecían cada día hacia los invasores franceses al ver incumplidas sus expectativas y padecer los rigores de esa cruenta guerra.

XIX, par aminorar la derrota del ejército galo ante las tropas insurgentes haitianas.

⁷ Dossier 9 Dabrowski, Carta del subteniente Neygel. Correspondencia polaca, marzo de 1804, hoja 1, Laure Saint Juste et Enel Clérismé, *Présence polonaise en Haïti*, p. 19.

¹ Dossier 9 Dabrowski. Carta de J. Zadora. Correspondencia polaca, marzo 1803, hoja 35, *Ibidem.*, p. 17.

⁹ D. Rochambeau, Rapport des opérations de l'armée de Saint Domingue pendant les années X-XXII, AN, BB, 181, pp. 124-124, en Páchonski, *op. cit.*, p. 174.

¹⁰ Thouvenot's report from Port-au-Prince to Minister Bertier, may 10 1803, cited by Skalowski, *Polacy*, pp. 171-172, f.n., *idem.*, p. 178.

A raíz de que fue conocida en el campo insurgente, la actuación de soldados polacos, que en el sitio de Saint Marc se negaron a obedecer la orden de masacrar a 400 soldados del ejército de Dessalines, creció el aprecio por estos soldados, entre las filas insurgentes. Fácilmente se les identificaba por el idioma y por vestir un uniforme especial. Dessalines fue uno de los primeros en reconocer la adhesión de estos soldados a la causa insurgente y de valorar su actuación. En la medida en que este jefe revolucionario fue ganando terreno frente a los expedicionarios franceses, formó nuevos cuerpos de soldados, a uno de ellos lo denominó Les Polonais en honor y en reconocimiento a los polacos de Saint Marc.

Dessalines decretó en marzo de 1804, que los polacos fuesen considerados como ciudadanos haitianos por su papel desempeñado en la guerra. Thomas Madiou, el destacado historiador haitiano de mediados del siglo XIX, que, con base en testimonios orales de los participantes en la guerra de independencia, reporta que, al final de la guerra, 160 polacos solicitaron a Dessalines regresar a Europa. Éste consiguió que viajaran a Jamaica, donde el gobernador de la colonia británica exigió que los polacos se pusieran al servicio de la corona inglesa, y ante la negativa de éstos, los reenvió a Haití y exhortó a Dessalines a expulsarlos del país. La respuesta del gobernante haitiano fue enfática al decir, que esos polacos se habían convertido en ciudadanos haitianos y que él como jefe de un pueblo libre, no podía, en consecuencia obligar a sus nacionales a abandonar su patria.¹¹

Los polacos que permanecieron en Haití.

Al finalizar la guerra, quedaban en Haití alrededor de 400 ex legionarios polacos, entre ellos se encontraban antiguos prisioneros de los insurgentes que se unieron a la causa de los rebeldes y otros, que por la fuerza de las circunstancias optaron vivir en la isla. De acuerdo al historiador polaco, Tadeuz Lepkowski alrededor de 120 polacos se unieron voluntariamente a la causa haitiana.¹²

¹¹ Thomas Madiou, *Histoire d'Haiti*, vol. III, p. 106.

¹² Páchonski, op. cit., p. 314.

De este grupo, unos continuaron prestando sus servicios en el ejército, otros se incorporaron a trabajos agrícolas. Poco a poco se fueron asimilando a la nueva sociedad, se casaron y formaron familias. En cuatro regiones de Haití pueden observarse huellas de esos asentamientos: Cazale, en el Valle de Jacmel, en Fond de Blancs (Valle de los blancos) y en la ciudad de Port Salut. Habitantes de estas regiones conservan rasgos físicos de sus antecesores. Algunos nombres y apellidos inscritos en las lápidas de los cementerios de la zona, se resisten a perderse en el olvido.

IRLANDESES EN LA GUERRA MÉXICO – ESTADOS UNIDOS, 1846 – 1848.

Desde el siglo XII se dejó sentir en tierras irlandesas la presencia de una Inglaterra dominante que impuso su fuerza económica, política y trató también de implantar su dominio ideológico y cultural. La identidad cultural de los irlandeses, estrechamente vinculada a la religión católica presentó desde el siglo XVI una particular resistencia a aceptar la religión anglicana. La historia de Irlanda se presenta como una interminable serie de rebeliones y reconquistas de parte de sus pobladores frente al poderío de la corona inglesa. Terratenientes y comerciantes irlandeses colaboraron con el nuevo orden impuesto por los británicos. Desde el siglo XVII se impusieron una serie de leyes penales y discriminatorias en contra de la población irlandesa que, entre otras cosas prohibía a los irlandeses a ocupar puestos públicos y educar a sus hijos en los principios de la religión católica. El gobierno inglés hizo llegar a Irlanda a numerosos pobladores protestantes que recibieron tierras, propiedades que pertenecían a campesinos irlandeses católicos, quienes vieron reducida su heredad y fueron obligados a cultivar determinados productos, entre ellos las papas; además se redujeron las extensiones de pascos de su ganado. En síntesis el antagonismo económico, político y religioso se remonta desde la baja Edad Media

La Revolución de independencia de las Trece colonias reforzó las ideas libertarias entre los militantes de distintos grupos políticos irlandeses. Desde sus costas vieron salir a numerosos contingentes de jóvenes compatriotas que enrolados en el ejército inglés iban a reprimir a los insurgentes americanos.



De igual manera, los acontecimientos de 1789 en Francia inquietaban a los patriotas irlandeses. El descontento social se reflejó en un movimiento de protesta en 1798, que llevó a las autoridades inglesas a replantear la integración de Irlanda. En las últimas décadas del siglo XVIII se dio una reactivación económica y demográfica de Irlanda, con la demanda de productos agropecuarios solicitados a raíz de la Revolución industrial.¹³

Bajo el ministerio de William Pitt, se constituyó el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, propuesta que fue aceptada por numerosos irlandeses que vieron en esta unidad la posibilidad de lograr la representación en el Parlamento inglés, y sobretodo, conseguir la derogación de las leyes penales.¹⁴

Más tarde, en 1829, Daniel O'Connell, miembro de la aristocracia católica irlandesa enarboló un movimiento que, a través de la vía parlamentaria, consiguió la emancipación civil de los ciudadanos irlandeses.

La peste de la papa y la emigración irlandesa.

Una de las severas crisis económico - demográficas que afectaron el desarrollo de este país lo constituyó la llamada «plaga de la papa». Cultivo que representaba el sustento de la mayor parte de la población campesina, que como ya se dijo, dependía de la explotación de una pequeña parcela. Entre 1845-1850 los campos de papa se vieron afectados por un hongo devastador que causó gravísimas repercusiones en un marco de desigualdad y pobreza. Se calcula que más de 750000 personas murieron de hambre y cerca de dos millones se vieron forzados a emigrar a diferentes partes de Europa, del Nuevo Mundo, especialmente Estados Unidos y Canadá y hacia Australia.

Desde 1830 se generó una oleada migratoria hacia los Estados Unidos. Alrededor de 50,000 nuevos pobladores entraban cada año, cifra que aumentó abruptamente en el trienio de 1845 a 1847, lapso que coincidía con la guerra de México con los Estados Unidos.

¹³ Desde esa época, empezó una sistemática migración de irlandeses hacia Inglaterra donde engrosaron las filas del naciente proletariado. En la medida que Inglaterra se enfrentaba primero a la Revolución de sus colonos en América y a la lucha con la Francia republicana y napoleónica, valoró el potencial económico y estratégico de Irlanda. John Ranelagh O'beirne, *Historia de Irlanda*, pp. 92-93.

¹⁴ Desde época empezó una sistemática migración de irlandeses proletarios a Inglaterra.

Para entonces, la política y la economía estadounidenses, propias de un país agrícola enfocaban sus baterías en expandir su poderío territorial e incrementar, en la medida de sus posibilidades, el comercio.

Las guerras declaradas a México por la cuestión de Texas en 1836, y la de 1847 que tomó como pretexto la reclamación los límites de esta antigua provincia mexicana, son muestras de estas intenciones. A su vez, la doctrina del Destino Manifiesto impregnaría la política del Estado, fundada en los principios del protestantismo, religión predominante en la población anglosajona de aquel país. Así mismo, esta doctrina pregonaba la superioridad étnica de los anglosajones y se les atribuía la capacidad de conquistar y dominar el hemisferio norte. Unida a esta hegemonía se manifestaba una fuerte intolerancia religiosa hacia los seguidores del catolicismo, a quienes se consideraba desde la óptica calvinista, representantes de un viejo sistema monárquico, obedientes del papado y contrarios al espíritu democrático e independiente. Varios actos anticatólicos se desarrollaron en la medida en que, a lo largo del siglo XIX, aumentaba la población católica: en 1834 se incendió intencionalmente un convento en Massachussets y en 1835 se originó un movimiento anticatólico en Filadelfia, en el que fue incendiado el barrio irlandés.

En la década de 1840 -1850 se vivía un ambiente de fuertes tintes raciales, en el que influyó la frenología, corriente que atribuía a ciertos grupos étnicos, entre los que destacaban mexicanos, africanos e irlandeses, conductas especiales tales como la flojera, la indisciplina, la embriaguez, la propensión a crear escándalos y una incapacidad para gobernarse así mismos. En ese contexto llegaron masivamente los irlandeses a los Estados Unidos.

Soldados irlandeses miembros del ejército mexicano.

Los nuevos emigrantes enfrentaron serios problemas de desempleo y de marginación. De ahí su interés por enrolarse en el ejército, reducto que garantizaba una forma de sobrevivir. Como voluntarios engrosaron las tropas preparadas para combatir en Texas y posteriormente en la invasión a México. Se enrolaban por seis meses o un año, se les proveía: de uniforme o un caballo, según fuera el caso, y de una paga. Su

motivación era la supervivencia y posiblemente la atracción por un posible botín. El ejército que invadió a México en 1847 estaba compuesto en un 50% por soldados extranjeros y de ellos un 25% eran irlandeses.

Para la mayoría de los inmigrantes, que prestaban sus servicios en el ejército, se reservaban los trabajos secundarios: tareas domésticas, ayudante de jefes superiores, transportadores de material, etc. Contrastaba la posición de las tropas con la de los oficiales, quienes en buen número, eran egresados de la academia de West Point.

El racismo y la intolerancia que se vivía en la sociedad estadounidense impregnaban de igual manera al ejército. A los irlandeses se les insultaba con el mote de «cabeza de papa», se les negaban los ascensos a puestos superiores y se les restringía en sus servicios religiosos. La mayoría de las tropas respondían a cierta unidad de carácter regional, más que nacional. No existía ningún concepto patriótico, ni tampoco el sentimiento de lealtad y compromiso a la nación.¹⁵

Las condiciones en las que vivía el soldado inmigrante explican sus desertiones. Al final de la guerra del 47 más de 9 000 soldados habían desertado, en su mayoría inmigrantes y de religión católica. «Esto ha sido el mayor número de hombres que han desertado en alguna guerra peleada por Estados Unidos antes o después, incluida la de Vietnam».¹⁶ En ese entorno cargado de prejuicios, la comunidad irlandesa de carácter civil y militar, desarrolló lazos comunitarios fuertes.

Además, influían otros factores de carácter más subjetivo, las semejanzas que encontraban los irlandeses en la causa del pueblo mexicano como país débil y católico que enfrentaba una lucha parecida a la de Irlanda frente a un invasor poderoso, anglicano y protestante; en ese sentido, el factor religioso debió contar también; así como en el caso de los polacos en Haití, que no compartían los motivos de la expedición napoleónica.

De igual manera, estuvieron presentes en la decisión de los desertores los constantes llamados que el gobierno mexicano hacía para reclutarlos, en los que daba muestras de conocer la situación por la que pasaban los inmigrantes irlandeses y en los que se removían sus sentimientos religiosos. Al decir de Hogan, escritor estadounidense contemporáneo, «cuando se examina al grupo étnico de los San

Patricio, con su propia bandera y cuya composición era sobre todo católica e irlandesa y quienes no desertaron del ejército norteamericano para huir, sino quedarse y pelear al lado de los mexicanos, el argumento religioso es más convincente».¹⁷

Por ejemplo, en agosto de 1847, el presidente Santa Anna llamaba a la desertión:

El Presidente de la República Mexicana: a las tropas que vienen enganchadas en el Ejército de los Estados Unidos de Norteamérica;

Los sucesos de la guerra os han traído hasta el hermoso valle de México en medio de un país lleno de riqueza y fertilidad. El Gobierno americano os trajo por contrata para pelear contra un país de quien no habéis recibido injuria ni mal alguno; después de la pelea, vuestros compañeros no han tenido ni recibido más que el desprecio de los Estados Unidos y el baldón de los pueblos de la ilustrada Europa que mira llena de escándalo que aquel gobierno busque enganches para sus combates, lo mismo que solicita una bestia de carga para tirar de sus carruajes.

A nombre de la nación que represento y cuya autoridad ejerzo, os ofrezco una recompensa, si dejando las banderas de Norteamérica os presentáis como amigos de una nación que os ofrece campos llenos de riqueza y grandes terrenos, que cultivados por vuestra industria os colmarán de felicidad y comodidades.

La Nación Mexicana no considera en vosotros más que unos extranjeros engañados; y por eso os tiende una mano amiga, os convida con la dicha y con la fertilidad de un territorio.

Aquí no hay distinción de razas. Aquí hay libertad y no esclavos (sic); aquí la naturaleza derrama a manos llenas sus favores (sic) y en vuestra mano está disfrutarlos. Tened confianza en lo que os ofrezco a nombre de una Nación;

¹⁵ Michel Hogan, *Los soldados irlandeses en México*, p. 117.

¹⁶ *Ibidem.*, p. 157.

¹⁷ *Idem.*

presentaos como amigos y tendréis: patria, hogar, terrenos, la felicidad que se disfruta en un país de costumbres dulces y humanas. La civilización (sic), la humanidad y no el temor os hablan por mi voz.¹⁸

En septiembre de 1847, se hacía la siguiente invitación a los irlandeses:

¿Pueden ustedes pelear al lado de aquellos que prenden fuego a sus templos de Boston y Filadelfia? ¿Fueron ustedes testigos de sus terribles crímenes y sacrilegios sin hacer un solo voto a nuestro señor? Si ustedes son católicos, así como nosotros, si ustedes siguen la doctrina del Señor nuestro Salvador, ¿Por qué se les ve asesinando a sus hermanos? ¿Por qué son ustedes antagonistas de aquellos que defienden su país y su propio Dios?¹⁹

También se hacían llamados con incentivos más concretos como el del general Pedro Ampudia, de dotar a los desertores del ejército estadounidense con 320 acres de tierra (128 ha) al finalizar la guerra.²⁰

El Batallón de San Patricio.

El dos de abril de 1846 John Riley, de origen irlandés y quien había desertado del ejército norteamericano un mes antes de haberse declarado la guerra a México (13 de marzo de 1846), formó una compañía de 48 irlandeses, a la que se unirían en pocos meses más de 200 hombres entre los que se encontraban alemanes y escoceses. Se le dio el nombre de Batallón de San Patricio, en honor del santo patrono de Irlanda; se le representó con una bandera con los símbolos del trébol, el arpa de Irlanda y el águila de México y como lema: *erin go bragh, Irlanda por siempre.*

El citado batallón, que en el curso de la guerra aglutinaba a dos compañías de 102 hombres cada una, participó con entusiasmo y eficacia en la mayor parte de las batallas: Buena Vista, Monterrey, Cerro Gordo. Destacaron como buenos artilleros y por sus méritos en combate fueron distinguidos con la Cruz de Honor en la batalla de la Angostura y por su heroísmo y valentía

en la batalla de Churubusco, en donde pelearon colocados en la última línea en la defensa del convento. Cabe agregar, que para esta batalla, aparte de los militares mexicanos, se habían unido al batallón escoceses, ingleses, polacos y norteamericanos residentes en México.

En diferentes partes militares de los altos jefes del ejército se reportó la valentía y el coraje de estos soldados. El reconocimiento lo recibieron los sobrevivientes después de la guerra. De acuerdo con contemporáneos de la guerra,

A los únicos que sirvió aquel parque, fue a los soldados de San Patricio, cuyos fusiles tenían el calibre correspondiente. Su comportamiento merece los mejores elogios, pues todo el tiempo que duró aun el ataque, sostuvieron el fuego con un valor extraordinario. Gran parte de ellos sucumbió al combate: los que sobrevivieron, más desgraciados que sus compañeros, sufrieron una muerte cruel, o tormentos horribles, impropios de un siglo civilizado, y de un pueblo que aspira al título de ilustrado y humano.²¹

Al finalizar la guerra los soldados del Batallón de San Patricio se enfrentaron a crueles represalias. Aquellos que sobrevivieron a la batalla de Churubusco, fueron encarcelados y se les aplicaron castigos crueles y severos a fin de poner un fuerte escarmiento y terminar con las desertiones. Se aplicó el castigo máximo que consistía en el ahorcamiento masivo, acto que se llevó a cabo el mismo día que se izaba la bandera de los Estados Unidos.

Los restantes prisioneros del Batallón de San Patricio fueron condenados a muerte por ahorcamiento y ejecutados de conformidad que lo que dispusieron las Órdenes Generales 281, 282 y 283, la primera contenía la lista de los 20 sentenciados por la Corte de San Ángel, ejecutados en Mixcoac al día siguiente y la tercera de los 30 ahorcados frente al Castillo de Chapultepec el 13 de septiembre.²²

¹⁸ D., Molina Álvarez, *Memorias de John O'reilly*, pp. 178, 179.

¹⁹ Gene Bruek, «Views Manifest Desteny, 1821 – 1846», p. 120, Hogan, *op. cit.*, pp. 148.

²⁰ D. Molina Álvarez, *op. cit.*, p. 79.

²¹ Ramón Alcáraz, *et. al. Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos (edición facsimilar de la de 1848)*, pp. 254 – 255.

²² D. Molina Álvarez, *op. Cit.*, p. 240.

Nueve soldados, aquellos que habían desertado antes de la declaración de guerra y no lo habían hecho frente al enemigo, fueron perdonados del ahorcamiento, recibiendo en cambio azotes en la espalda y la marca de la letra D de desertores en la mejilla izquierda con fierro candente y prisión.

Guillermo Prieto, en sus *Memorias*... reproduce una carta que refiere la los hechos ocurridos en San Ángel:

[...] Lo que ha dejado en mí, profundísima impresión fue el suplicio de los prisioneros irlandeses de San Patricio. Como sabes, esos infelices pertenecían al Ejército Americano, y fueron en mucha parte seducidos por la influencia religiosa, porque todos eran cristianos, y por los escritos elocuentísimos de Martínez de Castro Luis, dirigido por los señores don Fernando Ramírez y Baranda.

Los de San Patricio se habían creado vivísimas simpatías por su conducta irreprochable y por el valor y el entusiasmo con que defendían nuestra casa.

A la noticia de la ejecución de los irlandeses, cundió la alarma, se movieron todo género de resortes, se aprontó dinero y se pusieron en juego todo género de influencias.

Por último, las señoras más distinguidas y respetables, hicieron una exposición sentidísima a Scout, pidiendo la vida de sus prisioneros.

Nadie se arriesgaba a llevar la solicitud al general en jefe americano, por la manera cruel con que habían tratado a los portadores de semejantes pretensiones, pero un fraile Fr... ofreció llevar el escrito y abogar hasta el último trance por aquellas víctimas, fuesen los peligros que fuesen.

Ni ruegos, ni lágrimas, ni respetos humanos fueron capaces de ablandar aquel corazón de hiena, y se dispuso fuese llevada la orden terrible de muerte a puro e ineludible efecto.

Detrás de la plaza de San Jacinto, a la espalda de las casas que ven al oriente, se pusieron de trecho en trecho y se macizaron gruesos vigones con trabas gruesas, tendidas horizontalmente en la parte superior, colgando otras reatas verticales de espacio en espacio.

Los prisiones fueron puestos en carros distribuidos según los claros de las vigas; a cierta distancia, entre gritos y chasquidos de látigos ataron con soga corrediza el extremo de los lazos colgantes al cuello de los prisioneros... y en medio de gritos hicieron correr a los caballos que tiraban de los carros; quedando balanceándose en los aires entre horrible convulsiones y muestras de dolor aquellos defensores de nuestra Patria...

Por supuesto que la agonía de aquellos mártires duró mucho tiempo... Los cuerpos de las víctimas fueron sepultados en el florido pueblo de Tlacopae, situado entre Mixcoac y San Ángel.²³



²³ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, pp. 278, 279.



La placa en San Jacinto tiene inscritos 71 nombres de los cuales 48 son de origen irlandés, 13 alemanes y el resto de origen escocés.

Al finalizar la guerra, los irlandeses miembros del ejército mexicano participaron para sofocar algunas rebeliones en contra del gobierno de José Ma. Herrera. Alrededor de 20 irlandeses fueron apoyados por el gobierno para volver a Europa y el resto se quedó prestando sus servicios en el ejército o se incorporaron a la vida civil, asimilándose a la sociedad mexicana. Apellidos como O'Reilly, Murphy, Kelly, Mc Dowell, entre otros, perduran en nuestra sociedad.

Desde el punto de vista historiográfico los temas en cuestión han sido tratados de diferentes maneras.²⁴ En el caso de los polacos la historiografía tradicional haitiana hace mención de su participación en la lucha y reconoce su valor y simpatía por la causa haitiana. A raíz de la visita de Juan XXIII a Haití, aparecieron folletos y breves ensayos históricos que refieren el papel de los soldados polacos en la lucha de independencia.

²⁴ En el caso de los polacos la historiografía tradicional haitiana hace mención de su participación en la lucha y reconoce su valor y simpatía por la causa haitiana. A raíz de la visita de Juan XXIII a Haití, aparecieron folletos y breves ensayos históricos que refieren el papel de los soldados polacos en la lucha de independencia.

Por su parte, los historiadores franceses que escribieron testimonios sobre la guerra, como Pamphile de Lacroix o Lammonier de la Fosse, mencionan la participación de los polacos en forma muy general y hacen eco de los informes y cartas de generales y oficiales que resaltan la pusilanimidad y poco entusiasmo de los polacos.

La historiografía de México del siglo XIX, representada por Guillermo Prieto, Fernando Ramírez y Manuel Payno, entre otros, hace elocuentes elogios a la participación del Batallón de San Patricio en la guerra con los Estados Unidos.

En forma diferente, los historiadores norteamericanos de la misma época, entre ellos Justin Smith, prestan poca atención a la guerra entre México y los Estados Unidos. En general, este episodio es un tema descuidado desde el punto de vista de la investigación historiográfica, como en el aspecto de la enseñanza de la historia; los manuales escolares apenas lo mencionan. Aquellos que estudian el caso de los irlandeses, como Robert R. Miller, les restan méritos, acusándolos de desertores y minimizando su carácter de católicos. Investigaciones recientes, como la realizada por Michael Hogan, presenta un estudio más completo al respecto y enfatiza la filiación católica del Batallón de San Patricio.

Consideraciones finales

La participación de polacos e irlandeses en la guerra de independencia de Haití y en la guerra de México con los Estados Unidos, conflictos que, guardan sus especificidades en tiempo y en atribuciones a factores causales, nos lleva a plantear una serie de similitudes en las condiciones históricas que influyeron en la actuación de tales ejércitos.

- ❖ Ambos conflictos respondieron a la expansión y consolidación de potencias sobre naciones débiles.
- ❖ En las desertiones de polacos e irlandeses influyeron diferentes motivos: el deseo de supervivencia y motivos propios de la marginación.
- ❖ En el caso de los irlandeses, no cabe duda que el factor religioso, utilizado políticamente por el gobierno mexicano, estuvo presente en las defecciones, sin embargo, faltaría un estudio más minucioso en el campo de las mentalidades para medir su alcance y tener más elementos explicativos.
- ❖ De igual manera, faltaría ahondar respecto a la identificación de los ideales revolucionarios presentes en las luchas libertarias de Polonia y de Irlanda con los propósitos de las causas de los países invadidos.
- ❖ En el imaginario de Haití y de México, se han convertido las acciones de estos soldados en hechos heroicos en los que los historiadores nacionales les han atribuido fuertes lazos de solidaridad con las causas nacionales.
- ❖ En el caso de los irlandeses, sus castigos respondieron, más que a ordenanzas del código militar vigente entonces, en los Estados Unidos, a una medida represiva de escarmiento para futuros desertores de grupos marginados y en prevención de próximos conflictos bélicos internos que ya se avecinaban (la guerra de Secesión cuyos motivos fueron más evidentes después de la guerra con México)
- ❖ La aplicación de castigos severos y crueles a los legionarios polacos que se unían a los rebeldes haitianos se hubiera dado con igual o más intensidad en caso de que los franceses hubieran salido victoriosos de esta guerra.
- ❖ Con una investigación amplia, a nivel de fuentes y de encuestas de opinión se podría sustentar la trascendencia e historicidad de estos acontecimientos en la persistencia de su recuerdo en el imaginario de los haitianos y mexicanos.

FUENTES

- Alcáraz, Ramón, *et al.*, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos (edición facsimilar de la de 1848)*. México, Siglo veintiuno editores, 1999.
- Arnold Stanislaw, Marian Zychowski, *Esbozo de historia de Polonia*. Varsovia, Ediciones «Polonia», 1963.
- Auguste B., Claude y Marcel B. Auguste, *La participation étrangère à l'expédition française à Saint Domingue*, Québec, Edit. Microméga, 1980.
- ———, *L'expédition Leclerc 1801 – 1803*, Port au Prince, Ed. Henri Deschamps, 1985.
- Cox, Patricia, *Batallón de San Patricio*, México, Stylo, 1954.
- *Dictionnaire historique de la Révolution haïtienne (1789- 1804)*, Sous la direction de Claude Moïse, Montréal, CIDIHCA, 2003.
- Hogan, Michael, *Los soldados irlandeses en México*, México, Universidad de Guadalajara, 2003.
- Krakowski, Edouard, *Histoire de la Pologne: la nation polonaise devant l'Europe*, Preface de Paul Valéry, Paris, Ed., Denoël et Steele, 1934.
- Lacroix, Pamphile de, *La Révolution d'Haïti*. Édition annotée et présentée par Pierre Pluchon, Paris, Karthala, 1995.
- Lammonier De la Fosse, J. B. *Segunda Campaña de Santo Domingo (Guerra dominico-francesa de 1804)*, Santiago, El Diario, 1946.
- Ledan Fils, Jean, *Les polonais en Haïti*, Edición del autor, 1998.
- Lepkowski, Tadeuz, *Haïti*, La Habana, Casa de las Américas, 1964.
- Lukowski, Jerzy y Hubert Zawadzki, *Historia de Polonia*, Cambridge University Press, 2002.
- Madiou, Thomas, *Histoire d'Haïti*, (7 vols.) Port au Prince, Librairie Henri Deschamps, 1989, vols., II, III
- Métral, Antoine, *Histoire de l'expédition de Saint Domingue*, Paris, Karthala, 1985.
- Molina Alvarez, Daniel, *Memorias de John O'Reilly*, México, Casa Juan Pablos, Instituto de Cultura de la Ciudad de México, 2002
- O'Beirne, John Ranelagh, *Historia de Irlanda*, Madrid, Cambridge, 1999
- Páchonski, Jan y Revel K. Wilson, *Poland's Caribbean Tragedy. Haitian war of independence 1802-1803*, Columbia University Press, East European Monographs Boulder, 1986.
- Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos*, México, Editorial Porrúa, 1985.
- Saint Juste, Laurore et Enel Clérismé, *Présence polonaise en Haïti*, Port-au-Prince, s/edit., 1983.
- Stanislaw, Arnold, *Esbozo de historia de Polonia desde los orígenes hasta nuestros días*, México, Ediciones Polonia, 1963.



NUESTRO ILUSTRADOR:

Claudio Linati y la magia de la litografía

¿Qué libro de texto de secundaria o qué publicación ilustrada de nuestra historia no contiene por lo menos una litografía de Claudio Linati? Reconocer esto, es apenas uno de los homenajes que le podemos hacer, mas con ello no agotamos la inmensa obra del artista. ¡Ni lo pensamos!

Su obra más conocida es *Trajes civiles, militares y religiosos de México*, publicada en 1828, que con sus propios comentarios escritos, constituye un auténtico reportaje de la vida cotidiana del México en esos años, tan lejanos y al mismo tiempo tan cercanos.

Los jugadores de gallos, el lépero observando con ironía a los transeúntes, el «evangelista» escribiendo una carta para una mujer humilde, y la caravana de mulas, son parte de nuestra iconografía, tan cercanos como un mural de Diego Rivera, una calavera de Posada, Juan Calzonzin o la mismísima Borola Tacuche de Burrón. ¡Disfrútalo!



CLAUDIO LINATI. Autorretrato al óleo
Colección del almirante Giotto Maraghini. Roma.

AUTORES

ALEJANDRO ORTIZ LÓPEZ

Estudió en el plantel Oriente del Colegio de Ciencias y Humanidades, UNAM. Maestro en arquitectura por la UNAM. Es docente en el plantel Oriente, donde imparte las asignaturas de Taller de Expresión Gráfica y Diseño Ambiental. Como caricaturista e ilustrador, ha ilustrado revistas y libros varios y es el encargado de nuestra sección *Historiarte*, a la que ha enriquecido con sus aportaciones y su cada vez más maduro estilo.

AMBROSE BIERCE

Uno de los más interesantes y originales escritores norteamericanos de la segunda mitad del siglo XIX y los inicios del XX. Nació el 24 de junio de 1842 en Ohio, Estados Unidos en el seno de una familia de agricultores pobres. Ambrose fue el décimo de trece hijos.

Al estallar la Guerra de Secesión, participó como voluntario del lado de los unionistas del norte. Vio acción en algunas batallas y fue herido en la cabeza. Como producto de su experiencia militar escribió *Tales of soldiers and civilians*.

Viajó a San Francisco, donde permaneció por un tiempo. Ahí comenzó su carrera como escritor autodidacta. Esta ciudad era importante desde el punto de vista cultural, puesto que ahí estaban varios intelectuales destacados encabezados por Mark Twain.

Bierce practicó el periodismo al tiempo que escribía narraciones e incluso poemas.

Una de las características indudables de su obra es la ironía, el humor negro acompañado de una importante crítica social.

Acerca de su misteriosa muerte, Horacio Daniel Massimino apunta en su *Bio-bibliografía sobre Ambrose Bierce*:

En una carta a Nelly Sicler dejó pruebas aún más significativas: ‘«Mi plan, si es que lo tengo, es el de ir por México a uno de los puertos del Pacífico, esto si consigo pasar sin que me lleven al paredón y me fusilen por americano». Chistiane Lesparre cita otra carta donde se lee: Si ustedes escuchan decir que yo fui puesto en un muro de piedras mexicano y fusilado, sepan que yo considero esto como la mejor forma de abandonar la vida...

... Su muerte ha hecho correr ríos de tinta. El escritor mexicano Carlos Fuentes en su *Gringo viejo* imagina sus últimos días, jugando con el mito, la verdad, la ficción, la certeza; Benjamín de Casares lo sentó en el Café Gambrinus, en México D.F. con unas copas de Brandy; Miriam Storn pone en escena a un viejo camarada de Bierce y presenta un montón de detalles tan triviales como imaginarios; Thomas Burke ha sugerido una explicación sobrenatural a su misteriosa desaparición.

Algunas de sus obras son: *Black beetles in amber*, *The cynic's word book* y *El diccionario del Diablo*.



CARLOS ANTONIO AGUIRRE ROJAS

Reproducimos lo esencial de su curriculum, ya publicado en el número 1 de la Nueva Época de Historiagenda (julio-agosto de 2003):

Licenciatura en economía, maestría en Historia Económica y doctorado en Economía. Posdoctorado en la Ecole des hautes Etudes en Sciences Sociales, París. Profesor invitado en varias universidades del interior de la República, de Centro y Sudamérica y de Europa.

Se ha especializado en las tendencias historiográficas del siglo XX, como los Annales, la historia marxista británica y la microhistoria italiana, mismas que ha contribuido a difundir, sobre todo entre los profesores de diferentes universidades.

Carlos Aguirre ha organizado varios eventos internacionales, como las Primeras Jornadas Braudelianas, el Coloquio Internacional Los Annales en perspectiva histórica, etc.

En este sentido, su obra lleva ese objetivo. Además de numerosos artículos publicados en diversas revistas europeas y americanas, Carlos Aguirre ha escrito varios libros de los que destacan: *Tempo, duracao, civilizacao, Percursos Braudelianos* (Sao Paulo, 2001)

América Latina: historia y presente (México, 2001); *Los anales y la historiografía francesa* (México, 1996); *Fernand Braudel y las ciencias humanas* (Barcelona, 1996), *Antimanual del mal historiador o cómo hacer una buena historia crítica*, (México, 2002),

Agreguemos dos últimos libros: *Contribución a la historia de la microhistoria italiana*. Rosario, Argentina, Ed. Prohistoria, 2002 e *Immanuel Wallerstein: crítica del sistema-mundo capitalista*. México, Ediciones Era, 2003, *Corrientes, temas y autores de la historiografía del siglo XX*, Univ. Juárez Autónoma de Tabasco, Dirige la importante revista *Contrahistorias*, de gran impacto en el medio historiográfico.

El doctor Carlos Aguirre ha colaborado en varias ocasiones con los profesores de historia del Colegio de Ciencias y Humanidades, participando en diplomados, cursillos, conferencias y presentaciones de libros. El trato que mantiene con algunos profesores le otorga la autoridad suficiente para opinar sobre la utilidad del conocimiento de las corrientes historiográficas para un profesor de historia en nuestro colegio.

DOLORES HERNÁNDEZ GUERRERO

Es egresada de la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM) donde obtuvo el grado de Maestra en Historia. Profesora del Área Histórico-Social del Colegio de Ciencias y Humanidades, Plantel Vallejo. Desde la fundación del Colegio se ha dedicado a la docencia, ha realizado investigaciones en el campo de la educación y en la historia del Caribe, en el marco de sus actividades en el CCH y en la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe (AMEC) de la cual fue presidenta y en la Asociación Mexicana de Historiadores Latinoamericanos (ADHILAC). Tiene numerosas publicaciones en forma de libros y artículos, entre los que destaca: *La revolución haitiana y el fin de un sueño colonial (1791-1803)*, Centro Coordinador de Estudios Latinoamericanos, UNAM, 1997. Ha sido distinguida con la Cátedra Especial Eduardo Blanquel y con el Reconocimiento Juana de Asbaje. Actualmente colabora en la puesta en práctica del Bachillerato a Distancia (B@UNAM).

JOAQUÍN PRATS CUEVAS

Doctor en Historia Moderna. Catedrático de la Universidad de Barcelona; está especializado en Didáctica de la Historia, en el estudio de los sistemas educativos, y en la historia de las universidades.

Actualmente es director del Programa de Doctorado de Didáctica de las Ciencias Sociales y del Patrimonio (Geografía, Historia y Patrimonio) de la Universidad de Barcelona. Es presidente del Consejo Superior de Evaluación del Sistema Educativo (organismo consultivo del Departamento de Educación de la Generalitat) Es presidente de la Comisión de Innovación del Instituto de Formación Continua IL3 de la Universidad de Barcelona... Es investigador principal del grupo *DHIGECs*, (Didáctica de la Historia, la Geografía y otras Ciencias Sociales), grupo de investigación consolidado por la Generalitat de Catalunya. En los últimos años ha publicado, entre otros libros y artículos: *Los jóvenes ante el reto europeo* (Fundación la Caixa), *La Secundaria a Examen* (Editorial Proa), *Enseñar Historia: Notas para una didáctica renovadora* (Junta de Extremadura), y *Sida Saber Ayuda: Un programa interdisciplinario para la educación secundaria* (UNESCO); «Hacia una definición de la Investigación en Didáctica de las Ciencias Sociales» en: *Enseñanza de las Ciencias Sociales. Revista de investigación, etc.*

Ha desarrollado diversas investigaciones históricas, entre otros temas, sobre las instituciones educativas españolas y, en especial, sobre los estudios universitarios en la Cataluña del Setecientos. Sobre esta cuestión ha publicado, entre otros títulos: *La Universitat de Cervera i el Reformisme Borbònic* (1993). Perteneció al Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Barcelona, y publicó diversas investigaciones, entre las que destaca: «*El movimiento huelguístico en el País Valencia 1905-1935*» (1975).

Codirector de las revistas pedagógicas: *Iber. Didáctica de Geografía, Historia y Ciencias Sociales*, de *Aula. Historia Social* y de la publicación anual: *Enseñanza de las Ciencias Sociales. Revista de Investigación* (editada por los ICE de la UB y la UAB). Director de la colección de libros: Milenio-Educación.

Fuente: Página personal del Dr. Joaquín Prats Cuevas.



QUEHACER HISTÓRICO

Puede colegirse entonces que también en este aspecto (la ubicación espacial) se hace necesario revisar los criterios con los que tradicionalmente se ha ubicado la historia en el espacio. Consideraré un ejemplo: Historia Universal e Historia de México se llaman los cursos que en las escuelas pretenden dotar a niños y jóvenes de los primeros conocimientos históricos. El primero no abarca la historia del universo; ni siquiera la de este mundo, puesto que por lo general se refiere a la historia de Europa y algunas zonas de Asia, África o América –sólo en determinadas épocas, que se pueden identificar con claridad-, y se reduce a una visión eurocentrista u occidentalista, con lo que se incurre en otra percepción viciada.

Los conceptos «Oriente» y «Occidente» –referidos también a fijación y la magia de la litografía.

Es de ubicación espacial-, parten de la visión del europeo. Para el latinoamericano o para el chino, tales denominaciones aluden a identidades geográficas completamente diferentes.

Para los mexicanos, pongo por caso, el cercano Oriente es Cuba, mientras que en el lejano Oriente se sitúa ¡Europa «Occidental»! Tales rutinas de conceptualización se aceptan, sin embargo, porque se han generalizado en el mundo entero a raíz de la expansión capitalista, económica y por tanto, cultural. Pese a que, por lo mismo, no es dable modificar los términos con los cuales se expresan tales formas de concebir el espacio geohistórico, es deseable que los profesores tengan conciencia de ello para explicarlo así en los procesos de enseñanza, y hacer conscientes a los no especialistas de las diferentes formas de denominación que asumen las regiones geográficas, independientemente de su relación con el sujeto que las percibe. Andrea Sánchez Quintanar, *Reencuentro con la historia. Teoría y praxis de su enseñanza en México*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2002.

